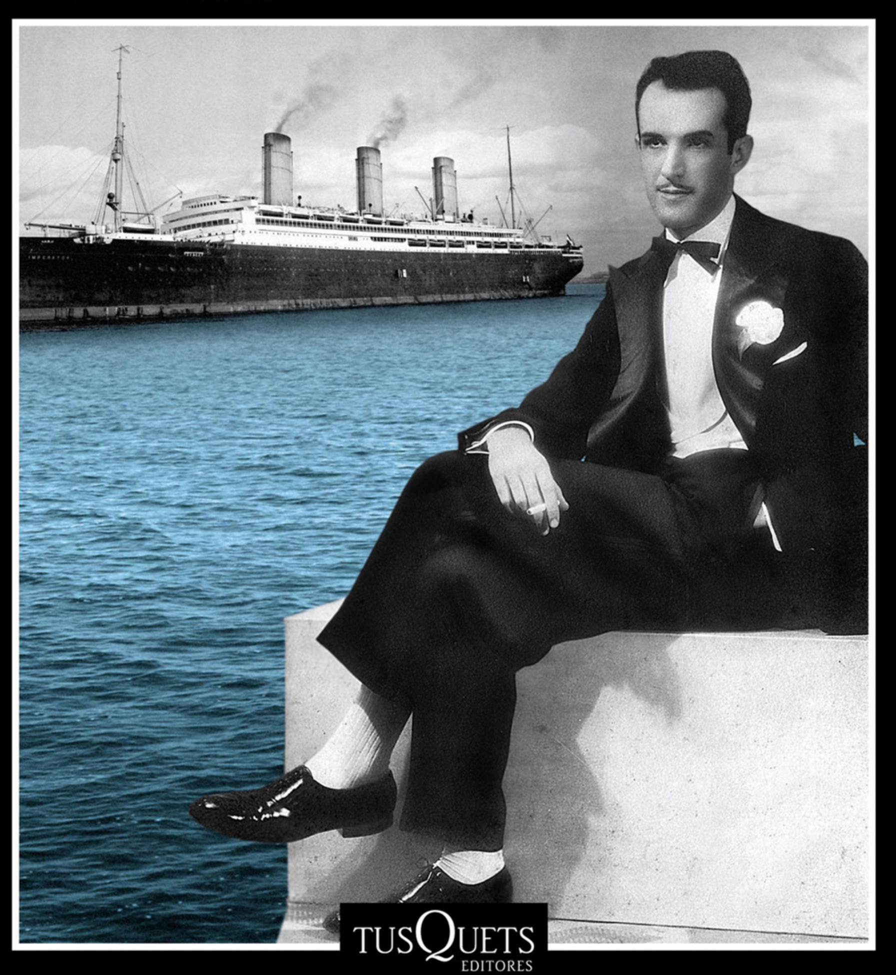
Carlos María Domínguez

EL IDIOMA DE LA FRAGILIDAD

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice de contenido

El idioma de la fragilidad

CARLOS MARÍA DOMÍNGUEZ
EL IDIOMA DE LA FRAGILIDAD

Domínguez, Carlos María
El idioma de la fragilidad / Carlos María Domínguez. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2017.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-670-491-5

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: septiembre de 2017
Digitalización: Proyecto451

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-491-5

En memoria de HR, HA, HAT,
con saludos de RAD

CAMBIO DE RUMBO

Acabo de verlo subir la planchada del *Talk of the Town* mientras sus amigos agitan los brazos en el muelle, los tres jóvenes, flacos, con las solapas de los sacos levantadas y los tobillos desnudos por el viento que les agita la ropa. Uno tiene gorra, el otro no tiene medias, el tercero disimula un agujero en el pantalón. El padre saluda también, varios metros detrás, con un paraguas cerrado en la mano. «A qué viniste —lo echó hace un rato—, te dije que era una despedida de amigos, viejo, de eso nunca hubo nada entre los dos». Pero el padre regresó a la hora de la partida. Sobre la derecha, dos mujeres caminan del brazo hacia el edificio de la aduana mientras un tipo de bufanda al cuello fuma recostado en unas cajas de embalar, otro mira las aguas ennegrecidas y dos más rodean una grúa nueva. La fecha, sin embargo, es vieja: 28 de setiembre de 1942. Guy lleva un traje cruzado de lana azul con finas rayas blancas, sobretodo de *pied de poule*, corbata gris perla, un sombrero Homburg y guantes amarillos. Anochece, hay un cielo de ceniza y oro detrás del cerro, y aun así, cualquiera que mirase la cubierta del barco distinguiría al dandy que se va a la guerra. Se despide con una venia invertida —la aprendió de Francis Lederer— y desaparece entre los pasajeros que se apoyan en las barandas para mirar una vez más Montevideo.

Apenas entra al hall, Guy es atropellado por un grupo de muchachos que se empujan a un corredor y se dirige a la comisaría de abordo, donde una docena de viajeros hace fila delante de un oficial que aprieta una lista sobre el mostrador, con un sello en la mano. Cuando le toca el turno, Guy se saca los guantes, abre el sobretodo y presenta sus documentos. El inspector hojea el pasaporte oficial, lo dobla, lo raspa, busca un motivo para rechazarlo. Finalmente lo sella y se lo devuelve.

Todo está en orden para el prefecto, pero no para mí. Yo sé que Guy Delatour es un engendro en la soledad de una novela inédita, obligado a persistir en un error de encargo, como Dahlmann, Tomatis, el gordo Larsen y otros personajes más o menos sacrificados y confiables, sin saber que alguien los imagina. Guy ignora, por ejemplo, no sólo que su vida está escrita; uno de los amigos del muelle no se llama Virgilio como cree, sino Homero, y el nombre del barco es el título de una película de George Stevens, con Cary Grant. El nombre verdadero del

barco habría que buscarlo en los despachos de la Administración Nacional de Puertos, si es que el registro no fue borrado por la inteligencia británica.

El que recuerda, escribe y distorsiona los nombres es Arturo Despouey, otra leyenda de la ciudad de los sombreros, los *trolleys* y el pasado porvenir que siempre está por decir algo en la mesa de mis amigos. Críticos, bibliófilos, lectores y libreros, más excitados con las novedades de la historia que con las noticias de los diarios. Arturo nació en 1909, fundó la crítica cinematográfica uruguaya, en el 42 se fue a la guerra y murió en Jaén, en el 82, rodeado de campesinos y olivares, pero dejó este manuscrito que disimula una larga confesión en las ficciones de la novela.

Las dos primeras partes están fechadas en el 67, cuando Arturo dirigía en París la edición hispana del *Correo de la Unesco*, y se titulan *Quijote 44*. La tercera quedó sin terminar, de modo que las seiscientas hojas mecanografiadas en papel de seda muestran manchas de óxido en los bordes, en el centro, sobreimpresas a las letras, y el desvanecimiento de la tinta en muchas páginas ilegibles luego de permanecer medio siglo adentro de un sobre. Me las dio Hugo Rocha, uno de los muchachos que lo despidieron en el puerto, con la advertencia de que resultaron impublicables. «Están fatales, Brauer, todo enredado». Desde entonces quedaron en mi escritorio como una piedra llegada del pasado, muda y sin empleo. Pero Guy no lo sabe, es demasiado orgulloso para imaginar su vida apilada entre carpetas y viejas facturas de luz. Mi problema no es legal, como el del prefecto. Ahora mismo dudo si está vivo o muerto, si cada vez que leo Guy debo oír Arturo, o con las palabras que uno tecleó en las noches, inclinado sobre su historia como si fuese ajena, Guy también se hizo un traje a medida, se ganó el derecho a fumarse las tristezas, los deseos y delirios del otro. Sea un duplicado o un demonio, tiene treinta y dos años, ha esperado la oportunidad de huir de Montevideo y aunque no se lo ha dicho a nadie, cree que si pone suficiente voluntad conseguirá que sea para siempre.

La ciudad tiene una larga lista de obsedidos con hacer su vida en otra parte, por ambición, por necesidad, por las dudas. Guy quiere abandonar las ficciones para entrar al mundo real, y es esta confesión la que me decide a seguirlo por los pasillos del barco mientras busca el camarote entre hombres y mujeres al lado de negros ceniceros de pie, con el escudo de la Royal Navy. Algunos compartimentos tienen las puertas abiertas y arrojan a los pasillos grandes bocanadas de humo y risas. Un fuerte aroma a tabaco impregna las instalaciones del *Talk of the Town*. El buque partió de Buenos Aires el día anterior cargado de

enfermeras, voluntarios anglo argentinos, belgas y judíos polacos que van a unirse a las fuerzas de los aliados, llegó a Montevideo en secreto y se prepara para cruzar el Atlántico. La legación británica no quiere que los espías alemanes conozcan los tiempos ni las rutas del viaje —nadie ignora el secreto de los barcos que llevan hundidos los submarinos enemigos—, y por eso Guy se ha pasado un mes con las maletas a medio hacer, obligado a cumplir con su trabajo en una oficina pública (la petrolera del Estado) y en el semanario que publica sus críticas de teatro y cine (*Marcha*, pero no lo nombra). Cuarenta y ocho horas para partir, le dijeron en la legación; cuando lo llamemos, tiene que estar listo. Una mañana hubo un llamado, al día siguiente lo cancelaron. Desde entonces vivió en una burbuja de cuarenta y ocho horas elementales que lo llevaron a despedirse de sus amigos hasta el aburrimiento. Primero en un restaurante del puerto, después en el Turon, en el Metro, en demasiados bares. Empezaron a llamarlo «el viajero inmóvil» y le dio pánico no irse nunca. Todavía siente miedo, el barco no se ha movido. Sube una pequeña escalera y da con un largo pasillo de maderamen oscuro que lo lleva a su camarote. El equipaje está sobre la cucheta superior, hay otra debajo, y dos más, también vacías. Lo decepciona imaginar que pasará muchos días en ese tabuco de paredes blancas, con aire de hospital y un baño de juguete. Entonces se acerca al espejo del lavamanos y se mira los enormes senos frontales, sus insignificantes ojos negros, la nariz que la malformación de un cartílago hace bajar cuando sonríe, como la de un viejo, el bigote fino, la barbilla saliente. «Lo que lo salva a usted de la fealdad —le ha dicho un escultor— es que hay la misma distancia de la frente a las cejas que de las cejas a la nariz, y de la nariz a la barbilla». Pero Guy sabe que no es cierto. Tiene cabeza de pescado. Maldito bicho, dice. Escupe en el lavatorio y sale del camarote.

Al bajar la escalerilla se cruza con un periodista español que conoció en la casa de un amigo en Buenos Aires. Javier Molina tiene cincuenta y siete años y la gracia andaluza con que le mira la ropa y le pregunta si va o viene; dice que el barco viaja repleto de chavales a medio hornear, seguramente porque sus padres ya no pueden aguantarlos, y que el propio cónsul le confesó las ganas de pasar las coordenadas a los alemanes. Después de un par de bromas, le anuncia que su mujer murió hace dos meses y va a Europa con ganas de morir. Lo dice rápido, como si le hablara de un empleo, y cuando Guy improvisa un pésame llega Michael, el amigo al que Guy le debe el viaje y la beca para estudiar literatura en Londres. Ha venido a despedirlo con una larga linterna de regalo que le envía su mujer. Entonces Molina va detrás de un conocido, o se lo inventa, y Michael y Guy buscan el bar con un

camarero rubio que los guía a la cubierta superior.

—Tiene que ser *cockney* —dice Michael por lo bajo, pero el hombre se detiene y gira su pico de pájaro.

—¿Cómo lo sabe, señor, si no me ha oído hablar? Le advierto que mis haches están puestas en su sitio.

—Y también el gusto por vivir, espero —contesta Michael, antes de explicarle a Guy:

—Los *cockneys* son como los madrileños de Londres.

—Con mis disculpas, querrá usted decir que los madrileños son los *cockneys* de España —retruca el hombre.

—Puede ser. No entiendo mucho de antropología.

—Pero ese es el estudio de los monos, ¿no? —Las risas los sorprenden al pie de una nueva escalerilla.

—Lo que usted busca está arriba, milord.

El bar está revestido de caoba, tiene sillones de cuero verde y la barra de bronce brilla bajo la luz de unas tulipas que inician la noche antes de que se haga la noche. Es chico y confortable, tanto que Guy lamenta no haber tenido uno igual en Montevideo, pero está delante de su corpulento ángel de la guarda, del rojo de su pelo que se prolonga en las pecas de las mejillas, y apenas les sirven los gin tonics Guy le recuerda a su amigo que prometió darle unos consejos:

—El primero no vas a poder seguirlo —dice Michael—, pero con que digas que sos un escritor sudamericano, entenderán la impuntualidad. Hay otra cosa más importante: nunca des por hechas cosas que solo tengas en la imaginación. La gente va a creerte, después de un tiempo te preguntará y las querrá ver. En Inglaterra es inconcebible robar prestigio.

—Aclarame, por favor.

—Lo sabés muy bien. No podés decir que una editorial va a publicarte en diciembre un libro del que no empezaste el primer capítulo, o que te van a estrenar una obra que no leyó ningún director.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—¿Pero qué? La beca es por un año y no sé cuánto dinero van a darme por mes. Suficiente, dijeron, como si todos tuviéramos los mismos gustos.

—Cuando veas con cuánto dinero se manejan los ingleses para vivir, vas a entender que es lo adecuado.

—Para exigir tanto, el misterio es un poco inexplicable, ¿no te parece?

—Puede ser, pero todavía tenemos respeto por los demás.

—Y las bombas, ¿no habrán acabado con eso?

—Una última cosa: tu prueba de fuego va a ser el anonimato. No vas a pasear por Londres deteniéndote a conversar cada dos pasos, como por 18 de Julio.

—Michael, te lo debo todo —dice de pronto Guy.

—¡Qué imaginación!

—En serio, si no fuera por vos, sé que me pudriría acá, haciendo cosas siempre gratis, y llegaría a los cincuenta metido en discusiones por un director, las joyas del cine mudo y los errores de imprenta. Hasta la plata para comprarme la ropa es tuya.

—Te la presté.

—Me la diste, no sé si voy a devolvértela. Por no hablar de las maletas…

Michael llama al camarero y pide una nueva vuelta de tragos. Asiste, incómodo, a la sentimentalina de Guy. Cuando sirven las bebidas se toma la suya de apuro y se pone de pie con el sombrero en la mano.

—*Good luck* —le dice.

—Nunca voy a agradecerte lo suficiente.

—Hacé un buen papel por allá.

Entonces Guy se levanta, intenta abrazarlo y Michael retrocede.

—Ustedes serían unos tipos magníficos si no fueran tan teatrales —protesta, le extiende la punta de los dedos y baja la escalera.

Delante del segundo gin tonic, que no ha tocado, de la linterna que luce, boca abajo, con el aspecto de un faro apagado, ahora Guy oye crecer las conversaciones de las mesas vecinas como la afinación de una orquesta que lo deja suspendido entre dos mundos. Esperaba una despedida memorable y todo lo que tuvo fue un constipado saludo británico que se deshace entre el ruido de las copas, las sillas, los cubiertos. Luego de cenar dos discretos sándwiches que le trae Collins, ahora sabe que se llama Collins el *cockney* que los guió al bar, Guy da unas vueltas por el barco, alborotado de jóvenes que se amontonan en los pasillos. Unos juegan cartas, otros cantan rodeados de chicas de faldas plisadas, y todos se pasan bebidas y cigarrillos de mano en mano como lo harán más tarde en las trincheras, si llegan a destino. Le parecen conmovedoramente alegres y huye a la cubierta, donde el viento del este lo obliga a cerrarse el sobretodo. Detrás del puerto, el cerro muestra su collar de luces en la noche despejada y al otro lado de la bahía Montevideo entra en el mar un cono de faroles que titilan y se hunden en la oscuridad. Nada de lo que mira le es ajeno, pero tiene el discreto encanto de lo que se abandona. El Stella y el Solís, el Ambassador y el Roxy, los bares, las redacciones, el país de ensimismados por la derrota de Peñarol. Incluso lo que detesta cobra un desprecio más piadoso, y con los codos apoyados sobre la baranda,

de todas las caras que ve sin mirar al otro lado de la ciudad, es Silvia la primera que llega, ahora entregada a la suerte que pueda depararle su novio. Le dan ganas de volver a abrazarla y arrancarle un beso menos esquivo. Sabe que su querida hermana no aprueba el viaje, a diferencia de la loca, que le ha dado un absurdo beso en la frente. Pero ya hizo todo lo que podía por ellas, hasta lo que parecía imposible, y después de un desfile de amigos y enemigos, episodios que ahora le resultan inútiles y amargos, busca su camarote.

Apenas abre la puerta lo sorprende la luz encendida y un hombre que se apura a guardar los papeles de su portafolio. Está sentado en la cucheta inferior y se presenta como Pierre de Grut. Compartirán el cuarto por el resto del viaje, de modo que mientras se preparan para dormir y cruzan unas palabras, Guy le espía la cara de niño, las cejas gruesas, el cuerpo robusto de movimientos blandos, como los de un árabe. Poco más tarde lo escucha dormir con un débil siseo y cierra los ojos, pero no se duerme. Insiste, pese a todo, con la esperanza de abrirlos cuando se hayan alejado de la costa, mientras su memoria se mece sobre las tulipas del bar, los chistes mordaces de Virgilio en el muelle, ese archivo con patas, las caras viejas, las nuevas, y oye el ruido de puertas que se cierran. Le gustaría que una lo hiciera sobre su infancia, otra sobre la juventud y otra sobre los malentendidos que podría llamar «su vida», en vez de llevárselos a Europa, dice, como una enfermedad venérea. Pero del fondo de la oscuridad llega la vocecita de su abuela materna y se arrepiente de no haber comprado pastillas para dormir. Es una voz aflautada que arrastra las erres con los labios en forma de corazón, mientras repite: «No sé, nena, cómo pudiste dar a luz a un bicho así». La primera vez, casi no le prestó atención. Corría bajo la claraboya del patio detrás de su hermana Carmen y la madre bordaba sentada en una silla, pero al rato ella insistió, con las manos cruzadas y sin nada que hacer, después de seguirlo con la mirada de un lado a otro. «Semejante bicho…». Fue a esconderse en su cuarto. Entonces tenía seis o siete años y la escuchó decirlo tantas veces que su madre acabó por prohibírselo, después de probar todos los tonos de una complicidad a la que la abuela era sorda porque solo tenía oídos para sí misma. El padre lo llamaba «orejudo», para Carmen fue «el gusano». Tenía razón su prima: en las familias francesas la sensibilidad de los hijos se suprime con la misma eficacia con que en Japón vendaban los pies de las niñas para impedir que crecieran. Sólo quieren la inteligencia, dijo. Caminaban por la rambla, a la altura de Pocitos, disfrazados de hombre y de mujer, porque entonces tenían diecisiete años y un cuerpo que disfrazar. Él se había limitado a sonreír con las manos en los bolsillos, pero hubiese preferido que le vendasen los pies

antes que tener aquella cara de gnomo. Vieja de mierda. Además de mirarse las orejas monstruosas frente al espejo, la cabeza de huevo aplastado, los alfileres de los ojos, también vio que no podría ocultarlos. Entonces miraba a la madre, al padre, a Carmen, a la abuela, sin explicarse por qué entre todos los de su familia tuvo que ser él, precisamente, el error.

Este fantasma, esta larga silueta que finalmente consigue dormir en el camarote del *Talk of the Town* ha debido rehacerse muchas veces antes de provocar la risa de las mujeres, seducir a los hombres y vestir como un dandy. No solo aprendió a disfrazarse para desviar la atención de su cara. La acusación de la abuela habría sido una metáfora si el bicho hubiese pronunciado tres palabras seguidas sin trabarse. No en la idea, sino en la palabra. No en la palabra, sino en la física de su sonido roto en la lengua. Un tartajeo que comenzó por una tensión inexplicable en los músculos de la cara y la garganta, cuando ya había aprendido a hablar. Entonces la madre le acercaba el timbre luminoso de su voz y Guy la imitaba con un tono vacilante, que con el paso de los años no hizo más que empeorar. Forzado a buscar otro camino, el esfuerzo le hacía cerrar los ojos, alzar las cejas, torcer el cuello y agotar el aire de sus pulmones en cruzar la pesada barrera del paladar, los dientes, los labios, a veces contra el eléctrico sonido de la te, la blanda y larga y eme, el paredón de una pe, para caer en la repetición de un ruido, tan ajeno a la voz unida en su cabeza que debía tomar otro envión milagroso para completar lo que decía. Al fin quedaba avergonzado y sin comprender por qué el pedido de un vaso de agua, absolutamente sencillo, con un sonido para decir vaso y otro para decir agua, se convertía en el grajeo de un papagayo mientras algo húmedo y blando asomaba en los ojos de la madre, dos perlas que con el paso del tiempo comenzaron a vacilar, a veces nácar, a veces tiza, y al fin se redujeron a un pálido punto impreciso. Durante años se soñó atrapado en una vidriera que parecía dar a la avenida 18 de Julio, con grandes letras de oro sobre la parte superior y un nombre que veía invertido, lleno de consonantes bajo el sol de las tres de la tarde, mientras afuera, en la calle, la madre, a veces el padre, sus hermanas, movían los labios sin que pudiese oírlos.

Las palabras fueron el ahogo de Guy antes de que llegaran las burlas de sus compañeros y la paciencia de los maestros, parejamente fastidiados por su demora en decir presente, o por el olvido con que cada tanto lo llamaban a recitar la lección. Salvo la madre y Silvia, que nació cuando Guy tenía diez años, no tuvo en la infancia otros aliados. Aprendió a dibujar las letras por la dificultad de sus sonidos, y como sus pensamientos iban más rápido que la voz, tenía la sensación de

vivir en dos tiempos, uno ligero y el otro demorado en las sílabas truncas, los ecos imbéciles, así que a riesgo de parecer presuntuoso, Guy aprendió a callar y a decir sólo lo que valiese la pena.

No es difícil imaginar la confusión de la abuela frente a un niño con cara de pescado que decía cosas propias de un adulto con las gesticulaciones de un mono, ni oír a Guy preguntarse: ¿quién tendrá la paciencia de oírme? La mayoría de las personas aguardaba que terminara de repetir las mismas sílabas con una sonrisa congelada en los labios, otros se apuraban a completar las palabras, notoriamente incómodos, y los chicos de su edad se desentendían en los primeros tartajeos. Mientras no daba con la respuesta, escondió la cabeza en los libros y en la oscuridad de los cines, donde no necesitaba hablar ni mostrar la cara a nadie.

Así fue como Guy conoció los sombreros de tres picos en la posada del Almirante Benbow, las aventuras del perro Buck, la balsa de Huckleberry, en las colecciones populares que sacaba de la biblioteca del barrio bajo la mala mirada de un hombre con largos pelos en las orejas que lo amenazaba con la cárcel si no devolvía el libro en tres días. También las pistolas de Tom Mix, las gigantes pestañas de Clara Bow, Mary Pickford, Greta Garbo, en las matinés. Un mundo aumentado por la desproporción de los detalles, con acercamientos de vértigo y las demoras excitantes que han sido, al fin y al cabo, el encanto de todas las ficciones. Algo que nadie pudo ver sin la imagen gigantesca de una lágrima en la pantalla de los cines ni oír fuera de un libro: el crujido de los huesos bajo los cascos de un caballo, el silencio de la nieve en el corazón de un perro, el eco de un sentimiento.

A los libros y las películas Guy les debe el olvido de las burlas salvajes, las ofensas puntuales, las ganas de matarse, y el exceso de imaginación que a la salida de los cines lo hacía regresar a casa con el desaliento de volver a ser el tonto, incapaz de contar lo que había visto más que con monosílabos. Pero había otra cosa. Cuando se encendían las luces y se callaba el piano, porque entonces el cine era mudo y un pianista tocaba en la sala, alguien volvía a ponerse el sombrero, una mujer se levantaba de la butaca estirándose la blusa, y la alfombra sucia del pasillo, el crepúsculo de la calle, los faroles del alumbrado, hundían a Guy en el desasosiego. Todo lo que tenía delante le parecía deslucido, absurdo, menos interesante que los bosques de Kentucky, los desiertos de Bagdad o las calles de Nueva York que acababa de ver durante un tiempo demasiado breve para conocer el destino de todos los que no habían muerto. ¿Qué había sido de los tres niños que caminaban detrás de Buster cuando bajaba de la locomotora y visitaba a su novia? ¿Se hicieron ferroviarios?, ¿aprendieron a saludar a una

chica? ¿Adónde había ido a parar Carlotta después de que el fantasma le tirara encima el telón de la Ópera? No ignoraba el metraje de la cinta, ignoraba la proporción del milagro que les daba vida, y si después de mirar las piruetas de Lloyd comprendía que la caja del cine se movía como el ojo de un gran cíclope, también echaba de menos que la vida careciera de propósito. Al regresar a casa lo anotaba todo sin embargo, título, director, año, actores, equipo técnico, y sus impresiones, en cuadernos prolijamente atesorados.

Encontraba consuelo en los libros, pero al terminarlos de apuro bajo las amenazas del bibliotecario, se quedaba con la impresión de que el sol brillaba en sitios y tiempos mucho más inteligentes, valerosos y crueles de los que él conocería nunca. A veces se preguntaba qué sería de Huck, diez o quince años después de la última página, y lo imaginaba trabajando de cantinero en Mississippi, o en un garito lleno de ladrones, cuando él perdía el tiempo en la escuela o con Carmen, que solo leía revistas y pretendía usarlo de sirviente para todo lo que estuviera más lejos que el alcance de su brazo.

Guy leía muchas horas en su cuarto con la felicidad de correr por las páginas, incluso la de interrumpirse, hacer una conjetura y seguir adelante, excitado y mudo, sin que ningún sonido le resultara imposible.

Un viejo manual de gramática de Alfredo Benot dice que no leemos en silencio, pronunciamos las letras en una frecuencia tan baja que el oído no la registra. Creo que esa sordina sostuvo a Guy muchos años, cuando peleaba por unas palabras que para abrir el mundo sólo pedían ser dichas. Vamos, Guy, digo, mientras lo escucho intentar una lectura en voz alta. Entonces toma aire y avanza varias líneas con el vértigo de ver que los ojos van más rápido que la voz, y la voz sobre las palabras como si se deslizara por una ola hasta que pierde pie. Retrocede, vuelve a correr dos, tres líneas. Pero basta que lo manden al almacén o le pidan que ayude a poner la mesa, para que la garganta se le vuelva a anudar y regrese el tartajeo. Vamos, Guy, le digo, y él prefiere el silencio.

HAPPY BIRTHDAY TO ME

A la mañana siguiente dos golpes en la puerta sientan a Guy en la cama antes de que entienda dónde está. Un hombre vestido de camarero le da los buenos días, se presenta con el nombre de Eddy y le pone una taza de té en la mano. Le dice que son las siete y el desayuno se sirve en una hora, antes de volver al pasillo y continuar su recorrido.

Mientras bebe unos sorbos, Guy recuerda que está en un barco, se va a Europa, y había un tipo en la cucheta inferior, que ahora está vacía. Salta de las sábanas hacia el ojo de buey para ver el mar, pero a pocas millas de distancia descubre las playas color crema de Carrasco, algunos tejados que asoman entre los eucaliptos y un poco más lejos, la ciudad. Le lleva un momento comprender que durante la noche sólo se han movido hasta la rada, donde permanecen fondeados a la espera de vaya a saber qué. El resplandor del agua le lastima los ojos con menos irritación que las puntas rocosas de Montevideo, poderosas como imanes. Entonces se aparta y busca las duchas —el camarero dijo que están sobre la izquierda del pasillo—, se baña resignado al vaya a saber qué, al agua salada que sale de la cañería, y poco después de afeitarse y elegir un saco *sport*, al llegar al comedor —un refectorio con una docena de mesas largas abulonadas al suelo—, toma asiento frente a una mujer de ojos verdes, labios sensuales y aspecto majestuoso que le sonríe y calla, mientras se arrima un veterano con nariz de pato que se presenta como el fantasma del contramaestre Gavin Olson. Enseguida llega un arquitecto llamado Adolfo Cortés, y una inglesa dientuda que Guy ha visto en varias reuniones sociales y no demora en darse a conocer como *Miss* Greyfield. La madona renacentista es argentina, se llama Norah, Norah Stocker, y a poco de reconocerse segregados de las espinillas, los suéteres de colores y el alboroto de los jóvenes, intercambian bromas sobre el desconcierto de Cortés por la lista del desayuno.

—¿Qué es *haddock*? —pregunta.

—Un pescado seco, como el bacalao, y cocinado en leche —responde el contramaestre—, nada recomendable para los que gustan del pescado.

El arquitecto recorre la lista con el dedo y vuelve a alzar sus ojos de miope.

—¿Y el *porridge*?

—Una forma de luto escocés —dice Guy— por lo que le hicieron a María Estuardo —y provoca la risa de los demás. Stocker le aclara:

—Avena hervida con agua y sal, a la que se le agrega leche fría.

La cara de asco mueve nuevas risas y la complicidad queda declarada con la floja promesa de los viajeros que comparten un rato y después se dispersan atentos a una mejor opción. Entonces Guy da unas vueltas ociosas por el barco, sin otro propósito que toparse, por casualidad, con Molina. Descubre a Pierre mirando la costa con unos prismáticos, pero no se acerca. Recuerda la rapidez con que guardó sus papeles en el camarote y ahora su exposición con los binoculares le parece demasiado grotesca para convertirla en sospecha. Busca la popa por estribor y mira el caserío del cerro, la bahía llena de chimeneas y de mástiles, la intemperie de Montevideo envuelta en una luz transparente que muestra unos pocos edificios. Vistos de lejos, cuentan lo que cualquier montevideano aprende desde niño, que nada lo salvará del cielo porque la ciudad despierta y duerme desnuda bajo su capricho, sin reparo del viento, la lluvia o el sol. Sigue siendo una aldea, piensa Guy, lo seguiría siendo con el Empire State en lugar del Salvo, que subió veintinueve pisos el metro veinte del espíritu nacional, el metro veinte de la preocupación por la suerte de la Lista 15 en las elecciones nacionales y por el próximo clásico en el estadio. Pero ya se va, o parece que se va, se dice, a corregir el error geográfico de haber nacido entre los genios de la tribuna, la butaca y el talud.

Durante las dos horas siguientes Guy trabaja en la traducción que le debe a su amigo Ralph, a cargo del instituto donde aprendió cultura inglesa. Es un manual de usos y costumbres en el Reino Unido, debió entregarla antes de emprender el viaje y prometió enviarla al llegar a Londres, así que se concentra en su camarote todo lo que puede, aunque sólo sea para olvidar que el barco permanece anclado, y cuando la ansiedad lo supera vuelve a dar otra vuelta por la borda en busca de alguna novedad. Al subir una escalera de estribor tropieza con un muchacho de cabello sepia y ojos azules, que se disculpa, «*Sir*», y como si se tratase de una confabulación, de un gramófono portátil encendido en un camarote le llega la voz de Billie Holiday cantando «Do Nothing till You Hear from Me». Entonces se recuesta en una mampara y saca un cigarrillo de la cajilla de Pall Mall que lleva en el bolsillo interior del saco, juega con él entre los dedos y finalmente lo enciende delante del mar de plata que la voz de Billie gira, poco a poco, para enfrentarlo a los ojos negros y árabes de Luisa, a la risa excitante de sus diecisiete años, cuando ella le dijo algo parecido: «No creas lo que dicen, esperá a tener noticias mías». Había aguardado que cumpliera la promesa —a

punto de terminar el liceo su única experiencia en el amor era morir de amor, como Charles Farrell o Fritz Kortner en las pantallas—, y mientras supo de los tipos que la tenían en sus brazos creyó que cumplía, y a su modo también Luisa, con el secreto que los había juntado un anochecer de mayo en el parque Durandeau. Ahora Guy sonríe y deja caer una ceniza que rueda, empujada por el viento, sobre el piso de la cubierta. Ya no sabe si fue verdad que ella besó la atormentada boca con que intentó decirle que la quería, si la intensidad que sus labios recuerdan se debió al *rouge*, a la vanidad de Luisa, o se quedó dormido durante una proyección del *Nosferatu* de Murnau. Más decisiva fue la ansiedad de la espera, una espera que se prolongó mucho más de lo que puede permitirse un hombre, y como la voz de Billie ya se deshace en el gramófono y otra vez vuelve a estar frente al mar, por no abusar de sí mismo Guy arroja el cigarrillo y recuerda el consejo de Collins la noche anterior: «Si le gustan los *cocktails*, milord, aproveche el bar. Ingleses y franceses no saben lo que son».

Lo primero que hace Guy al entrar es pedirle a Collins un Martini y sentarse a una mesa, atraído por la gracia con que una chica de piernas largas y la cara sin hacer se derrama dormida en un sillón. Unos minutos después llega Molina y se sienta de espaldas a la ninfa que repara, se diría que repara, una noche agitada.

—Hablando en serio, Molina, ¿qué te lleva a Londres? —le pregunta Guy.

—Te digo, yo estaba en Barcelona cuando los bombardeos. Puede que ahora quiera ver que alguien hace algo.

—Pero hace meses que no cae una bomba.

—Entonces, ¿la verdadera razón?

—De ninguna manera —se burla Guy.

—Venga, estoy acabado, menopáusico, terminal. Voy de luto, no solo por mi mujer. El cosito ha perdido la voluntad de pararse. Y para colmo, se está demasiado bien en Buenos Aires, ya no aguanto esa vida. Me dirás, la viuda llora y otros cantan en la boda, pero me harté de ver comer a la gente en Buenos Aires. Al despertar, medialunas y café con leche, un episcopal churrasco a mediodía, con patatas y huevos montados, una docena de pasteles a la salida del cine, con dos tazas de chocolate, y unas horas después pasta rellena. Tanto vivir sin vivir… Las bombas de Barcelona eran más reales, ¿y dónde podría estar mejor que en Londres?

—Todavía no me das una buena mentira.

—Cuando me escribieron preguntándome si quería reemplazar a un compañero de la agencia, enseguida dije que sí. Si algo me irrita allá, no será lo que me irrita acá.

—¿Y no se te ocurrió que en tu estado de depresión, una irritación puede ser salvadora?

—No creo en el poder de las irritaciones. Todavía no le perdono a mi mujer lo que me irritó en la vida.

—Y ahora la muerte te parece dulce…

—No es dulce, Guy —protesta Molina mientras agita el Martini que acaba de traerle Collins—, pero es verdadera. Tendríamos que morir todos los días quince minutos para ser animales soportables. O ver morir a alguien todas las noches, como los soldados, o las enfermeras.

De pronto, un tropel de muchachos entra al bar y se distribuye en las mesas. Los ojos de una chica rubia, envuelta en tartanes, toman por asalto a Guy y lo horadan hasta hacerlo sentir culpable de no sabe qué indelicadeza. La muchacha se mueve como un gamo, tiene una turbadora voz grave y una risa masculina. Lo mira como si lo conociera y Guy inclina la cabeza, por las dudas.

—No es una frivolidad, creo que allá alguien podrá entenderme —insiste Molina, pero Guy ha pedido otro Martini y se ha distraído de la conversación. De pronto dice:

—*Happy birthday to me*… En el apuro de la partida, todo el mundo olvidó que hoy es mi cumpleaños.

—*Happy birthday to you* —le hace eco la voz de Pierre, que acaba de entrar y los saluda—. ¿Cuántos? ¿Treinta y cinco?

—Y tres.

—Te llevo dos, entonces. La próxima vuelta es mía.

—No ahora, pero la acepto esta noche, gracias.

—Acá iniciamos con el amigo un pequeño juego de salón —dice Molina—, sobre las falsas razones que nos llevan a Inglaterra.

—¿Es una invitación? Las mías son sencillas. Mi mujer estaba por parir en Rio y en cada vuelo sobre Bélgica yo estaba haciendo las cosas francamente mal. Me fui a Dakar, me metí en un avión y llegué a Rio de Janeiro al día siguiente de que naciera Jean-Loup, mi primer hijo. Lo hice con autorización, pero el que autorizó…

—… no estaba autorizado —completa Molina.

—Algo así, y me encarcelen o me perdonen, ahora vuelvo. Bueno, por el resto tendrán que esperar a esta noche. Tenemos una cita, acá, en el bar —confirma y mientras lo miran alejarse y esquivar las piernas extendidas de los voluntarios, el andaluz vuelve a murmurar:

—Beduinos…, pensar que esta gentucilla va a echarse la soga al cuello como a una fiesta. Lo único bueno que tiene la juventud es que no dura mucho.

Guy cree reconocer el origen de la frase, ¿Bernard Shaw? Sonríe, pero sabe que no es cierto. Oro blanco, piensa, derramado en la

cerveza, y mientras oye las protestas de Molina cruza nuevas miradas con la rubia de los tartanes que se entretiene con tres voluntarios y dos chicas en una mesa vecina. Le gusta su risa, la forma de la espalda, la audacia infantil de los ojos.

La encuentra de nuevo a las cuatro de la tarde, cuando el capitán llama a estribor para un ejercicio de naufragio y los hace pararse delante de su cuerpo bajo y carnoso, con la piel curtida por el sol y la voz cascada:

—La alarma serán seis timbres cortos y uno largo. Treinta segundos después tienen que estar listos frente a sus camarotes. No acá, en la cubierta, sino en los pasillos, ¿entendido? Ahí deben esperar órdenes. En cuanto las tengan se meterán en los botes. Todos los botes están numerados y les vamos a dar los lugares para cada grupo. Pero lo más importante, tienen que llevar el salvavidas en el brazo durante todo el viaje, por favor.

—¿Siempre? —interrumpe la turbadora voz de la rubia—. No me diga que estaremos en peligro todo el tiempo…

—Yo no hablé de peligro —dice el capitán—. Es solo precaución.

Le acomoda a Guy un salvavidas y se lo ajusta con sencillez.

—Un compañero de viaje ideal —dice—. Silencioso, discreto, cómodo —y enseguida se dirige a la muchacha:

—Ya verá usted cómo no estorba las actividades más habituales, ni las más placenteras.

Ella se sonroja y los demás ríen mientras el capitán los dispersa y pide a los oficiales que vayan en busca de otro grupo.

Una hora después el barco se pone en movimiento, se escuchan los motores y el agua comienza a golpear, abajo, sobre la línea de flotación, con una fiesta de espuma. Entonces Guy se exalta frente a la costa que se aparta y se aleja, sorprendido de irse con un suave desgarro que lo lleva a merodear por las cubiertas sin ton ni son, y a buscar el viento de la proa. Adiós, mis queridos colosos del enanismo oriental.

A la hora de la cena se repiten los comensales, más Pierre y Molina, que han entendido la distribución etaria del comedor y la mejor opción entre las mesas de los veteranos. La cartilla está escrita detrás de una hoja de inscripción que pide nombre, grado, religión, número de servicio, y los desconciertos de Cortés vuelven a ser el centro de las bromas. Le adelantan que no volverá a comer bien hasta que regrese a Buenos Aires y la madre lo reciba con una fuente de ravioles.

–En Londres hay un precio fijo, en el Ritz, en cualquier grasiento agujero del Soho o en South Kensington –explica Pierre—. Con quince chelines se pueden hacer tres comidas malísimas en una misma noche:

conejo hervido con repollitos de Bruselas hervidos; tajadas transparentes de ternera aguachenta con repollitos de Bruselas hervidos; un pastel de papa con hilachas de *corned beef* y repollitos de Bruselas hervidos. Casi nada de sal, nada de pimienta. El mayor heroísmo de Londres es comer esa bazofia. Pero en el Ritz hacen una langosta que no está mal y todavía queda buen champagne, Château Lafitte, y un excelente Chablis seco; caro, aunque de primer orden. No se deje engañar por los nombres, Mulligatawny *soup*, por ejemplo. Parece uno de esos platos que le debían servir a Somerset Maughan en sus viajes por Oriente, pero…

—Yo la tomé una vez con él, en Calcuta —dice de pronto Olson, el contramaestre, y se rasca, con picardía, la barbilla—. Hará unos quince años. Sabía que Maughan era un viajero impenitente, pero nunca imaginé que fuera un hombre tan aburrido. Los escritores provocan admiración, pero no se los puede tener cerca. Cuando no hablan todo el tiempo de sí mismos, solo cierran la boca. De la sopa no hay nada que decir, siempre fue horrible.

—Me pregunto si diría lo mismo si se hubiera encontrado con Céline —lo anima Cortés.

—¡Ah, Céline! —exclama Olson y levanta sus grandes cejas pobladas.

—¿Qué, leyó *Voyage au bout de la nuit*? —pregunta Guy.

—Naturalmente —contesta.

—¿Y lo pudo aguantar todo? Semejante vómito…

—Vómito o no, tiene talento. Sólo el público más reaccionario de Francia pudo rechazarlo.

—Bueno, no solo ellos —agrega Guy.

—No me diga que usted es idealista…

—Claro, ¿qué nos queda? Si reducimos todo a una cloaca, ¿por qué vamos a pelear? Ya sé que estamos resignados hace tiempo, pero eso mismo explica que Hitler exista.

—Todos no son como Céline —protesta Norah Stocker—, y el *Viaje…* tiene sus cosas. La parte de la guerra en las trincheras, el comienzo, es muy valiente, por no hablar de la descripción de Nueva York.

—Sí, pero ¿y el resto? —insiste Guy—. En cuanto se propone ser tierno, cae en la cursilería como la cancioncita «L'hirondelle du Faubourg». Y la mayoría de la gente que aparece en el libro es incapaz de un gesto de piedad. Tampoco tiene más de una dimensión: es sórdida, canalla, o criminal. Qué infierno. Hasta las vidas más negras tienen relámpagos de dignidad, ¡pero ahí no aparecen!

Guy percibe el silencio de la mesa y se siente obligado a justificarse.

—Puede que suene a perogrullada, pero como va la guerra, no creo que sea el momento de decir sólo «*mots d'esprit*».

—Bueno —intercede Olson—, los franceses creen muy elegante verlo todo negro. La Biblia les parece una colección de cuentos orientales un tanto oscuros y pornográficos, como *Las mil y una noches*. Eso les viene de cuando la iglesia permitía leer el Antiguo Testamento solo a contadísimos fieles.

—Y eso, ¿qué tiene que ver? —lo interrumpe Molina.

—Que eligieron a Descartes en vez de a Pascal, un harakiri, cuando ya había sido probado que el hombre es una criatura irracional. Pero ellos ven una ofensa en todo lo que sea religioso, son materialistas.

—Algo peor que eso —lo apoya Guy—. Porque a menos que uno se dé por muerto, no se puede intentar nada sin un poco de dignidad.

—De todos modos, en Céline queda la denuncia de la guerra —insiste Norah.

—Esas ratas de alcantarilla que pasan por el libro no merecen que nadie luche por ellas —Guy está decidido a discutirlo aunque les lleve la noche entera—. Los que niegan la dignidad, como Céline, gritarán contra la guerra, pero después son los primeros en aplaudir a Hitler. Y es, precisamente, lo que está haciendo ahora. Colabora con los nazis, y en qué forma. Me lo dijo hace poco en Montevideo uno de los actores de Jouvet.

—Y de Napoleón, ¿qué opina? —pregunta el arquitecto y arranca una carcajada general que despierta la curiosidad de las mesas vecinas.

¿Dijo uno de los actores de Jouvet? ¿Pero de quién está hablando?, me digo, y sigo adelante con la lectura.

—No se apure —se envalentona Guy—, también a eso le voy a responder. Un impostor. Naturalmente, un gran guerrero, pero con el morbo de la realeza en el cerebro.

—Y por eso hay tantos colaboracionistas en Francia —intercede Norah—. Una clase dirigente podrida, y unos cuantos aventureros alrededor. A mí me parece que hasta los aristócratas más rancios actúan como si no creyeran de verdad en sus pergaminos. Conocí unos pocos, y salvo un par de mujeres, eran absolutamente imbéciles. No encontré mucha diferencia entre ellos y los nobles de mercado negro del emperador.

—Pero, por favor —dice Cortés—, en todas las épocas y en todos lados los aristócratas fueron decadentes.

—Se equivoca —lo corrige Olson—. A los aristócratas de verdad se los educa en la sencillez. Si el hombre falla, siempre quedan los buenos modales de un barón que trata con la misma cortesía a un campesino, al sirviente y al cura. Precisamente, porque no son iguales. Pero ahora,

cuando se los menciona, todos piensan en la misma idea fija: el derecho de pernada y el fascismo.

—Bah, gente de sangre azul, por suerte, ya no queda —lo interrumpe Cortés—. Todo eso está muerto y enterrado.

—No es cierto, mi amigo —interviene Pierre—. Cada vez que voy en misión a Francia me la tengo que ver con uno de esos muertos. Casi todas son mujeres, y puedo asegurarle que gozan de buena salud. Entre los cuatro gatos locos de la resistencia en Francia, hay por lo menos un setenta por ciento de duquesas y condesas mezcladas con los refugiados españoles que no tienen dónde caerse muertos.

—Me parece que acá no soy solo yo el que exagera —agrega Guy.

—Es la pura verdad. Naturalmente, hay gente que llama resistir a escuchar las transmisiones de la BBC o a confundir a un soldado alemán con falsas indicaciones.

—Vamos, de esa clase de resistencia todos fuimos víctimas en París, en todas las épocas —bromea el contramaestre.

Desde el rincón más apartado, junto al ojo de buey, *Miss* Greyfield se inclina sobre la mesa para dirigirse a Guy:

—Yo tenía entendido que usted es escritor…

—Aspirante —confiesa Guy.

—¿Y no tiene respeto por Céline?

—Ante todo soy un crítico —dice Guy y busca los dientes de conejo de Greyfield—. Un crítico está muerto si no le falta el respeto a las opiniones consagradas. Pero no lo hago por capricho. Si Céline fuera menos escatológico, menos desesperanzado y menos francés, me merecería más consideración. Claro que después de Zola, probablemente no quedaba otra cosa que la letrina. El racionalismo cartesiano sigue el camino del intestino grueso. ¿Y cómo saldremos de ahí? Por la mística del paso de ganso, creen estos cretinos. Los Céline, los Maurras, los Drieu la Rochelle, adoran a Hitler porque no tienen resto para creer en el hombre.

—Un artista no es un cura, que yo vea, ni un político —dice Greyfield—. Va por ahí, y cuenta lo que ve con su talento. Porque se puede tener mucha fe en un santo, pero ningún talento.

—Es posible, sí, que eso justifique incluso el crimen, y el talento sea nuestra última excusa.

—¡Pero usted es un moralista! —protesta Cortés.

—¿Y qué otro remedio? Se decide el futuro de Europa, tal vez del mundo, y todas las artes están haciendo apuntes para después, si es que hay un después, cosa que todavía está por verse. Lo que me resulta estúpido es que la gente se tome en serio esos apuntes.

Antes de llevarse el tenedor a la boca, Norah acusa:

—Ya veo que no tendremos tiempo de aburrirnos.

Un relumbre violáceo, seguido de un trueno, pulveriza el comentario de Pierre en la letra de la Remington. Otra vez llueve sobre Montevideo, bajo una luz verde agua que carga el aire de electricidad. Enciendo la lámpara del escritorio y un cigarrillo. Europa, pienso, 1942, y enseguida, que Guy tenía buenos motivos para rechazar a Céline, incluso sin haberse calentado en las tripas de ningún caballo muerto. La razón está del lado de los ingenuos, hasta que las pretensiones de la razón rompen la ingenuidad y quedan los argumentos sin realidad de la que agarrarse. ¿Cuántas personas sabrían en Montevideo que Ferdinand se había pasado al bando de los nazis? Onetti, sin duda, el que caminaba imitando a Louis Jouvet y recibía a Arturo en los cierres de *Marcha* con los ojos cansados de corregir artículos que no le interesaban. Pero Jouvet estuvo en Montevideo con su compañía y puede que Arturo haya hablado con Louis y sus actores. Cubría las páginas de teatro, no debió escapársele esa oportunidad. Digo Arturo, y de pronto lo veo sobre la Remington una noche de verano del 64 o 65, con la camisa arremangada y el sudor de París adherido a la camisa, insomne frente a la ventana abierta y sin cortinas porque quiere atravesar la oscuridad con un diamante y no sabe si fue cierto que entró al mundo real o después de la guerra dio otra vuelta de campana. Quiere que se lo diga Guy, ese inocente que va por la vigilia peor que un ciego porque a diferencia del otro, está obligado a creer en todo lo que lo rodea.

KAREN

Después de la cena, Pierre, Molina y Guy buscan el bar para cumplir con la prometida ronda de tragos. Brindan a la salud de Guy y comienzan una discusión sobre la sangre española, el carácter inglés, el espíritu de la guerra. Es inocultable que Guy se entiende bien con el andaluz y bastante menos con Pierre. Mientras se provocan, se esperan, se incitan, Guy le observa las manos, la sombra de la barba sobre la quijada cuadrada, el descuido de la ropa fina, y deduce que ha vivido entre almohadones y partidos de polo, está habituado al manejo de varias cuentas bancarias y a desnudar muchas rubias.

La conversación avanza por juicios pretenciosos que me interesan poco, así que me distraigo con los muchachos que alrededor de otra mesa colocan una servilleta de papel sobre un vaso, arriba de la servilleta una moneda, y después apoyan la brasa de un cigarrillo encendido. Se lo pasan de mano en mano hasta que dejan la servilleta como un colador; la moneda tiembla, apenas sostenida por los restos intocados, y el turno del perdedor la hace caer. Repiten el juego una y otra vez, entre bromas y codazos porque alguno sopla para que el círculo de la quemadura se agrande, mientras Collins seca unas copas detrás de la barra, sólo por mantenerse ocupado hasta la hora de cerrar. Las cortinas del bar están corridas para que no se vean las luces y el *Talk of the Town* desliza sus dos mil novecientas toneladas por las olas del Atlántico en la más cerrada oscuridad. En el puente, el oficial de turno no desatiende el radar, el operador de radio chequea el telégrafo y los canales de onda corta, en los camarotes unos se preparan para dormir, otros hacen fiesta, y dentro del bar nadie quiere dejar de mostrarse inteligente, ni siquiera los jóvenes que juegan con la moneda.

Ahora Pierre se burla de que Guy festeje su cumpleaños con discusiones y Molina le recuerda que desde que subió al barco no ha tartamudeado ni una sola vez. Lo ha oído en Buenos Aires, sabe que arrastra ese mal desde la infancia y el amigo común le contó de sus esfuerzos. Pero entonces le dice que diga lo que diga, nada bueno saldrá de la guerra, porque se trata del odio, y un idealista como él no está preparado para enfrentarlo. «Ni siquiera, Guy, en tu cumpleaños treinta y tres».

–Caramba… —escuchan decir de pronto, y ven pasar a la chica de

los tartanes hacia la mesa de los voluntarios. Inmediatamente, Guy se pone de pie.

—Venga para acá, ¿cómo se llama usted?

—Karen. Karen McDonald —dice ella mientras baja levemente un hombro.

—¿Bebe una copa con nosotros por mi cumpleaños? —la invita Guy y acerca una silla.

—Por supuesto. —Toma asiento y señala el Martini de Guy—. ¿Puedo?

Karen bebe un sorbo. La garganta se le conmueve, arruga la frente, pero le gusta, y antes de seguir bebiéndose el Martini de Guy le dice *happy birthday* con el tono ocre de su voz.

—No sabe lo feliz que me hace —la halaga él—. Aquí, en este momento, se necesitaba una mujer.

—Bueno, con mi carácter perro y mi pasión por los deportes, ni mi viejo ni mi vieja están seguros de que lo sea.

Ahora Guy mira sus ojos azules, los labios finos y rectos, y se enamora de su descaro.

—No sé a qué sexo quiere pertenecer. Pero no crea que me asusta. Yo la raptaría con gusto para sumarla a nuestra mesa en el comedor.

—Una locura —dice ella—. Acá el protocolo es más rígido que en Buckingham. Pero me gustaría ir, ¿sabe? Ya se han hecho ustedes una mala fama interesantísima. Dicen que son intelectuales, y no imagina cómo disfruto escuchar lo que no entiendo.

—Bueno, yo también estoy harto de oír lo que ya sé.

Karen vuelve a entrecerrar los párpados con un esbozo de complicidad y enseguida mira a los tres hombres, un poco intimidada.

—¿Y qué deporte practica usted? —pregunta Molina.

—Natación, *hockey*, montar a caballo, saltarme algunas normas —dice.

—Todo muy peligroso —se burla Guy y la chica se encoge de hombros. Golpetea el vaso con las uñas, luego baja la cabeza, promete verlos más tarde y se cambia a la mesa de los muchachos, que la reciben con las cejas alzadas.

—Escocesa cien por cien. Te apuesto lo que quieras —dice Pierre mientras termina de mirarle los tobillos. Pero Molina retoma su perorata sobre la guerra y los sigo a vuelo de pájaro mientras intento definir el pelo rizado y rubio de Karen, sus ojos —Guy dijo que eran azules, no sé por qué los veo castaños—, le imagino la nariz, trato de completarle la cara y la voz sumergida. Nada de lo que dicen en la mesa compite con el arco de sus cejas que se sobreimprime como una marca de agua, pero me doy cuenta de que todavía tienen ideas acerca

de las cosas, y no ideas acerca de las ideas. Creen en el toro de España, en la vocación del pueblo inglés, y entre la duda y el error, prefieren el error.

Ahora Pierre se inclina sobre Guy y lo mira de frente:

—Después de escuchar tu condena a Céline, me doy cuenta de que lo que no soportás es que quieran exterminar una raza.

—Claro que no. Soy apolítico, pero esto va mucho más allá de la política. Sin embargo, no voy a Inglaterra por puro idealismo. Siempre hay razones personales para dar un paso.

—Eso ya me gusta más —lo interrumpe Molina—. El idealismo uruguayo, francamente, es como… ¿escolar? Esto revienta, Guy. Si la gente me aburriera tanto como me revienta, ya me habría suicidado. Todos hablan del mundo nuevo que vendrá después de la guerra. ¡Qué mundo nuevo ni qué niño muerto!

Continúan cada vez más ociosos, y después de una nueva vuelta de tragos la conversación se dispersa. Hace rato que Karen se ha ido con los muchachos, no sin dedicarles un saludo rápido, y desde hace varios Martini creo que todos han dejado de oírse. Se despiden finalmente en la escalera y Guy abre la escotilla para dar un paseo por la borda antes de irse a dormir. Avanza por estribor bajo la noche estrellada, una brisa fresca juega con los banderines y cree percibir un resplandor rojizo en el horizonte, a unos grados de la proa, pero a poco de dar unos pasos un jadeo lo hace desviar la vista y, aunque vuelve la cabeza enseguida, no deja de ver a la muchacha de espaldas, con un revoltijo en la cintura y otra sombra, detrás, que la hace gemir. Huye con una sonrisa en los labios, pero más adelante otra pareja se agita en un rincón, en algún sitio una chica dice no, sí, y comprende que se ha metido en la zona roja, que el amor es vertical porque todos duermen en camarotes compartidos, y ya no sabe si avanzar o retroceder. Apoya las manos sobre la baranda con la vista en la oscuridad para darse un respiro, pero se siente ridículo y los jadeos lo alcanzan, así que no se le ocurre mejor idea que volver silbando por donde ha venido, solo que el silbido no sale de ninguna manera. Apenas consigue unos soplidos estentóreos y finalmente da pisadas largas y ruidosas para que se detengan mientras pasa frente a ellos. Cuando cierra la escotilla del lado de adentro, un ligero temblor le corre por la espalda.

Ha perdido el sueño y las ganas de dormir, pero aun así va a su camarote y cuando entra, ve a Pierre sentado en la cama, escribiendo una carta. Como el ojo de buey permanece abierto, la corriente de aire arroja el papel a los pies de Guy.

—Qué interesante. Tinta simpática —dice y se lo alcanza con el brazo tieso. Entonces Pierre ensaya una sonrisa.

—Siempre la uso para escribirle a Francine. ¿Ya sabés que podemos despachar correspondencia al llegar a Freetown?

—De modo que nuestro puerto es Freetown. Avisale al capitán, a lo mejor todavía no lo sabe.

—No te preocupes, a estas alturas ya recibió instrucciones.

—¿Y vos, cómo sabés?

—No lo sé, lo deduzco. Es lo más lógico.

—Minuto a minuto todo en este barco es menos lógico —contesta Guy y tira el saco sobre su litera.

—No tengo por qué darte explicaciones, pero como a la gente le gustan los malentendidos, voy a confesarte que solemos usar algunas palabras gruesas con Francine.

—¿Gruesas?

—Somos una pareja normal, acabamos de tener un hijo, pero la guerra ya lleva tres años y usamos las cartas para mantener caliente la cama.

—Hermosa especie humana —comenta Guy mientras abre la frazada, sin creerle una palabra.

—Bueno, dentro de un tiempo, quizá te den una misión; puede que esa misión se prolongue y un día te encuentres entretenido en escribir obscenidades.

Ahora Guy se desviste para ponerse el pijama y Pierre lo observa sentado en su cucheta.

—Tengo una amiga en Londres —dice—. Trabaja en la censura de la correspondencia. Me contó que la mayoría de los soldados escriben a sus mujeres unas cosas increíbles. Pero no solo eso, ellas contestan otras que los dejan como niños de pecho. Cuando las cartas repiten demasiadas barbaridades, las cortan acá y allá, por si se trata de algún código.

—Lo es, de la brutalidad.

—El asunto es que Francine recibió dos o tres cartas cortadas, y por eso decidí usar tinta invisible.

—Yo no te pedí explicaciones. No tenés por qué dármelas.

—Tonterías —protesta Pierre—. Encima de esta carta, ahora irá otra en la que le hablaré del viaje y del moralista que me tocó de compañero.

—¿Y va a perder tiempo en leerla cuando sabe que debajo la espera un orgasmo?

—Claro, lo va a leer todo porque Francine es una verdadera mujer, no como las jirafas anémicas de este zoológico que traemos abordo.

Ahora Guy se lava los dientes en el baño hasta que le sangran las encías. Antes de subir a su cucheta le pide que apague la luz y use una

linterna para terminar de excitarse. Pero el que está excitado es él y cierra los ojos, abrumado por las sospechas sobre Pierre. Recuenta los episodios, sus actitudes intrigantes, y cuando escucha que apaga la luz abre los ojos. Le basta mirar alrededor para descubrir la penumbra que irradia la cucheta de abajo, y los bordados de la luz y las sombras lo llevan al cuarto de su infancia, cuando Carmen lo obligaba a leer con una linterna.

Entonces ella tomaba medicación para dormir y se enojaba con Guy si no compartía la dosis. Guy menciona un frasco, no alcanzo a saber qué clase de calmante o láudano le daban a Carmen para sedar sus nervios, pero dice que lo forzaba a beber porque los hermanos debían compartirlo todo. A los pocos minutos le pesaba la lengua y tropezaba con las cosas, de modo que si quería leer rechazaba el frasco y enfrentaba las protestas de Carmen, que apagaba la luz del cuarto y se ponía a cantar, solo por molestarlo, mientras él seguía la lectura con una linterna.

No sólo dormía en el mismo cuarto con Carmen, pasaban demasiadas horas juntos y Guy nunca estaba seguro de la forma en que se entendían. Una broma podía ser una catástrofe, una pelea, una broma, y compartían juegos con intenciones tan distintas que lo dejaban sin ánimo de averiguar de qué forma funcionaba el humor de su hermana. A los cuatro años le lanzó unas tijeras a los ojos, y otra vez le propuso llorar juntos en el altillo que había levantado el padre sobre los fondos del jardín. Se encerraron a leer *Oliver Twist*, pero cuando las lágrimas de Guy afloraron, le gritó ¡maricón! y le pegó una cachetada. Su memoria estaba llena de traiciones así.

El nacimiento de Silvia fue su esperanza de que viniera a rescatarlo porque entonces creyó que Carmen se distraería con la bebé y tal vez, con el tiempo, podría hallar una aliada. Pero la llegada de Silvia lo colocó delante de otro asunto que traía la luz de la linterna. Le resultó extraño que le dijeran que debía crecer para enterarse de dónde había salido su hermana. ¿Por qué motivo no iba a entender? Se lo reveló un muchacho del barrio que estrenaba su experiencia con una gorra nueva. «Tu viejo le mete la poronga y le hace un hijo, dos hijos, los que quiera». Le contó otros detalles que lo dejaron confundido, incapaz de aceptar que su madre quedase contenta. Un asunto criminal que igualaba a sus padres con los perros. ¿Con los mismos labios con que lo besaba?, ¿con las manos que le dejaban una caricia después de arroparlo? Si lo hubiese visto, habría golpeado al padre con un martillo. Vivió un tiempo con eso y después lo olvidó, se impuso olvidarlo llevado por las gracias de la bebé y los cuidados de la madre, con tiempo, pese a todo, para oírlo quejarse de Carmen con la paciencia

de sus ojos grises. Veía algo alarmante, sin embargo, en esa mirada que se volvía más oscura y más intensa, como si de pronto pidiera socorro y enseguida se arrepintiera. Algunas tardes la madre dejaba lo que estaba haciendo, encendía la radio, se agitaba, y lo llevaba a tomar el té a La Sirena. Apenas se daba tiempo para arreglarse y encargarle a Hilda el cuidado de la bebé. Le tenía confianza, hacía muchos años que Hilda trabajaba en la casa y la trataba con el abuso que impone el cariño sobre las relaciones domésticas bien llevadas.

Al padre de Guy le gustaba el cine, pero ella amaba el teatro. Cuando le hablaba de las obras de Strindberg, de Maeterlinck, de Ibsen, a los que consideraba exploradores de la mente, Guy oía su voz a veces grave, ligera o melancólica, con la sensación de que existía sólo para él, que el salón de té se oscurecía, y le miraba la nariz romana, los labios carnosos, el latido de los ojos, abrumado por el perfume de la colonia de Guerlain que nunca la abandonaba. Madera y rosas, y lo demás era la música, la poesía, la complicidad del cine, los libros. Fue la amiga de muchos paseos, idas al *music hall*, a los números de variedades de los artistas que llegaban a Montevideo. Tenía una curiosidad prodigiosa, una notable independencia para aprobar y despreciar, y lo hacía participar de sus juicios. ¿Qué te pareció, Guy?, ¿le damos rábanos o rosas? ¿Cuántas rosas?, ¿por qué tan pocos rábanos si nos perpetraron una hora de mal gusto?

Los acompañaba el padre algunas veces. Pero una noche, al llegar a casa, Jean Delatour tiró el sombrero al suelo, se desprendió el cuello y también lo tiró, y después el saco y el chaleco. La acusó de gozar con la mirada de los hombres que se detenían a verla pasar en la calle. Ella se agachó a juntar las ropas y lo negó, lo negó todo mientras levantaba una prenda detrás de otra, pero la escena se repitió. La primera vez Guy quedó aterrado, le pareció que el padre iba a golpearla. La segunda vez lo miró como a un desconocido, después quiso matarlo.

Un día ella guardó los sombreros y los guantes en unas cajas altas del ropero, abandonó los vestidos de colores vivos y lo más sorprendente, salió a la calle con ropas viejas, la cabeza gacha, despreocupada de la mancha en el escote, el largo de la enagua y el color de los zapatos. Parecía que le hubiese caído encima una capa de ceniza y pretendiera quitársela con unos simples golpes de la mano. Cuando Guy le dijo que debían hacer algo, ella lo retó y lo sacudió por los hombros, cree recordar, por única vez.

Se tratase de un pacto o de una guerra silenciosa, acabaron los escándalos. Jean Delatour volvió a ser Jean Delatour: un tipo previsible, con una bestia adentro. Y al tiempo, dos o tres meses después, comenzaron las visitas a los médicos. Una puntada en el

vientre, un dolor en el pecho, el fantasma de la tuberculosis. Ella comenzó a repetir que iba a morir a los treinta y cinco años como su padre, y se hizo sacar el apéndice, completamente sano. Jean lo guardó en un frasco de alcohol y se lo mostraba cada vez que declaraba una nueva alarma, cansado de gastar dinero en los especialistas que medraban con su hipocondría.

Guy vio torcerse la vida familiar por las imaginaciones de la madre y las pretensiones de un comerciante de telas que se proclamaba liberal, pero reinaba sobre todos sin méritos que ofrecer como no fuera traer dinero y exhibir su inferioridad. Luego de observar que sus padres se peleaban y después se entendían, reían juntos, desmentían la gravedad de las acusaciones, acabó por aceptar que acaso era así la vida en matrimonio. Nada comparable a la fatalidad de los destinos que mostraban las películas, con sus cadenas de enredos, encuentros y desencuentros imprevistos, sus arbitrariedades y saltos al vacío, que la gente disfrutaba durante hora y media y finalmente despreciaba. Necesitaban las películas para olvidar la vida que llevaban, pero de lo que veían no aprendían nada.

Una noche antes de dormirse, después de la visita a unos tíos que vivían en el Cordón, el recuerdo de su prima Beatriz comenzó a perturbarlo. Tenía un nombre perfecto, las mejillas pálidas, y se mordía las uñas con la misma picardía con que le había mostrado un lunar en el cuello, más abajo del cuello. Regresó unos días más tarde a llevarle un libro de Jules Laforgue que le había prometido y se quedó con ella un rato demasiado largo. Puede que el tío haya reparado en el modo en que la miraba porque poco después lo llevó a un prostíbulo de la calle Canelones a conocer a Raymonde. Guy acababa de cumplir quince años y le había cambiado la voz, así que se trataba de la hombría, le dijo. Una obligación extraña, porque Guy sólo se quería enamorar. Después de ver *Algo en qué pensar*, *Los enredos de Anatolie* y muchas comedias de alcoba, quería dar con la chica, el beso demorado y la sonrisa de Wanda Hawley, con llantos, incluso, si fuese el precio. Y sin embargo no se resistió.

Cuenta que Raymonde era francesa, tranquila y redonda como un tonel, tenía una permanente de ondas muy juntas que le daban el aire de llevar una mala peluca, unas manos enormes de dedos cortos, y uvas rosadas y carnosas bajo el *déshabillé*. Había otras mujeres en el patio cerrado, y la luz de la claraboya y de una pantalla verde duplicaban la tristeza de una pecera por donde paseaban el blando encanto de la carne asomada entre los encajes.

Raymonde lo llevó a una pieza con las paredes empapeladas de rosas, a tramos ardidas por la humedad, una cama de respaldo alto y un

viejo ropero con dos espejos. Le señaló una silla y lo hizo desnudar. «*Tu es très bien bâti, tu sais*», y después de elogiarle las escasas y titubeantes palabras en francés que alcanzó a decirle, lo abrazó y le apoyó las tetas en el pecho, pero lo sintió frío. Entonces arrojó agua caliente en una palangana, un chorro de colonia, hundió una esponja y comenzó a lavarlo como a un bebé. «*Oh la la, que tu es froid*», dijo ella, todavía alegre y confiada en la destreza de sus manos, en la furtiva vanidad de su lengua, y al cabo de cinco largos minutos de masajearle el glande sin resultado —la humillación de Guy daba paso a las ganas de correr—, Raymonde desistió. «*Je crois que t'es drogué, mon p'tit. T'es drogué, n'est-ce pas? Parle, dis-le moi, comme ça je ne perdrai pas mon temps*». No contestó. «*Drogué, à ton âge! Eh bien! T'as un bel avenir, toi!*».

Se vistió en dos segundos y le dejó dos pesos en la mesa. No quería decir nada, pensó. Todo era barato, nada quería decir nada. Ella estaría acostumbrada a guardar esos fracasos.

—Acá no nos dejan despilfarrar el tiempo, ¿sabés? —le dijo Raymonde, esta vez en español, como si se sacara una máscara de la voz—. Si otro día venís con más plata podemos pasar un rato. Me gustaría hacer papita contigo.

Qué palabra era esa. Salió con las mejillas rojas de furia y el tío sonrió con alivio, le puso una mano en el hombro y se lo llevó a la calle. Si hubiese estado en el *boudoir* de Gloria Swanson todo habría sido distinto, se mintió. Si estuviera hecho de luz, si fuese una sombra.

Guy pasaba muchas horas frente a la pereza de las diosas que se derramaban en largos sillones para encender un cigarrillo o jugar con un encendedor. Conocía el veneno de sus labios, la seda de sus ojos, y a los héroes que las tomaban en sus brazos, las golpeaban, las amaban, las mataban. Estaban hechas de luz en la plateada oscuridad de los biógrafos y eso era todo lo que necesitaba.

La humedad de esas mujeres acompañó el espíritu que murió en la guerra. Se me ocurre mientras miro unas fotos de la Swanson, con la nariz de pato de la Dietrich y la misma mirada de ángel canalla. La posesión de un cuerpo, dos cuerpos, cincuenta millones de cuerpos. En sus comedias sexuales puede leerse la ambición de tener al otro, su voluntad, su dominio. Podría trazarse un itinerario de las mascaritas del cine mudo a los frenéticos *tipi tap* de Fred Astaire y Ginger Rogers, de los teléfonos blancos a las chicas Bond de los sesenta, y de aquel ¡viva el amor!, el porro y el rock and roll, pasando por la erótica de la política y de la compañera para derrotar al enemigo, a este tribal llamado a gozar lo gozable, porque lo que un día se llamó espíritu, la vida del espíritu, derramó toda el agua.

SANGRE Y ARENA

Dos días después de su bautismo con Raymonde, el domingo en la tarde, Guy vio cuatro películas y una comedia corta en el Select, y al regresar a casa se encontró con un clima de fiesta, aunque Silvia cenara en lo de una vecina y Carmen con la abuela. Hilda había preparado unas gordas perdices bañadas en coñac y sus padres se apuraban en la mesa porque irían a ver *Sangre y arena* a una sala del centro. Podía tratarse de un aniversario o de un nuevo acuerdo que había sepultado los celos, y si no se animó a preguntar fue porque le bastó oler el perfume de Guerlain que llevaba su madre, mirarle el vestido de seda ocre con un sello de caracteres chinos en el busto izquierdo, el collar, los pendientes, para celebrar su regreso.

—Es miope.

—No, qué va —dijo ella en el momento en que Guy se sentaba a la mesa.

—Te digo que es miope. Me lo dijo Podestá. Las mira así porque no las ve.

Bromearon sobre Rodolfo Valentino, las curvas de la Nita Naldi, y cuando el reloj dio las nueve campanadas ella dijo: «Apurate, Jean, que llegamos tarde», y abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Te atragantaste, Nena? —le preguntó el padre de Guy. Una miga de pan, un vaso de agua no pudieron nada. La madre se levantó y corrió al baño mientras Jean y Guy apartaban los cubiertos de los platos. Durante uno o dos minutos oyeron el segundero del reloj de la pared, el golpe del agua en la pileta de la cocina, donde Hilda lavaba alguna cosa, y las arcadas que llegaban, lejanas, a través de las puertas.

Al regresar ella traía la cara descompuesta. Dijo que tenía un hueso en la garganta.

—No, te habrá raspado. Vas a ver que antes de entrar al cine se te pasa —le contestó Jean. Pero ella pidió que la llevara a lo de Mautone o a la Asistencia Pública. Estaba de pie, con las manos sobre el respaldo de la silla y el cuello ligeramente inclinado. El padre la miró unos segundos con inquietud, y decepción, salió a la calle, y durante los minutos en que demoró en regresar con un taxi, mientras Hilda no paraba de repetir que las perdices tienen el hueso blando, Guy vio crecer el miedo en los ojos de su madre, entonces sentada en la punta

de la silla con un pañuelo que se llevaba a los labios. Intentó decirle algo tranquilizador, pero ninguna palabra logró cruzar la barrera de su lengua y se limitó a tomarle una mano, a retenerla con caricias entre las suyas.

Cuando llegó el padre los tres subieron al asiento posterior del taxi, la madre al medio, vestida con un tapado y un tricornio nuevos, como si fuese a una fiesta, y Guy sobre la ventanilla derecha, aparentemente distraído por el viento que movía los plátanos de la avenida Rivera. Ella se frotaba el cuello y el padre miraba la nuca del chofer, indiferente a sus protestas por los pozos, los fríos de agosto, las luces innecesarias de la Universidad, menos al trayecto que los apartaba de 18 de Julio para mostrarles los oscuros balcones de hierro de la calle Uruguay.

Apenas llegaron, el doctor Mautone los hizo pasar a su consultorio y mientras se abotonaba el guardapolvo le pidió a la madre que se acostara en la camilla. El ácido fénico, los muebles de vidrio y metal, los diplomas, le parecieron a Guy una cámara de torturas. Cuando el médico apagó las luces todo ganó un aspecto más siniestro. Le introdujo a la madre un grueso lente lumínico en la garganta y ella tomó la mano de Guy con fuerza mientras resistía durante un largo minuto. Pero salvo un pequeño desgarro que el vidrio del instrumento extendió unos milímetros, no encontró nada. Mautone pidió disculpas por el daño que acababa de sumar a los tejidos, le recomendó volver a casa y descansar. ¿Eso era?, ¿pura imaginación? Al subir a otro taxi ella le indicó al chofer la Asistencia Pública. Una batalla acababa de instalarse entre el sordo fastidio del padre, amordazado en su asiento, y la perseverante molestia que al cabo de un corto viaje los llevó a la sala de espera de un dispensario con dos grandes bancos, dos puertas cerradas y más ácido fénico. Ahí aguardaron delante de un borracho que se atajaba la sangre de la ceja izquierda vigilado por un policía, y de una mujer que permanecía sentada con los ojos cerrados. Detrás de una puerta llegaban los gritos de un chiquilín al que asesinaban lentamente. Cuando la mujer recogió al niño con una venda en la cabeza, pasó la madre de Guy, y Jean y él aguardaron en la sala, sin nada que decirse o mirar, como no fueran las paredes desnudas, los marcos de las puertas, las gotas de sangre que dejó el borracho en el piso antes de ser atendido en otro consultorio. Al cabo de un rato la vieron salir con la mirada vencida. Se limitó a indicarles que tampoco habían encontrado nada, y se dejó llevar de regreso a casa.

Esa noche Guy no consiguió dormir. Conservaba el apretón de la mano que le dio su madre con la idea de que se había despedido. No por la fuerza con que lo aferró, todavía podía sentir el sudor en su palma, sino por la fuga de sus dedos al momento de soltarse, cuando el

médico ya le pedía que se incorporara. Tuvo la impresión de que se demoraban con disculpas, una caricia en los nudillos, y lo abandonaban. No podía explicárselo sin la amenaza de que moriría a los treinta y cinco años. Acababa de cumplirlos y ya no lo mencionaba, pero no se puede morir de una fantasía, se repitió esa noche todas las veces que hizo falta.

La historia era antigua y más que una historia era un secreto. Entre las dos versiones de la tragedia de ese abuelo que no había conocido, Guy prefería la de la bailadora, porque la primera decía que fue un hombre elegante y muy apuesto que murió a los treinta y cinco años, de tifus. Casi un telegrama, como el cuento de los siguientes casamientos de la abuela, con un viajante de comercio que un día se subió a un tren y ya no regresó, y después con un abogado que también murió joven. Mala vieja, había alimentado la sombra que pesaba sobre su madre. La otra versión, la que le contó un primo la tarde en que subieron al tejado de su casa, decía que el abuelo se había enamorado de una bailadora que llegó a Montevideo con una compañía de zarzuelas, y se volvió loco, dejó el trabajo, a la mujer, a la hija, por irse con ella a Madrid, y allá lo mató el chulo que la explotaba, de dos puñaladas. Después de imaginar la escena de una y otra versión en la oscuridad del cuarto, las dos historias le parecieron una trampa. Ella nunca hablaba del padre como no fuera para repetir que moriría a la misma edad, y las protestas de Guy frente al futuro abandono siempre derivaban en una caricia como la del consultorio. La misma presión horadante sobre la piel, pero sin la morosa huida de esa noche que lo mantuvo despierto hasta las primeras manchas del amanecer sobre las baldosas del patio.

Por la mañana ella se quedó en cama. Por la tarde Guy hizo fiebre y lo enviaron a acostarse. El médico de cabecera le recetó ungüentos en el pecho con Vick VapoRub, y a la madre le encontró una pequeña infección en la garganta, pero atribuyó la fiebre que había levantado al shock de la noche anterior. Le recomendó que se refrescara con agua de colonia y desde entonces el perfume del *Après l’ondée* y el tufo mentolado del pecho de Guy impregnaron las habitaciones, los silencios, las voces oídas a medias, que se fundían también a la convalecencia de los muebles, de las plantas del patio interior y hasta de los retratos familiares que colgaban en las paredes, porque a medida que pasaban las horas todo en la casa se inclinaba y languidecía, quizá por efecto de las fiebres, o por la ausencia de los hábitos cotidianos. Carmen permaneció en la casa de la abuela, tal vez avisada de que algo ocurría, y Guy no lo lamentó. Aprovechó para leer lo que le permitieron los ojos y se durmió temprano luego de una breve visita de

Silvia, que se burló de él y regresó con su amiguita a la casa de al lado. Cuando a la mañana siguiente se levantó y fue al cuarto de sus padres volvió a encontrarse con Silvia, entonces junto a la ventana que daba a la calle, con sus cinco años asomados a la madre, que también la miraba en silencio desde la cama, con la cabeza apoyada sobre dos grandes almohadas. Silvia tenía las manos tomadas adelante y la miraba muy seria, como si no la reconociera. A Guy le pareció que la madre les acomodaba la ropa para salir de viaje, aunque permanecía inmóvil, y luego les pedía que se mantuvieran quietos mientras algo rondaba el silencio sin que se dejara ver. Pero crecía en la quietud del cuarto sobre la mesa de luz, la cómoda, las lámparas, los zapatos debajo de la cama, y también en su cuerpo.

Permanecieron así, un rato largo, hasta que la madre empezó a respirar con un feo ronquido. Entonces Guy corrió a avisarle al padre y el padre salió a buscar a un nuevo especialista. El doctor Langón llegó una hora después con el aire de un dios importunado a la hora del almuerzo pero dispuesto a cumplir con la idea que se había hecho de sí mismo. Oyó la historia de boca de Jean y al examinar a la paciente concluyó que si lo sentía en la garganta el hueso estaba ahí y había que sacarlo. Los citó para la mañana siguiente en su consultorio. Durante todo el día hubo una gran excitación en la casa, la madre pareció reanimarse, le pidió a Hilda que fuera a comprarle un camisón y un pañuelo de seda. En la tarde se distrajo con las óperas de la emisora del Sodre y cenó un puré liviano porque le costaba tragar. Guy se fue a la cama con la convicción de que su madre moriría. Ya se había despedido. Nada tenía caso, las fantasías no mentían. Por la mañana, sin embargo, la vio regresar del consultorio aliviada. El médico había encontrado el pequeño puñal y se lo había quitado. De modo que existía, se dijo, como si confirmara también la existencia del chulo.

El doctor Langón anunció que en dos días se sentiría bien. Guy pasó la mayor parte de la tarde con ella, también con Silvia y Carmen, que oyó toda la historia con gran interés, besó a la madre y quedó en un estado de distracción y ansiedad. Beneficiada por el silencio —la madre no podía hablar y cada tanto emitía unas palabras con voz estrangulada —, contó lo que había hecho el fin de semana en casa de la abuela, lo que pensaba hacer el próximo sábado y dentro de tres meses, cuando llegaran las vacaciones.

Mientras la refrescaba con agua de colonia, Guy le prometió a la madre que apenas se restableciera irían juntos a ver *Sangre y arena*, y le leyó una reseña de la película que traía el diario. Con las dificultades del caso, las palabras se le demoraron más de la cuenta, cargadas de una intensidad que no les pertenecía, pero ella se lo agradeció con los

ojos y por primera vez Guy sintió que la amparaba, que podía recogerla en su voz, igual que a una criatura. Todo se había invertido en pocos días, la esperanza, el miedo, y hasta el padre se movía por la casa desorientado, sin saber en qué cajón se guardaba qué. Lo consultaba por los asuntos más peregrinos con una lastimosa mueca en la cara.

Ella siguió respirando con dificultad, pero en la noche los jadeos se hicieron más fuertes y nadie supo si había que aguardar la mejoría anunciada o correr en busca de ayuda. Despertaron en la mañana con un grito de la madre: «¡Alguien tiene que hacer algo, por favor!», «¡necesito respirar!».

Llamaron a la Asistencia Pública. Llegó un médico joven con aspecto de recién recibido, que la atendió a puertas cerradas y se fue con la promesa de volver acompañado por el jefe del servicio. Ya entonces los ojos de la madre parecían de vidrio, tenía la piel lustrosa y se agitaba con un macabro resuello. Entonces Guy bajó los ojos y se dijo: no se va a salvar. Si no se salva mi felicidad nunca valdrá nada.

Debió mediar un llamado telefónico, porque un rato después la abuela entró a la casa, fue directo al cuarto, miró a la hija y salió con la boca crispada:

—La Nena tiene una infección. Eso se ve a mil leguas. ¿Y qué hacen acá?, ¿la dejan morir? ¿Quién fue el imbécil que la atendió? Hay que hacerle una punción lumbar. ¿Me oyen? —Y mandó al padre a la farmacia.

—Pero acá nadie habló de una punción lumbar… —se quejó Jean, sin ningún aplomo.

—Lo digo yo, ¿me escucha? ¿Usted cree que voy a permitir que la deje morir así?

Como si saliera de un limbo, el padre corrió a la farmacia, de donde regresó con otro médico de barbita en forma de candado. Mientras atendía a su madre, Guy vio que al mover la polvera de la mesa de luz, el hombre descubrió un papel con algo escrito que le hizo cerrar los ojos. Pidió que los dejaran solos para hacerle la punción, y después su padre lo acompañó a la puerta, donde se entretuvo con la abuela y un vecino, así que Guy y sus hermanas volvieron a entrar a la habitación. Antes de sentarse junto a Silvia en el sillón de la ventana, Guy se acercó a la mesa de luz y leyó lo que había anotado el médico de la Asistencia en el papel: «Absceso de edema agudo al pulmón». Se lo guardó en un bolsillo y regresó junto a su hermana alarmado de mirar a la madre, que movía los ojos del bolsillo del pantalón a su cara con una insistencia que en pocos segundos se volvió frenética. Iba del bolsillo a sus ojos con un reclamo imperioso y desesperado. Necesitaba saber lo que decía el papel, se lo ordenaba con las órbitas delirantes que

desbordaban sus párpados, la boca deforme y vencida por el silencio, y cuando el vaivén se le hizo insoportable, Guy se levantó y salió del cuarto. Luego ya no estuvo seguro de lo que veía ella. Parecía encerrada, como si apoyara la espalda contra sus pupilas, desinteresada de su traición, mientras resollaba bajo las frazadas.

Una vez más, la abuela se acercó a la cama y comenzó a dar órdenes a los gritos.

—¡Jean! ¿Me oye? ¡Corra a buscar oxígeno! ¡Apúrese, carajo!

Guy acompañó al padre porque ya no soportaba verla sufrir. Necesitaba salir a la calle, sentir que hacía algo, y cuando regresaron con el balón, la mascarilla, la encontraron sentada en la cama, aferrada a los hombros de Hilda con los ojos implorantes y fijos, como los de una mariposa nocturna. «No la deje». «No la deje», dijo Hilda que había exclamado. La abuela temblaba unos pasos detrás, y Carmen y Silvia estaban de pie, congeladas, una junto a la otra.

Lentamente la abuela irrumpió en un gemido entrecortado que acabó en alarido, y después en un llanto abierto que acobardó a todos. La acomodó en la cama, la peinó, volvió a besarla y a restregarse las manos en la pollera con la indefensión de una niña, mientras el padre permanecía en una silla con la cabeza entre las manos, y Guy y sus hermanas al lado, los ojos clavados en la madre. Guy nunca había visto llorar a la abuela ni imaginó que pudiese quebrarse, y tampoco el padre, doblado sobre sus rodillas con un quejido en la boca, como si se incendiara por dentro. Sus hermanas y él, que siempre lloriqueaban, permanecieron mudos, sin entender lo que veían: una intrusa en el cuerpo de la madre, inmóvil, como muerta.

Los sacaron de la casa. Hilda los llevó a lo de la abuela y se quedó con ellos hasta recibir la orden de traerlos cuando el living estuvo acomodado con cuatro grandes cirios sobre pedestales dorados que rodeaban el ataúd, donde antes estaba la mesa. Adentro del cajón la madre yacía envuelta en una mortaja violeta de bordes blancos plegados bajo los hombros, con la cara angulosa, de un blanco absoluto, y un hilo de pus en la comisura izquierda de los labios. Ya la casa se llenaba del olor de las coronas y de parientes que hacía mucho Guy no veía, y en algunos casos ni sabía que existían. Vecinos y desconocidos se paseaban por las habitaciones con un murmullo que crecía, se apagaba y volvía a recomenzar; lo abrazaron, le revolvieron el pelo y le dieron consejos sin pudor. Cada tanto se oían algunas risas, y suspiros que fugaban de las conversaciones. Vio llorar a la abuela sobre los hombros de un ministro de gobierno pero contener las lágrimas frente a sus primas; el padre hablaba y lloraba por episodios, y sus hermanas permanecían en un rincón con los ojos duros de los

pescados. Durante el tiempo que pasó junto a ellas no dejó de vigilar a la madre. Por momentos echaba una gruesa secreción de pus que lo obligaba a ir en busca de la abuela para que la limpiara. En una de esas ocasiones la encontró en la cocina, ordenándole a Hilda que preparara un cocido a la española. La había visto destruida hacía un momento, abrazada a una mujer llorosa con un gran sombrero negro, pero ahora levantaba la voz y abría los armarios de la cocina: «Y te traes papas, boniatos, puerros, repollo, zanahorias, choclos, vigila que estén enteros; puchero de falda, que no tenga mucha grasa, una gallina y una mayonesa». Hasta mucho tiempo después la escena le resultó más inconcebible que la sebosa exudación de los labios que lo habían besado y divertido con las ocurrencias de una amiga, la gran amiga que se iba y le mostraba —era feo de ver, pero se impuso fijar los ojos en la secreción de las comisuras— la naturaleza de todos los animales que se paseaban por la casa muy vestidos mientras no les llegara la hora de descomponerse en un derrumbe de tejidos, flujos, agua y sangre; esos fluidos mezclados asomaban donde antes habían andado las palabras, como si el espíritu que las animaba echase el resto y ya nada pudiese contenerlo. Ninguna ilusión, ni el amor, ni un lápiz de labios. El espectáculo era obsceno, todos los cuerpos entonces le parecieron completamente obscenos.

SUBMARINO

En la mañana, mientras imagina que Eddy es un reloj inventado para despertar a Churchill que por algún motivo no funcionó —«son las siete y tres minutos, señor, el desayuno se servirá en una hora»—, Guy mira la cucheta de abajo y descubre que, otra vez, Pierre se ha levantado temprano. Mientras su cabeza se ordena le da por pensar que acaso no duerma en el camarote y al dirigirse a las duchas recuerda que anoche discutieron por las cartas a Francine. El agua salada termina por despabilarlo, pero le deja la sensación de que sus poros se contraen por efecto de los baños y, faltos de oxígeno, son responsables de la sospecha de irrealidad con que despierta en el barco todas las mañanas, como si en vez de acercarse al mundo real se deslizara por un sueño. Presume que acabará por familiarizarse con la cucheta, los pasillos, el bendito Eddy, pero luego del desayuno, al salir a la cubierta, lo asalta la impresión de hallarse en un crucero de bajo presupuesto rumbo a un balneario de moda. Unos voluntarios se han quitado las camisas y otros permanecen echados en shorts de baño sobre la tapa de la bodega, al lado de muchachas que también muestran sus toallas y sus cremas. Mueven las pantorrillas con el aire de sirenas que lucen en las revistas y cualquiera diría que se pondrán a jugar al vóleibol en cuanto terminen de charlotear.

Los polacos han subido desde tercera clase, reparten jotas y erres por el camino, y dos bromistas parodian caer por la borda para divertir a unas chicas mientras un oficial corre a prohibirles que pasen la pierna sobre la baranda. El *kindergarten* ocupa la popa, de modo que a poco de mirar el panorama Guy huye a la proa, esquiva a un grupo que hace gimnasia frente a un instructor, y algo más adelante lo sorprende una *canzonetta* italiana. Alguien canta a todo pulmón en la escotilla del puente de mando y otros le chiflan de abajo. Las puteadas van a cuenta de Mussolini, pero el hombre no se amedrenta y entona más alto hasta que su voz se pierde en el viento.

Saturado de brillos el mar respira con una cadencia invisible sobre la línea del cielo. En la proa el movimiento es rotundo, como el aire salitroso y húmedo que moja los molinetes. Guy tiene que afirmarse y resiste varias salpicaduras hasta comprender que ya no distingue si unas nubes lejanas se ubican al norte o al este. En el desayuno *Miss*

Greyfield sugirió que el próximo puerto podría ser Halifax, al norte del Atlántico, y no en Sierra Leona, como dijo Pierre. Todavía no descubre a qué fuentes recurren sus compañeros de viaje ni con qué intención compiten en la mesa. Sus sospechas sobre Pierre crecen día a día, pero no las extendería a la dientuda, demasiado limitada, dice, salvo que esconda a una gran actriz.

Cuando regresa por estribor, de una escotilla ve salir a Karen con una amiga. Las dos ríen y se alejan hacia la popa. Está a punto de seguirlas pero descubre a Greyfield sentada en una reposera al lado de Cortés, notoriamente resignado a escucharla con un libro en las manos. Entonces algo en el mar lo distrae, intenta volver sobre sus pasos y ella lo llama para que se acerque. Le señala un sillón y Cortés cierra el libro mientras revolea los ojos. Guy acaba de fijarse que se trata de *El origen de la familia* y el arquitecto espera que comparta el sufrimiento de abandonar una sola de sus líneas por escuchar a Greyfield. Si se tratara de un almanaque, Guy también lo entendería.

—Este joven comunista no hace más que aburrirme —dice ella antes de apoyar una mano en el brazo de Cortés. Gira la cabeza y mira a Guy con alevosía:

—Vamos a ver, señor Delatour. Un hombre tan por encima de nuestras inteligencias, ¿crítico cinematográfico? Así me dijeron. Yo no me lo pude creer. Siempre oí decir que el cine es un entretenimiento al nivel mental de las cocineras.

—Mi querida Greyfield, las buenas cocineras, conozco dos o tres y una de ellas es mi prima, están a la altura del mejor cine que se pueda hacer por ahí, créame.

—Bueno, ¿eso qué quiere decir?

—Que puede haber artistas en muchas partes, todo depende del buen paladar.

—Entonces ¿una tiene que armarse el plato?

—Hacia ahí vamos, como se insista en llamar genios a tantos directores.

—Y por supuesto, usted no está de acuerdo.

Ahora le parece que sólo quiere fastidiarlo. Ve a Karen hablar con tres muchachos, y como Greyfield insiste en que le cuente por qué se interesó en el cine, después de aceptar que le conviene demorarse, decide complacerla.

—Supongamos que vive usted en un pueblito de ochocientos habitantes —arranca Guy—. Es principio de siglo, pasan los meses y los años, y salvo algún viaje, fuera de los libros su vida sigue pareciéndole vacía.

—Perdón. Yo me habría ido de un pueblo así.

—De ninguna manera. Usted no es inglesa. Es española. Su madre está enferma y debe cuidarla.

—¡Ja!, argentinos o uruguayos, con ustedes todo termina en chantaje sentimental.

—Bueno, búsquese otra razón para quedarse. El hecho es que un día llega un circo ambulante con un león castrado, cuatro caballos ancianos y una *écuyère* muy poco segura de su oficio. Los chacareros de los alrededores se acercan varias noches a ver la función con sus peones y el negocio sobrevive. Es un circo de magia desdentada, y aunque la música desafina y el público tiene pesadillas con los payasos, a fuerza de ver el espectáculo noche a noche usted adquiere el vicio del circo, y acaba por convertirse hasta en experta en asma equina.

—Muy pintoresco —dice ella—, pero no veo qué relación tiene esto con su vocación. Que yo sepa, Montevideo no es ningún pueblo.

—Claro. Yo vi a Nijinsky, a Isadora Duncan, a la Pavlova, a la Galli-Curci. Pero Montevideo no es París, ni siquiera Buenos Aires. Iba con mis padres a los cines de la Plaza Independencia y de 18 de Julio, pero lo regular todas las noches era hacer una caminata de casi kilómetro y medio por la calle Pereira, que bordeaba una larga quinta de frutales, desde mi casa hasta el galpón donde funcionaba el circo, con cambio de programa diario y música de piano de la señorita Coureau. Porque antes de anunciar la película, el programa del cine Latino de Pocitos decía: «Sinfonía por la Sta. Coureau». Vea si no era un mundo mágico; la sinfonía la tocaba un piano solo.

Ahí vi a Norma Talmadge haciendo de *Poppy, la niña sudafricana* con acompañamientos de valses franceses; a Viola Dana en *La ley divina y humana,* con música de Schubert y Liszt; veinte episodios de Pearl White, con acompañamientos de Chopin. El vals le iba bien a todo, al baño en ácido al que llevaban maniatada a la pobre *Miss* White, y a la violación de Marco Antonio por Cleopatra, una chica joven, con los ojos terriblemente pintarrajeados, que se llamaba a sí misma Theda Bara. El cine Latino fue mi universidad, con diálogos impresos y traducidos del original. Nada que se recuerde hoy.

—¿Y *El acorazado Potemkin*…? —se interesa Cortés.

—Hasta los dieciséis años, como Scott Fitzgerald, yo creí que lo correcto en un baile era tirarse a la piscina de frac para complacer a la chica de la casa, que se tiraba detrás con un vestido bordado de mostacillas. Y también de frac, John Gilbert y Conrad Nagel le hacían el amor a una enana cabezona llamada Aileen Pringle sobre un lecho de rosas, cosa que a los quince años, por falta de experiencia, me parecía plausible y hasta envidiable, pese a todos los inconvenientes técnicos que la situación pudo haberles presentado.

—¿Pero *El acorazado*…?

—¿Qué pasa con *El acorazado*…?

—Que también debió haberla visto —insiste Cortés y se acomoda los lentes.

—Después de comparar infinidad de detalles entre cientos de películas —continúa Guy—, tuve una cierta idea de cómo se dicen algunas cosas en el cine. Incluidas las lecciones de Eisenstein, claro.

Cortés sonríe y Guy ve que Karen empuja el hombro de uno de los muchachos, como desafiada a mostrar su orgullo. Es inocultable que bromean, y después giran para continuar la conversación apoyados sobre la borda.

—Así que ya ve, *Miss* Greyfield, por falta de competidores me convertí en cronista cinematográfico. Poco después el circo compró un león con todos los atributos viriles, caballos jóvenes y bien entrenados, y trapecistas de primer orden, aparte de sustituir a la *écuyère* insegura por una alemana bien alimentada. Ese circo fue la riqueza, la solidez profesional en materia de espectáculos. Refinó sus métodos y llegó el día en que se volvió demasiado bueno para lo que esperaba el público. Frente a las salas semivacías, sumó unas voces al principio chillonas, gangosas, casi incomprensibles, en idiomas extranjeros. Y esa fue su nueva magia: traer el misterio y la seducción del mundo al centro de la aldea, con un poco de su olor, porque la voz tiene a veces ese efecto. Entonces yo veía cada película tres veces. La primera leyendo los títulos en español, y las otras dos intentando entender el diálogo original de las películas norteamericanas, como si fuera un mejicano en Basin Street. Así aprendí mi inglés.

—Ahora entiendo —añade Greyfield con un dejo de malicia que Guy elude contestar—. ¿Y la fotografía?

—Este siglo enloquece por la fotografía, pero le voy a decir algo: la imagen por la imagen, por movimiento que tenga, es una cosquilla para adolescentes o estetas incurables. Nadie se estremece por el recuerdo de la mejor toma de un documental, a menos que la situación sea dramática. Y puedo asegurarle que hubo meses de 1936 en que el cine fue una aventura tan compleja, y tan rica, que deberían haberle prohibido la entrada a las cocineras. Incluso a mi prima.

—Conozco otras opiniones…

—También yo, y no las soporto.

—Pero entonces, Guy —dice Cortés—. ¿Qué piensa del cine de ahora?

—Que lo convirtieron en el monstruo de Frankenstein y vive de a pedazos. En estos momentos el postulado de Hollywood es invariable: el corazón de una mujer es más importante que la carrera de un

hombre, la Liga de las Naciones o la guerra. Y el postulado de París: el mundo es un burdel y el hombre una rata acorralada. Eso ya no lo puedo aguantar, dejé la crítica. Abajo la magia por el momento, y acá me tienen, detrás del melodrama real, aunque los ingleses nunca lo llamarán melodrama.

Ahora Guy ve que un instructor se lleva a los muchachos y Karen queda sola.

—Bueno, esa es la historia —dice y se levanta—. Si me disculpan, tengo que trabajar en una traducción.

—Pero cómo, ¿ya nos deja?

—Es que debo terminarla antes de llegar a Londres.

—No me había dicho que es traductor.

—También asesiné a una docena de niños, pero para hablar de eso tenemos tiempo —intenta despedirse, y ella lo retiene del brazo.

—Prometo que la próxima vez no lo dejaré escapar tan fácilmente.

—Me halaga —miente Guy, y huye de los ojitos acusadores de Cortés.

Pero cuando vuelve a girar Karen ya no está donde debería estar. Un grupo de polacos viene a su encuentro jugando con una bola de papel y le cierra el paso. Cuando llega a la popa la busca entre los jóvenes que saturan la cubierta y finalmente la descubre rodeada de amigos, tan ajena a la gracia de su melena y al hechizo de sus movimientos que por unos segundos Guy cree atravesar el aire de la mañana como el grano de una película. No es la Karen real la que lo deja sin aire, es la mirada de niña que de pronto observa a un tipo de cadena al cuello y torso desnudo como si se tratase de una rana en una mesa de disección, más el rojo de sus labios sin pintar, la concentración impúdica, más adorable y atrevida, hecha para contemplar con el deseo, ciertamente ingenuo, de que esa mirada exista más allá de su impresión. Entonces Guy se demora un momento y vuelve sobre sus pasos, regresa al camarote y trata de concentrarse en sus papeles. Escribe a mano, con la esperanza de pasarlos a máquina cuando llegue a Londres. Si no lamenta la lentitud es porque le permite ocupar las horas vacías —el manual bien pudo ser un pretexto de Ralph para que revisara sus conductas—, y combatir la sensación, por momentos acosadora, de que el barco lo lleva al océano como a un error inmenso. La ambición es su error, y el error el esfuerzo por corregirse la voz, el pasado, hasta no dejar nada sin tachar, remendar o ensayar, porque todo en su vida vacila y amenaza volver a hundirse.

Al cabo de trabajar varias horas, en la tarde Guy sale del camarote a dar otra ronda por la cubierta, se entera de que es sábado y organizan un baile en el salón. Unos muchachos cuelgan banderines del techo,

otros cargan escaleras, varios mueven un piano de lugar, algunos prueban conectar un tocadiscos con los altoparlantes y a todos los impulsa la viva y contagiosa excitación de un liceo. Los reencuentra en la noche, ya de corbata, con pantalones de vestir, los cuellos de las camisas arrugados y los ojos rojos de sol, o del humo de los cigarrillos que sostienen en las manos. Intercambian miradas con las voluntarias de narices lustrosas, desnudos de estreno, sedas y organdíes de dudosa elegancia. Se han inventado una cantina sin alcohol, luces rodeadas de cartulinas y la ilusión de una fiesta que parecía abandonada como la familia, los amigos, una vida que llevar en Argentina. Van todos juntos, ahora, como una marea, a los vasos, a la jactancia, a los rincones de la improvisada pista de baile. Dentro de un mes los dispersarán en compañías, regimientos y pelotones, ya sin la orquesta de Artie Shaw que suena en los parlantes con la estridencia de un carro de bomberos. De pronto se animan dos chicas. Es el swing, la siguen dos más, y en pocos segundos todos se suman a la pista con el paralítico paso de los *fox trots*.

Ahora que el baile se ha armado Guy busca a Norah, Molina o Pierre, entre las mesas de los que permanecen sentados. Descubre a Norah ocupada en corregir el vestido de una chica y se topa con Collins, de camisa almidonada, un poco estrangulado por el corbatín, sin quejas para la bandeja llena de vasos que sostiene en una mano.

—Collins, ¿es posible que vayamos a Halifax? —aprovecha a preguntarle.

—Ojalá sea cierto, milord. Eso significaría que no vamos a formar parte de ningún convoy.

—Pero un convoy, ¿no nos da más seguridad?

—¿A dos nudos y medio, o tres? Ese es el error del almirantazgo. Cabezas duras, no los convence nadie. Esta cáscara de nuez puede hacer catorce nudos por hora. A esa velocidad siempre dejaremos atrás a los submarinos.

—Pero dicen que ahora el Atlántico está tranquilo.

—La procesión va por dentro, milord.

Collins hace un guiño involuntario, una especie de tic que le cierra el párpado izquierdo.

—A mí me torpedearon ya dos veces, y las dos en convoy.

—Y acá lo tenemos.

—Sí, pero no se lo deseo a nadie. Ahí abajo, en mi camarote, tengo dos botellas de champagne para cuando lleguemos a Inglaterra. Si no pasa nada, las beberemos juntos. ¿Qué le parece?

—Trato hecho —dice Guy antes de ver que un bailarín de *jitterbug* anima la pista y el torso de una espalda se escabulle a la cubierta. Va

detrás, guiado por una premonición.

Ella tiene puesta una camisola de lentejuelas, pantalones negros, y los zapatos de taco descansan uno junto al otro, al lado de sus pies. Se da vuelta y cuando descubre que se trata de Guy parece calmarse.

—Idiotas. Todos unos idiotas —dice volviendo la vista al mar—. Resulta que una nunca está bastante enterada de lo que es un cigüeñal, pero te meten mano, te pisan y encima quieren que sonrías.

—¿Mala noche?

Karen revolea los ojos y sopla sobre un mechón de pelo. Lleva los labios pintados de negro, así que sus mejillas lucen pálidas, igual que una máscara.

—Tendría que haberme quedado en mi camarote.

—¿Cómo, y perderse esta luna?

—¿Qué luna? —dice mientras busca en la oscuridad.

—No hay una buena conversación en un barco que no merezca la luna.

Entonces ella cierra los ojos y mantiene alzadas las cejas durante unos segundos.

—Y ahora vienen unos versos… —dice.

—Pero no llegan.

—Haga el esfuerzo.

—No imaginé que los deportes violentos se llevasen bien con la poesía.

—Y qué, ¿no les gusta la música a los cirujanos?

—*I observe: Our sentimental friend the moon!/ Or possibly (fantastic, I confess)/ It may be Prester John's balloon*… —dice Guy, y para su sorpresa, escucha que ella continua:

—*Or an old battered lantern hung aloft/ To light poor travellers to their distress*.

Ahora Guy está sorprendido. Apoya el codo en la baranda y le busca los ojos.

—Así me siento, la verdad —dice Karen sin volver la cabeza.

—Pero si todo el pasaje está enamorado de usted…

—No me diga… Lástima que no pueda darle un número. Se me acabaron las rifas.

—Me conformaría con saber cómo vino a dar al barco.

Karen lo mira unos segundos y suma el bajo timbre de su voz al rumor del mar, al clarinete de Shaw que llega del salón.

—Mis viejos no me soportaban. Ni yo a ellos, a decir verdad.

—Pero, ¿por qué?

—Siempre les parecí varonera. Culpa de unas primas con las que me obligaban a jugar y eran más aburridas que chupar un clavo. Prefería a

los varones. Para corregirme me mandaron pupila a un colegio británico de San Isidro. Solo de chicas. ¿Y sabe qué? Un día aprendí a jugar al hockey, otro día a hacer salvajadas, y a hacerme pagar el miedo que les metía, solo por entrenar duro en los deportes. Cuando salí todo había empeorado. Creo que me había convertido en una especie de matona. Tengo las manos demasiado grandes, ¿ve?, y la natación me ensanchó los hombros, pero a los chicos les da igual y me miran como si les estuviese pidiendo, por favor, que me desfloren. Cuando me enteré de que las mujeres también peleaban esta guerra, me dije que podía ser para mí. Por supuesto papá puso el grito en el cielo. Le rogué, supliqué. Un día le robé la pistola que guarda en un armario y la emprendí contra los faroles, dos enanitos de jardín, la veleta del tejado. A mi madre le dio un ataque y no sé cómo, pero aflojaron; me dejaron hacer los trámites. Así que vinieron los llantos, las recomendaciones, los cariños. Porque resulta que finalmente me querían, incluso mi hermano menor. Pobre, creo que va a convertirse en un auténtico McDonald. Pero ya no es asunto mío, solo quiero llegar y ganar esta guerra.

—¿Y después?

—Después encontraré a un tipo lo bastante hombre para no mendigar nada, y si no lo encuentro me quedaré a vivir entre las solteronas y viudas de Chelsea.

—No parece un futuro encantador.

—¿Por qué? ¿Usted lo tiene? —pregunta, y como Guy ve que se acaricia los brazos, se quita el saco y se lo coloca sobre los hombros.

—¡Teléfono! —dice ella—. ¡Primero T. S. Eliot, y ahora esta escena de película!

—Querida Karen, le aseguro que el saco no fue planchado en ningún estudio de la Metro.

—Mire, no se ofenda. No sé lo que quiere. A mí me gustan los chicos de mi edad, son una cosa limpia y recién hecha. Tienen poco en la cabeza. Y de lo poco que tienen más vale que no hablen. Pero me gusta que sean atléticos, con cara de *babies*. Un tipo mayor, como usted, o un viejo de cuarenta, ya están podridos de trampas para seducir.

—¿Trampas?

—Mírese un poco. Todo usted está lleno de… ¿Cómo es esa palabra que descubrí el otro día y me gustó tanto? Ah, sí, artilugios.

—Pero si solo empecé… —se defiende Guy, da unos rápidos pasos de tap alrededor de Karen y se detiene con los brazos abiertos en el momento en que ella suelta la risa. Ahora lo mira con los ojos húmedos de curiosidad.

—¿Qué? —dice Guy.

—No me dijo por qué subió usted.

—Es verdad —comienza Guy, y de pronto los aturde la orquesta de Artie Shaw. Dos chicos salen del salón, y detrás una multitud. Uno va prendido de la oreja del otro mientras recibe golpes de puño en el estómago. Se suelta y se toman a trompadas delante de Guy, que protege a Karen contra la baranda mientras la gresca se generaliza. Unos muchachos caen encima de otros y son despedidos hacia los lados, como si rebotaran, por las manos de tres oficiales que al cabo de unos cuantos golpes logran despejar la cubierta, pero cuando todo termina Guy sostiene su saco en las manos y los zapatos de taco también han desaparecido.

La busca en los alrededores, sin suerte, después en el salón, entre los corrillos que se formaron alrededor de la pista, y cuando su pretensión comienza a resultarle absurda se topa con Norah. Le está diciendo al capitán que no puede con todas las chicas, y un oficial anota en una libreta, quizá algunos nombres debajo de los datos del incidente. Cuando se alejan, Norah revuelve en su pequeña cartera. Entonces Guy le acerca un cigarrillo, ella lo enciende con la mirada extraviada y exhala una bocanada de humo.

—A una le dolía la muela —dice—, otra se pasó el día vomitando, y a esa rubia de allá se le rompió el broche del corpiño, sin contar a la que se quería volver. No tendría que haber aceptado. Señor cónsul, debí decir, venga a vigilarlas usted.

—Trabajo de ángel —la provoca Guy.

—Si necesitaban un ángel, debieron buscar uno de esos gigantones del apocalipsis. Yo no voy a estarles encima en la noche. Bastante trabajo tengo durante el día.

—¿Qué pasó?

Norah lo mira sin ganas de repetir las explicaciones.

—Exceso de hormonas, como siempre. Una chica, dos pretendientes, y un muchacho con la cabeza rota en la enfermería. —De pronto gira y Guy descubre a los demás sentados alrededor de una mesa. Greyfield acaba de llegar acompañada de un hombre peinado a la gomina y de pajarita al cuello, al que presenta como Robert Clark, pero todos los ojos están puestos en su escote, en sus dos pulposas razones.

—Ha pasado algo muy interesante —dice mientras se inclina con alevosa indiferencia—. Parece que un submarino hundió un barco inglés hace una hora y en este momento nos sigue.

—¿Qué barco? —pregunta Pierre.

—Creo que es el *Málaga Star*.

—Eso parece venir derecho de la cabina del capitán —se burla Olson.

—¿Por qué? ¿Usted cree que acostumbro visitarlo? —se pavonea Greyfield.

—¿Y por qué no? El capitán es un hombre de buen gusto.

El piropo y la amenaza se confunden en un incómodo silencio hasta que Cortés se cruza de brazos sobre la mesa.

—No pensé que este viaje fuera tan deprimente —dice.

—De momento, no hay por qué preocuparse —lo ataja el contramaestre—, a la velocidad de esta fiesta no hay submarino que nos alcance.

Entonces Guy está por comentar lo que le dijo Collins cuando un hombre de tez oscura se asoma al salón y mira las mesas hasta captar la atención de Pierre, que se levanta, va por un refresco y luego de rodear a unos muchachos sale por la puerta con un vaso en la mano. Sin excusarse, Guy los sigue detrás. Los ve bajar dos escaleras hacia las cubiertas inferiores. Luego entran por una escotilla y avanzan sin hablar por un largo corredor de luces mortecinas y paneles con manchas de grasa o aceite. Desde arriba llega, amortiguada, la música del salón, el suelo vibra con el zumbido de los motores, y se escuchan conversaciones en idiomas extraños. Golpean a una puerta, y desaparecen.

DETENIDOS

La curiosidad de Guy por su compañero de camarote parece excesiva, pero al día siguiente, una conversación con Clark, el médico del barco que acompañaba a Greyfield en el baile, me recuerda el ambiente ligeramente paranoico del barco. La mañana está fresca, acaban de cruzarse en la cubierta y Guy le pregunta si hay alguna noticia del submarino.

—Hace una hora, nada más, hundió al *Ottawa* —le contesta Clark mientras contrae los músculos de la nariz.

—¿El *Ottawa*?

—Un transatlántico canadiense. No me pregunte dónde —dice, y baja el tono con aire de comadrona:

—Se confirmó la noticia de ayer. Era el *Málaga Star*.

—¿Y anda solo?

—Italiano, con tripulación alemana.

—Pero ¿cómo puede saberlo?

—Mi querido señor, en los malos momentos es cuando se dicen más cosas… —le contesta y sigue de largo.

Entonces Guy abandona la sorna con que se ha tomado el asunto y continúa con sus papeles bajo el brazo rumbo al *lounge*, donde se dispone a continuar con la traducción. Todo ha vuelto a ser ordenado salvo unas guirnaldas de papel que cuelgan en un ángulo del techo y sobreviven a la fiesta como un vestido usado. Se sienta a una mesa frente a dos mujeres que conversan y tejen, al lado de la morena que vio dormida en un sillón del bar. Ella apoya la cabeza en una mano, el codo sobre la mesa, y pasa las hojas de un cuaderno con fastidio, acaso porque ni el cigarrillo que intenta sacar de la pitillera ni las hojas del cuaderno acaban de entregársele.

Guy ha desparramado el manual, el diccionario y el cuaderno sobre la mesa, saca su lapicera y cuando está por traducir la siguiente frase lo distrae un silencio, un cosquilleo que siente en el pecho, pero también puede llegar del exterior, como si de pronto el aire se hubiese cargado de electricidad y con el correr de los segundos aumentara de voltaje. Intenta concentrarse en la descripción de un *kilt* escocés, escribe la primera línea y lo sorprenden seis timbres cortos, seguidos de uno largo. Una de las mujeres se levanta y corre fuera del salón, la chica lo

mira a los ojos un segundo y sale detrás, pero Guy cree que se trata de un ensayo y por las dudas, decide acercarse a un ojo de buey. En la agrisada superficie del océano distingue un barco de guerra.

—¿Qué pueden hacer, cañonearnos? —oye decir a la otra mujer, que se ha acercado a su lado.

—¿Nuestros aliados? —le pregunta y la morena irrumpe en la puerta.

—Llamado a los pasajeros. Todo el mundo a los camarotes con los salvavidas puestos —dice y vuelve a desaparecer.

—Tómese su tiempo —le aconseja Guy a la mujer—. El acorazado debe ser norteamericano.

Pero no está seguro. A esa distancia es difícil identificarlo, y no sabe mucho de barcos. La mujer guarda su tejido en una bolsa y se suma a las corridas de la cubierta mientras Guy tapa su lapicera con el capuchón, recoge sus cosas y camina, lo más sereno que puede, entre salvavidas que se atascan en los picaportes, golpean las cabezas, empujan y vuelan penosamente en los pasillos. Cuando cierra la puerta de su camarote, deja los libros en la cucheta y se alivia. «Si se trata de morir…», dice y se refresca la cara en el baño, se peina. Después junta el salvavidas y el sobretodo con la linterna y los documentos, y toma el sombrero. Enseguida lo da vuelta, se lo pone y antes de salir lo arroja sobre la cucheta.

El pasillo ha quedado inesperadamente vacío, regado de ropa y objetos caídos, Guy sale a la cubierta bajo un cielo velado por una delgada capa nubosa y finalmente da con los pasajeros amontonados sobre la popa. A medida que se acerca consigue distinguir a Molina, con el rostro lívido y sin salvavidas. Pierre pasa a unos metros en mangas de camisa, se le acerca y levanta las mandíbulas para señalarle la extensión de mar frente a la popa. Contra el pálido cielo hay dos barcos con sus cañones, mástiles y torretas de tiro apuntando levemente arriba de sus cabezas. Cree distinguir que están a dos o tres millas, uno es un acorazado y el otro, posiblemente un *destroyer*. Parecen irreales, incluso demasiado amenazantes para ser verdad, pero los pasajeros los miran con un rigor *mortis* en las caras y el silencio se hace tan denso que lo único vivo parece la brisa que agita los banderines en los obenques. De pronto algo se mueve en la multitud y Cortés sale a la carrera con el salvavidas encima del saco. Entonces los blancos reflectores de los barcos comienzan a enviar y a repetir mensajes, mientras el *Talk of the Town* vira lentamente y apaga los motores.

Ahora se mecen a la deriva y el cielo, el agua y los barcos forman una sola abstracción entre dos planos, apenas desmentida por el

parpadeo de los reflectores y el pulso de la sangre en las sienes. De todas las personas que Guy tiene alrededor, sólo Pierre mueve los pies con un penoso bailecito. Le llama la atención, porque lo creía capaz de controlarse. Un poco más lejos Olson permanece con las manos en los bolsillos de su sobretodo y, por más que busca, Guy no encuentra a Karen, tampoco a Norah, que finalmente llega cargada de salvavidas. Los reparte entre las voluntarias y cuando termina saca unas agujas de los amplios bolsillos de su abrigo y se pone a tejer a toda velocidad. Poco después Cortés regresa con un traje oscuro por arriba del que todavía lleva puesto, de lustrina clara, notorio bajo las mangas del saco y los ruedos del pantalón, como las capas de una cebolla. Trae el sombrero y un sobretodo en una mano, el salvavidas abierto porque ya no le cierra, y detrás avanza Collins, con el aire de quien acaba de recibir una mala noticia.

—Collins, ¿pasa algo?

—Pasa que nos han detenido, milord —le contesta con los ojos entrecerrados.

—¿Pero no son norteamericanos?

—Sí, pero ellos no ven que somos británicos —dice y sigue adelante.

Un minuto después llegan tres grandes señoras con los salvavidas sobre sus gruesos abrigos de pieles. Parecen tres viejas morsas a punto de arrojarse al mar, y cabe vaticinar que llegarán muy abajo. Pero antes, una saca una cámara de fotos, apunta a los barcos y un oficial se la arranca de las manos.

—¡Devuélvamela! ¡No tiene derecho!

—Se la devolverá el capitán.

—¡No es posible!

—Se equivoca —le dice el marino, y de inmediato un cañonazo rompe el aire. Es un golpe seco que perfora los sentidos, sin otra consecuencia que extraviarse en el cielo. Los pasajeros se estremecen y ven acercarse el *destroyer* con sus dos cañones mayores dirigidos a ellos. Alguna otra cosa se ha olvidado Cortés porque vuelve a correr a los camarotes y algunos lo siguen, quizá sólo por protegerse en otro lugar del barco. Pero Pierre continúa a su lado, inquieto, mientras ven que de uno de los barcos acaban de soltar una lancha.

—El cañonazo fue un aviso —le dice Pierre por lo bajo—. Ahora vienen a ver si somos lo que decimos que somos.

—¿Y somos? —pregunta Guy con malicia, pero el belga sonríe y lo invita al bar.

—Vamos. Si está abierto y funciona, quiere decir que somos. Y si no funciona, tengo una botella en el camarote.

Se echan a andar por estribor y Guy se detiene para llamar a Molina,

que se aproxima con los pies pesados, como si le costara hallar el rumbo. Tiene el hígado desecho, dice. En vez de escribir dos artículos ha estado bebiendo whisky, y ya no resiste una gota más. Pero los acompaña, «aunque sea para sentir que dejan de apuntarme a la cabeza».

Encuentran el bar abierto, así que le piden a Collins dos Manhattan y Pierre insiste en un whisky para Molina; entonces comienza una conversación sobre las resacas, que para Guy no tiene otro propósito que distraerlos de la situación en la cubierta. Es posible que el movimiento de las manos de Pierre denuncie los nervios que oculta la voz mientras inicia el cuento de la botella de Gordon’s que les dan a los aviadores.

—¿Qué, les dan Gordon’s? —pregunta, incrédulo, Molina.

—Una botella, cada vez que regresamos. Tenemos tres días para recuperarnos. Después viene un litro de café, un par de duchas frías y el *briefing*.

—¿Qué es un *briefing*? —vuelve a preguntar.

—Sesión de instrucciones. Y al trabajo de nuevo. Si querés curarte del horror, te recomiendo que vengas como corresponsal a uno de nuestros bombardeos sobre Alemania. Cuando vuelvas, todo te va a parecer un paraíso.

—¿Un paraíso? —se sorprende Guy.

—Veamos —explica Pierre—. Después de tirar unas cuantas docenas de bombas sobre una madre, sus hijos, la madre de la madre, sus sobrinos y parientes, todo lo que podría pertenecerte si hablaras otro condenado idioma, cuando te llega la hora de bajar a tierra no es fácil creer en el suelo que pisás. Parece un milagro que las cosas se mantengan todavía en pie. Y si te largan de un avión en misión secreta, te das cuenta de que salvo por los uniformes nazis, al menos en Bélgica o Francia, la vida no es tan distinta de la normal. Quiero decir, no están fusilando en las esquinas todo el tiempo. Puede que algunos edificios se hayan corrido de lugar y las perspectivas de la ciudad hayan cambiado. Me pongo nervioso cuando junto el paracaídas y lo escondo, cuando entro a la primera casa, o algún oficial alemán me mira fijo en un café. Pero después el sol sigue en el cielo, hay carne de caballo que si se la fríe con ajo está bastante bien, y son muchas las mujeres solas. Que los demás se maten por una vida mejor; como tanta gente en esta guerra, yo peleo por conservar la mía.

—Dicho así, parece un asunto privado —agrega Guy.

—Es personal, Guy, o no es nada. Lamento si estropeo algo. Mi vida es una buena bodega, calefacción en invierno, un par de caballos de carrera y mis amigos.

—Nada de libros.
—No te creas, me gusta la historia. Y algunas novelas, si lo que el escritor sabe de la vida no lo aprendió espiando por la cerradura mientras su hermana se desnudaba. Soy un burgués hecho y derecho, Guy, y la mayoría de los socialistas, anarquistas y comunistas que andan por ahí también quieren serlo, apenas tomen el mando.
Ahora quedan en silencio y Molina, que no ha rechazado el vaso servido, se cruza de brazos y dice que todo es estúpido. «Yo mismo me siento estúpido. ¿Dónde estamos?».
—Creo que a dos pasos de ninguna parte —dice Guy.
—Es lo que digo, nos cañonean unos yanquis y vienen a ver quiénes somos. ¿Y qué ven? Unos tipos mareados, que no saben dónde están. Me gustaría que me dijeran en qué mundo vivo, pero sólo me dicen que estoy vivo, y que me las arregle con eso.
—Todos igual, Molina —comenta Pierre. Se echa el resto de la copa y los invita a volver a la cubierta—. Quiero ver esa lancha —dice. Molina se queda y lo acompaña Guy, interesado en seguir sus reacciones. Está nervioso, eso lo ve, y hasta lo celebra cuando les dicen que los norteamericanos revisan las listas de pasajeros. Una gota de sudor resbala por la quijada de Pierre que, un poco más patético, continua sonriendo.
—A ver si todavía nos quedamos sin Greyfield —susurra Guy sin que a Pierre se le mueva un pelo. Pero el sudor es copioso y se aparta para asomarse y mirar la lancha amadrinada al barco. Entonces Olson, a pocos metros de distancia, le hace señas a Guy de que se acerque.
Olson ha estado todo el tiempo con las manos en los bolsillos y la mirada distraída, como si el episodio lo hubiese hallado concentrado en otra cosa. Lo invita a caminar y se alejan por la borda a pasos lentos. Olson se mantiene en silencio mientras sus ojos claros se mueven de un lado a otro, y al fin se apoya sobre la baranda de estribor, frente al mar agrisado, sin barcos a la vista.
—¿Qué cree usted? —le dice Guy, por fin.
—Que vamos a pasar muchos días en esta lata, mi amigo, y no hay por qué apurarse. Los días contestan a los días. Es una frase de Thoreau. ¿Lo conoce? Cuando lleguemos a Londres voy a darle la dirección de una librería que tiene un amigo. Dejé de verlo hace mucho, pero entenderá que uno de sus ejemplares irá a parar a buenas manos.
—¿Hace cuánto que no va a Londres?
—Una eternidad. Perdí el tiempo en una compañía de seguros marítimos a la que me arrastró un amigo en Buenos Aires. Creí que me moría entre todos esos papeles, pero ahora vuelvo. Tengo una sobrina

muy joven que perdió a sus padres y me necesita. ¿A qué va usted?

Guy está a punto de responder que a cumplir con una beca y se detiene, le parece que el viejo contramaestre merece una explicación mejor. Puede repetir que quiere conocer el mundo real, y sabe que sonará falso sin el largo cuento en el que empieza a dejar de creer. Se pasó la vida huyendo de lo que dice querer conocer y quizá sólo se ha vuelto a fugar, un poco más confundido. Ahora mismo está en medio del océano frente a unas patrullas, no conoce con quién comparte el camarote, qué quiere con Karen ni qué busca en Londres. Las palabras de Molina en el bar vuelven con una acusación. Se siente igualmente idiota frente a una simple pregunta que no sabe contestar.

Vamos, Guy, ¿cuál es tu verdadera razón? No la encuentra debajo de la idea que ha estado haciéndose de sí mismo desde que empezó a corregirse la ropa. Nada muy diferente de la vida de cualquiera —un día nos proponemos cambiar las cosas, y que haya suerte—, pero él partió de un error, con tartamudeos de mono, y antes de imaginar que algo de eso podía mejorarse la abuela llegó a la casa con sus baúles, valijas y muebles. Hay que oírlo de lo que cuenta, como gotea el silencio de una canilla mal cerrada. La abuela entró con los derechos de la sangre, se sentó en el sillón de la madre y la emprendió contra todo lo que hasta entonces había sido sagrado, porque había que levantar y vestir a Silvia, vigilar los desvaríos de Carmen, el dinero que manejaba Hilda, cortar los vicios del muchachito que ya dibujaba la línea del bigote, y hasta controlar al padre con la bebida. Apenas se instaló, le prohibió a Guy ir al cine durante un año.

De ese tiempo conserva la sensación de encierro y la preocupación por Silvia, sin llanto ni risa, ni los enojos que habitualmente la hacían cruzarse de brazos, absorbida por algo que Guy no lograba conocer pero la mantenía al margen con sus grandes ojos vacíos, el cuerpo blando y apagado. Pasó mucho tiempo con ella, la alentó a dejarse mimar, a inventar juegos y conversaciones que con el paso de los meses reprodujeron la complicidad de la madre. Guy disimulaba, recordaba y disimulaba, obligado a caminar sobre las espinas de la felicidad que no volvería. Silvia fue la pequeña lugarteniente que le creía todo, hasta las sílabas atoradas que convirtieron en lecciones de silabeo (mmma, ma, tta ta, pe, pppe), acertijos y adivinanzas sobre las palabras inconclusas que los hacían hablar a dos voces y volver a sonreír. El padre pasaba muchas horas fuera de la casa, la depresión lo llevaba a encerrarse en su cuarto y las preocupaciones de la abuela por entonces se concentraban en Carmen. La incitaba a buscar consuelo en la religión, convencida de que si la disciplina de la iglesia no la educaba, le ordenaría la cabeza.

Con pocas ganas Carmen empezó a ir a las misas de las siete, siguió con la catequesis de la parroquia, un día pidió un crucifijo, lo colgó sobre la cabecera de su cama y una noche despertó a los gritos con el rezo de Thomas Hemerken: «¡No eres más porque te alaben!», «¡Si les parece que saben, todo lo ignoran!». Lo repitió a cualquier hora de la madrugada, un día y otro, exigía que la bautizaran. Parecía sonámbula, pero estaba despierta y lloraba con unos gemidos cortos que en pocos segundos trepaban al frenesí. Aturdido, Guy se mudó a la pieza del padre, Silvia dormía con la abuela y el atemorizado silencio alrededor de Carmen poco a poco venció las resistencias de Jean, resignado a rendir la intransigencia de sus convicciones liberales. Sólo después del bautizo y la primera comunión Carmen se tranquilizó un poco, pero en sus ojos pulsaba una mirada desdeñosa que condenaba todo lo que veía.

Ni la abuela ni el padre se preocuparon por buscarle un tratamiento. Decían que se le pasaría, que siempre había sido nerviosa, impulsiva, pero Guy vio la pesadilla anunciada en los estallidos de furia y los místicos silencios. Insistió en que la llevasen a un médico, no a cualquier médico, a un psiquiatra, que la internaran antes de que empeorara, y cuando se cansó de rogar, de rechazar las medicinas que intentaba darle Carmen y de soportar las tonterías que oía en la casa, comprendió que la vida familiar había acabado para él y estaba solo, lo estaría de ahí en adelante.

Por entonces en la radio no hacían más que hablar de la llegada del cine sonoro, los periodistas celebraban sus efectos asombrosos, se organizaban concursos para reconocer la voz de las actrices, y todo se lo perdía por el duelo que le habían impuesto. Más de una vez estuvo tentado de desobedecer. Sabía que su madre no se lo reclamaba, pero podía hacerlo por ella, y se resignó a esperar. En lo peor de la abstinencia, cuando los días del calendario fueron un condenado y largo ahogo, unos versos de Antonio Machado le abrieron una puerta: «Viendo cómo lucían/ miles de blancas estrellas,/ pensaba que todas ellas/ en su corazón ardían»; intentó memorizarlos y al decirlos en voz alta descubrió que su voz obedecía. Comenzó a recitar de memoria los poemas de Machado, y los de Baroja y de Quintero, los de Laforgue, los de Julio Herrera y Reissig, y la mejor poesía que cayó en sus manos lo encontró ocupado en recordarla porque si la aprendía, la lengua no se trababa, y se ejercitaba frente al espejo de su cuarto. Con algún trabajo, por primera vez se deshacía el nudo de su garganta. Lo ayudaban la métrica, el ritmo, los acentos, las respiraciones, y menos que las imágenes, la cadencia de unos sonidos que se prolongaban con ligeras variaciones. Guy convirtió la poesía en un ejercicio diario, cuando se

despertaba, mientras caminaba al liceo, en los recreos, por la noche. Cuando pudo regresar a las salas de cine y lo encontró lleno de voces, ya tenía la voluntad de aprenderse los diálogos que no entendía sin los subtítulos, pero veía las películas varias veces para recordarlos y buscar después sus sonidos en el diccionario. Nada que pudiese contarle a Greyfield. Eran palabras en inglés porque la mayoría de las películas venían de Hollywood, y a fuerza de insistir el nuevo idioma le abrió posibilidades que el español y el francés le habían negado.

Apenas terminó el liceo, la abuela le consiguió empleo en la oficina de una comisaría y unos meses después empezó a trabajar en la biblioteca de la petrolera Ancap. Bastaba que cualquier situación lo pusiera nervioso para que regresara la metralla de sílabas estúpidas, tanto que en la entrevista con su nuevo jefe se inventó una afonía, le pidió una hoja y le contestó las preguntas por escrito. Pero con el tiempo aprendió a intercalar en cualquier conversación algunas frases o versos que le salían de corrido, aunque sonara extraño y en el mejor de los casos, pretencioso. De hecho, vio que unos se alejaban y otros lo oían intrigados, y hasta les caía simpático. Se acostumbró a mezclar esos retazos con ingenio, y cuando vio que la fama de extravagante lo seguía como un perro, se endeudó en las sastrerías y comenzó a regresar a casa a pie —entonces vivían en el Prado— para ahorrarse el boleto del ómnibus, pero vestido con trajes finos, de galerita, con los *foulard* de seda que los hermanos Tom y Owen Moore mostraban en sus películas. Más tarde sumó los guantes, el bastón, los chalecos bordados, cualquier prenda que acompañara su prestigio de raro. Un dandy sin fortuna, el coraje de la debilidad.

Al darme el manuscrito, Rocha me había dicho: «Entonces entrábamos a los cines como personas y salíamos convertidos en personajes». ¿El cine fue la novela de caballería del siglo XX?, ¿la vieja peste de Alonso Quijano que regresaba para mostrar el mundo como no es? Se podría pensar la ilusión de las imágenes montadas, de la ficción, de la realidad, como la moderna prolongación del gran sueño de la Mancha.

Todo lo que recuerda Guy tiene el brillo saturado de esa fantasía. No puede verse de otro modo que bajo un juego de luces, y fuera de ese juego no encuentra nada que sea indudable. No creo que se mienta. En cada cosa que cuenta se defiende, quizá porque tiene una visión dolorosa de la vida que ha dejado atrás, y ya no sabe si a fuerza de corregirse se ha convertido en una farsa.

Pasé por alto, en el inicio, una frase que ahora vuelve como un boomerang. «Para que pueblos esencialmente mitómanos como los rioplatenses fabriquen un personaje legendario, sólo se necesita una

buena medida de contradicción en la vida de un hombre y otra de distancia, esa distancia capaz de conferir a un simple compañero de clase el prestigio de un extranjero que tiene el talento de mostrarse siempre en el extranjero». De modo que Guy arrastra sus problemas con una ambición, y tal vez eso sea lo que le impide responder a la simple pregunta de Olson, que lo observa y lo espera mientras el barco vuelve a encender los motores y escuchan el ruido de una lancha que se aleja.

—¿La verdad? —pregunta finalmente Guy, cansado de buscar la razón que lo lleva a Londres—. No lo sé.

JANO

Unos días vacíos devuelven la confianza de los pasajeros en los juegos de cartas, las lecturas en la cubierta, las conversaciones en el bar, mientras el *Talk of the Town* se desplaza con definitivo rumbo al este. La marcha se ha hecho monótona y la vibración que le imprimen los motores tiene un efecto embotador, como el paisaje de cielo y agua que se reitera sobre el horizonte. Por el norte han aparecido unas nubes y después se han deshecho, hubo un frente de tormenta en el oeste y otra vez nada. El zumbido de las mamparas induce a pensar que la vida ha sido suspendida en un pulso, se niega a ceder y gira en una rueda ciega mientras la luz se adensa y se concentra, y luego se disuelve en el lento paso de las horas, con la expectativa de llegar a un puerto africano, Freetown o Trinidad, dicen los rumores.

Como sea que las normas se mantienen en el barco, algunas ropas se han mezclado en los camarotes, continúan los ejercicios físicos en horas de la mañana, y Guy y sus amigos conviven en el comedor, el *lounge*, el bar, el camarote de Olson, que ayer hizo de anfitrión con una generosa dotación de bebidas. Obligados a compartir el tedio, han tejido algunas confianzas, pero Greyfield le ha dicho a Norah que no soporta la petulancia de Guy, y Norah la evadió con la excusa de atender a una voluntaria. Todo hace pensar que Greyfield y Clark disimulan sus encuentros en algún lugar del barco —Clark es un muñeco de madera que aceita sus bisagras en las noches, presume Guy—, y que Molina se ha fijado en Norah, en su volumen de mujer desentendida de su atractivo. Hace dos días Guy conversó a solas con ella y no acaba de saber si su belleza le resulta invisible o una prohibición pesa sobre su exuberancia. Desde la muerte del esposo de la hermana en una carrera de autos, le ha dicho, vivió con ella en Olivos, la ayudó con sus tres hijos y una parte de su sueldo de secretaria en el consulado británico. Pero ahora su hermana se ha vuelto a casar con un médico y si aceptó el encargo de velar por las chicas, no tiene decidido cuánto se quedará en Londres. «Quizá me busque algo útil que hacer allá», le dijo, y cuando Guy la alentó a imaginar que tropezaba en la calle con un hombre y se olvidaba de ser útil, se le iluminaron los ojos y dijo que eso no había sido inventado para ella.

Guy ha quedado intrigado por las palabras de Norah y ayer

descubrió que compartía esa curiosidad con Molina. Estaban en el camarote de Olson, su amigo bromeaba con ella y se le acercaba con un brío resucitado que parecía devolverle la sangre al cuerpo, toda la sangre, porque si la reunión empezó con un espíritu de estudiantina, a medida que el whisky, el gin, los Martini y el coñac fueron renovándose en los vasos, las conversaciones se hicieron caprichosas y tensas.

De la reunión Guy conserva un recuerdo nítido hasta el quinto trago. Olson contó anécdotas de sus viajes por Oriente y luego Pierre sumó otras muy divertidas sobre una partida de soldados escoceses que acabaron borrachos en una aldea belga. Greyfield recordó disparates de su vida escolar y el contramaestre la acompañó con sus torpezas durante el primer viaje como oficial. A partir de entonces la memoria de Guy se vuelve borrosa, sobreviven bromas algo subidas de tono, las mujeres que se defienden, vistas rápidas al escote de Greyfield, a las bellas y largas piernas de Norah, la penumbra que gana el ojo de buey, abierto porque Olson encendió su pipa, y en algún momento, detrás de un velo amarillento Pierre elogia el equipamiento de los soldados norteamericanos. Debió mediar algún otro elogio porque Cortés le preguntó si además de liberar a los negros para esclavizar a los blancos habían hecho otro soberbio aporte a la humanidad. Entonces se hizo un silencio y él preguntó:

—Nueva York, ¿cuenta?

—No cuenta —dijo Cortés, sentado entre las dos mujeres.

—Pero, Adolfo —se quejó Greyfield—, usted que es arquitecto, ¿no admira los rascacielos?

Dijo algo sobre la concentración del suelo y la explotación de los trabajadores. De pronto sus ojos barrieron el camarote en busca de aliados, pero puede que sólo los apuntara. Vino a cuento Roosevelt, también sus amantes, aunque Guy ya no recuerda qué tenían que ver sus amantes, y el contramaestre dijo que fue generoso con los sindicatos.

—No con España —lo interrumpió Cortés, que parecía ya otro tipo. Se había sacado los lentes para fregarse los ojos, y el alcohol, o el esfuerzo de asumir una posición que preveía solitaria, le hacía ganar altura, como si las mujeres a su lado, cuya imagen en la memoria de Guy se modifica con el progreso de la discusión, hubiesen abandonado sus maternales sonrisas para convertirse en dos vírgenes de hombros desnudos—. Si hubiera apoyado a la República, no pagaríamos ahora las consecuencias. —Dijo eso o algo parecido, y abrió los brazos como quien regala una evidencia. Por un momento Guy lo imaginó de pie, en una asamblea estudiantil, y le pareció que detrás de su aspecto modesto Cortés escondía un animal mucho más activo y menos temeroso. Pero

entonces Pierre se levantó del asiento para llenarse una copa, y le zampó el pacto de Mólotov.

Siguió una encarnizada discusión sobre el Eje, Pearl Harbor, la soledad de Inglaterra, la revolución soviética, como las que Guy había presenciado muchas veces en la redacción de *Marcha*: las voces igual que tiros, no de ametralladora como le salía a él cuando se ponía nervioso, todos consumados francotiradores, y el tema regresó a España. Para defenderse de una acusación que Guy ya no recuerda, Cortés dijo que si no hubiera sido por Stalin, Madrid habría durado un suspiro.

—No me vengas con eso —dijo de pronto Molina, que había permanecido callado y echado como un oso, pero entonces se ponía de pie y se quitaba de encima una mano de Olson.

—Sin el camarada Stalin… —intentó continuar Cortés.

—¡Stalin!, ¡el camarada Stalin! —se enardeció Molina—. ¡Los camaradas!, ¡Alexander Orlov!, ¡las policías secretas!

Todos se levantaron. Guy recuerda que forcejeó con Molina para evitar que se le echara encima, y que Cortés logró dar unos pasos hacia la puerta.

—Puros rumores —se defendió—. ¡Propaganda fascista!

—¡Cretino! ¿Propaganda fascista?

—¡Cortinas de humo!

—¡Las he visto, las he visto!

Entonces Cortés pidió disculpas por abandonarlos con la bestia y se fue.

Como sea que lograron calmar a Molina, poco a poco todos volvieron a sus asientos, le ofrecieron agua, intentaron borrar el episodio con alguna broma, pero ajeno al esfuerzo, con la cara descompuesta Molina comenzó a hablar de Andreu Nin, de los días que pasó con él antes de que los soviéticos lo mataran en la tortura, dijo, y de los anarquistas atrincherados en la telefónica de Barcelona. «Bestia, a mí», repetía cada tanto, «ese alfeñique cagatintas». Había estado corriendo bajo la pólvora y la cordita, porque aquello había durado una semana; de un lado las rosas de mayo y del otro Blas Ribelles, el hijo mayor de Guardiola, Dolores Esnal, los hermanos Sardá, uno sin piernas, otro sin mandíbula, aquella con la cabeza hundida en un espejo, y muertos también los críos de Sotomayor y otros amigos de la Guardia Republicana. «Esa mosquita presumida», «a mí, bestia, a mí, que lo vi todo», repitió, y aunque no dijo de qué lado estuvo, a los demás les bastó escuchar que se le quebraba la voz para entender la cantinela de que el mundo era estúpido, mil veces estúpido y él, el más estúpido de todos. Entonces quedaron sumidos en un silencio más

amargo, Pierre intentó una broma, Molina se disculpó por arruinar la reunión y cada uno volvió a su camarote con mentida pereza.

Ahora Cortés es un pasajero más, ha dejado de compartir la mesa en el comedor y apenas sostiene la mirada. Cree que viaja con un puñado de frívolos burgueses, y Molina ha estado también un poco ausente, arrepentido de que la sangre le haya vuelto a la cabeza. Todos andan falsamente ocupados y a ciertas horas dejan de verse, aunque se encuentren a pocos metros, favorecidos por la flotación del barco, el vaivén de la marea y el aire en las cubiertas.

Guy ha quedado con la impresión de que todos van como sombras a una Europa en guerra, y el cuerpo desde donde cada uno irradia es tan irredimible que la convivencia en el barco debería considerarse un milagro. Como la urbanidad, es algo que se ha hecho entre los hombres para soportar lo que ignoran, y aun así sostener la idea de que el mundo es como lo entienden. Ahora está sentado en una reposera de estribor con un libro sobre las piernas y la mirada perdida entre el azul del océano y la silueta de Karen, que conversa con sus *boys* recién horneados, cerca de la proa. No ha vuelto a encontrar una oportunidad de hablar con ella, alguna vez se saludaron de lejos, y cree que lo evita igual que los ciervos alzan los ojos mientras comen. Eso lo tiene más entretenido que intrigado. En verdad, siente mayor curiosidad por las desapariciones de Pierre en las cubiertas inferiores. Mientras seguía sus pasos, dos veces se encontró con Olson, aparentemente distraído en las escalerillas, las manos en los bolsillos o cargando su pipa, y también lo ha visto conversar con el capitán en la baranda del puente de mando, seguramente de algún tema marino que los demás no podrían escuchar sin un bostezo. Pero le ha dado por imaginar que los movimientos de Pierre no le pasan desapercibidos al contramaestre, y sólo necesita un tiempo más para compartir sus preocupaciones. «Los días contestan a los días», le había dicho. Vaya manera de esconderse.

Cortés está sentado un poco más adelante, también con un libro en las manos, pero concentrado en la lectura. Lo ve hacer anotaciones con una lapicera, ajeno al barullo de los muchachos que le pasan al lado, y luego Guy avanza unas líneas en su edición inglesa de *El mercader de Venecia*. Las practica dos, tres veces, no termina de conformarlo su pronunciación de «*I have too griev'd a heart*», y al fin cierra los ojos. Visto así, de pantalón blanco y zapatos de cuero calado, abrigado con un cárdigan, boina y pañuelo al cuello, podría ser confundido con un hombre de negocios que dentro de unos días extenderá la mano al dueño de una sastrería de Hanover *square*, o un artista en gira benéfica para los aliados. Y sin embargo, es la ilusión por donde Guy pudo entrar a la realidad. No hago trampas, la realidad es de papel y la tinta

empieza a desvanecerse, pero es su única realidad. Yo no sé de qué está hecha la mía, pero imagino que todo lo que me parece indudable y promete durar más allá de mí, también está condenado a deshacerse.

En todo caso Guy ya no se reconoce en el muchacho que saludaba a los iluminadores de los cines y teatros, tampoco en el que frecuentaba los bares de periodistas, escritores, la docena de postulantes a genios que mendigaban la admiración y la grapa. Entonces había publicado una novela sobre un ingenuo atrapado por la ambición de una mujer —ahora le parece infame—, que le pagó el padre y difundió vestido de hombre sándwich por 18 de Julio con el título y su nombre escritos en las pizarras, de Ejido a Plaza Cagancha, entre los portafolios de los oficinistas, las compras de las mujeres, el humo de los caños de escape y la curiosidad de los niños. Creía más en la anécdota que en la utilidad de sus pasos de payaso en difundir su *Santuario de extravagancias*.

Un tipo llamado Ralph Cowling lo alentó a estudiar inglés en el instituto que dirigía. Lo admiraba, todavía lo admira, es el que le encargó la traducción que entretiene su viaje, y los esfuerzos con la poesía le daban una rara fama entre los amigos. Tenía buena voz, curiosamente tenía buena voz, podía decir de corrido unos cuantos poemas y después volvía al llano de los tartamudeos. Un número de feria, el divertimento de las reuniones sociales que tenían para Guy la dicha de una conquista y la sorpresa de asombrar, especialmente a las mujeres.

Ahora todo lo ve presumido y perdonable, salvo por haber ayudado a fundar un equívoco. Creía en la necesidad de tomarse el cine en serio y se empeñaba en las páginas de un diario, menos para ganarse la vida que para dar rienda a las ideas que se deslizaban en la letra muda, sin los atropellos de su garganta. Fue culpa de Dominoni, recuerda con los párpados cerrados, de aquella invitación a la radio para que repitiera su numerito en las reuniones de amigos. Una ocurrencia, bastante frívola, para todos menos para él. Recitó el *Romancero gitano* de Lorca, de punta a punta frente al micrófono, sin trabarse. Le pidieron que regresara a la semana siguiente, y a la otra. Era verano, su amigo lo recibía en camiseta, agobiado de calor en la pieza del estudio, y en camiseta daba también él, para la audiencia, los versos de Federico. Antes de que pudiera medir las consecuencias se había convertido en el personaje que recitaba poemas en el programa *Tribuna Sonora* y a veces hacía comentarios cinematográficos en otro segmento de la emisora llamado *Cine Radio*. Pero debía aprendérselos de memoria, la modesta fama le reclamaba muchas horas de concentración y el terror a tartamudear le destruía los nervios. Entonces volvía a escribir los poemas, memorizaba el comentario del estreno y también lo escribía

para que lo recordara la mano, después la cabeza, después la lengua frente al espejo de su cuarto, hasta que se le endurecían las mandíbulas.

Dominoni tenía una pasión por el cine que igualaba la de Guy, y dividía su tiempo entre la radio y la fabricación de sombreros. Le pidió que lo ayudase a editar una revista con el nombre de *Cine Radio,* consiguió un socio, avisadores, un acuerdo con la imprenta, y se largaron a escribir. El éxito los abrumó. En muchas partes del mundo unos muchachos estaban convencidos del nacimiento de un nuevo género del arte que no llegaba del pasado ni de ningún refrito artesanal. Venía de la óptica, las máquinas, el negocio de las grandes compañías y la inversión. Había que mirar con nuevos ojos y hacer a un lado los prejuicios. ¿Podía la industria fundar un arte? Ese año, hablo de 1936, Guy tenía veinticinco años y Henri Langlois creaba la Cinemateca Francesa para guardar las copias que destruía el negocio, sólo interesado en que los cines dieran espacio a las nuevas películas. Argentina ya contaba con producción propia. Nada de eso existía en Montevideo, una aldea engominada de medio millón de habitantes alrededor de un puerto ventoso que vendía alimentos a Europa con el orgullo de agenciarse nombres como «la Suiza de América» o «la Atenas del Plata», pero sin espacio para otra ambición en el mundo del cine que el de las distribuidoras. Sólo llegaban las películas y el público las seguía con un fervor descabellado. El dato lo recogió más tarde un heredero de Guy: seis millones de entradas al año, acaso porque como una vez escribió Carlos Real de Azúa, educados en exigencias que no podían satisfacer, encontraban en el cine, servidos en bandeja, los sueños que necesitaban.

A los diarios les bastaba difundir las gacetillas que enviaban las distribuidoras, y la sorpresa fue que por primera vez el público se interesaba en conocer la historia de la industria detrás del «circo», muchas anécdotas de actores, actrices, de productores y directores, pero sobre todo, en descubrir que argumentos y temas podían analizarse con un minucioso registro del lenguaje de las cámaras, la fotografía, la iluminación (Guy sumó por primera vez las fichas técnicas a la crítica), y todas las jerarquías del arte y la cultura en las que el crítico creyera.

Cine Radio Actualidad vendió más ejemplares de lo esperable y ampliaron las secciones para abarcar los temas de la radio, el teatro, la música, el ballet y el jazz, por lo que debieron sumar colaboradores. Así conoció Guy a Virgilio, un chiquilín de catorce años enfermo del mal del cine desde que lo atropelló un ciclista y durante el tiempo que permaneció enyesado el padre le consiguió un pase libre para las salas, «el archivo con patas» que lo despidió en el muelle de Montevideo

junto a los dos Hugos, después de años de aprender a su lado a mirar y a documentar los rubros de las películas.

Yo los conocí a los tres muchos años más tarde, canosos y ciertos, después de leerlos en los diarios y semanarios de la ciudad. Homero Alsina Thevenet ya era el mayor crítico cinematográfico del Río de la Plata, corregía a todo el mundo con la severidad de un verdugo y la picardía de un niño, estaba obsesionado con la caza de brujas durante el macarthismo, contaba entre sus lectores a grandes estrellas del cine y podía adivinar, nunca me reveló cómo, que el 28 de agosto de 1912 cayó un miércoles, y el 5 de mayo del 33 un viernes, cualquier día del calendario que se le propusiera. Consiguió el raro logro de hacer que su prosa telegráfica fuese arrolladora.

Hugo Alfaro tenía la mirada luminosa y dentro de la luz un asombro. Le gustaba improvisar el sonido de una trompeta de jazz con las manos y perpetrárselo a todo el mundo, incluido a Louis Armstrong durante una visita a Montevideo. Había trabajado muchos años con Carlos Quijano en *Marcha,* del que heredó la pasión por el periodismo discutidor, y de Guy, el humor chispeante y socarrón que identificó su firma primero en *Marcha* y después en *Brecha*, el semanario que Alfaro dirigió hasta su muerte.

Hugo Rocha fue el más prudente de los tres. Acompañó a Danilo Trelles en la Cinemateca del Sodre y la formación de los primeros cineclubs, fue periodista del diario *El País*, se recibió de ingeniero químico pero nunca ejerció. A los dieciocho años había llegado del pueblo de Minas con una curiosa formación liceal que más tarde le permitió ejercer como traductor en las Naciones Unidas, antes de coordinar misiones de paz en Medio Oriente. Cuando lo conocí era un caballero de estampa aindiada y cintas de lazo al cuello, de noventa años. Amaba el cine, la precisión y la honestidad. Creo que existió para mí como un mensajero, y que los tres novatos con las canillas al aire que despidieron a su maestro esa lejana tarde del 42, envejecieron bajo la impronta de una frase de Arturo que no olvidaban: el derecho a opinar exige la obligación de saber. La repetían cada vez que la ambición les hacía escribir macanas. Arturo les enseñó a morder el film con la libertad que otorga la posesión de los datos. Arturo o Guy es el juego que tengo en las manos: una larga confidencia en la ficción, tan cerca un género del otro, que se sobreimprimen en la letra.

La letra dice que entonces ya lucía la leyenda de sus extravagancias. En las secuencias más patéticas y sobreactuadas de los films, mientras otros gemían en la oscuridad de la sala se oía el estruendo de sus carcajadas. Le tenían tirria los distribuidores y simpatía los porteros, andaba con flores en la solapa, polainas y guantes color patito, un

bastón, sobretodos con cuello de piel y sombrero bombín, a tono con los comediantes de las pantallas.

Cuando estrenaron en Montevideo *Sombrero de copa,* la vio tantas veces que una noche salió del cine bailando con su hermana menor, de una esquina a la otra, en medio del escándalo de los motores y las bocinas que acompañaron sus pasos en las veredas. Los peatones les abrieron paso y hasta los aplaudieron, *tipi tap* y payasadas, pero en la revista escribió que se trataba de un plagio que la productora RKO se había hecho a sí misma. «Cuando el cine nos ofrece uno de esos grandes éxitos populares, en vez de participar del general regocijo, yo me echo a temblar. Presiento la maroma de imitaciones y reediciones que se vendrán a continuación del original». Aludía a *La alegre divorciada,* de la que *Sombrero de copa* era su imitación. «El mismo bailarín americano de viaje por el extranjero, la misma Londres, la misma damisela esquiva, el mismo italiano caricaturesco, el mismo amigo aturdido, la misma equivocación sentimental por la cual cree la heroína, en un caso, que su adorador es un gigoló, y en otro que es casado (dos profesiones idénticamente desprestigiadas); el mismo hotel cosmopolita e inverosímil, y los mismos bailes, con algunas paraditas nuevas que Ginger Rogers y Fred Astaire pegan cada vez mejor».

Del estreno de una y de otra había pasado sólo un año. «Que venga Dios y lo diga. Pero Dios está muy ocupado por regla general, de modo que lo digo yo en su nombre». Salvaba algunos rubros, pero decía con criterio de *gourmet*: siempre perdiz, cansa. «Ginger Rogers, cada vez mejor bailarina, más elegante en su plástica, más escultural en su línea, en cada vuelta de «Cheek to Cheek», o en cada réplica de «Isn't This a Lovely Day», está, por contraste, más vulgar que nunca y más deficiente como actriz en sus líneas de diálogo y en sus pasos de comediante. No puede moverse en una atmósfera mundana como este Lido de confitería, de canales con agua perfumada por Worth, seguramente, con menos mundanismo, ni se pueden llevar peor las ropas de lo que lo hace la picante americanita, uno de los contrastes más curiosos del cine. Fred Astaire, Edward Everett y Erik Rhodes, fieles a la comodidad en que se veían en *La alegre divorciada,* repiten paso a paso lo que hicieron en aquella oportunidad».

Arturo firmaba RAD, su primer nombre era René, y los compañeros de *Cine Radio Actualidad* lo siguieron en esa afectación que reducía el nombre por el orgullo de ser reconocido en el estilo, un hábito que provenía del novecientos y acompañó muchos años a los periodistas de su generación. Se divertía, claro, aprovechaba todo lo que su memoria había retenido porque no había más registros de la historia del cine que los que podían tener otros fanáticos como él, o alguna que otra noticia

en la prensa extranjera, y por una vez tenía la ventaja. Los años de frustraciones eran una ventaja. Las horas de lectura y de refugio en las cuevas del cine, los desengaños olvidados con cine, la soledad, las ganas de matarse, de pronto le ofrecían la notoriedad de acercar a los asuntos más nimios de un film, ideas que provenían de la literatura, la música, la trama urdida por muchísimos géneros, con una ironía y mordacidad que se harían célebres.

Poco después Quijano lo llamó a escribir en *Marcha* y su amigo Ralph Cowling a dar una conferencia sobre el teatro y la poesía de Federico García Lorca. Ahora lo ve como un inmenso equívoco, el mareo de la ilusión de brillar sobre la medianía de un país hinchado de pedantería por sus lecturas de segunda mano, la baratura y la esquizofrenia de sus orgullos. Pasen y vean la conferencia del tartamudo. Mejor que el cine, mejor que el teatro. Un provocador vestido de frac.

Se aprendió de memoria una conferencia de dos horas y la dio con el teatro del Anglo lleno. Cuando llegaron los aplausos y el público se puso de pie, Guy ya no podía escucharlos. Le ardían las mejillas, tenía la mandíbula y la lengua duras, y la garganta escaldada. Los odiaba. Lo aplaudían y él los odiaba, y para empezar se odiaba a sí mismo por los meses que había pasado colocando una palabra sobre otra, igual que un eunuco obligado a levantar la pirámide de Guiza: acá un verso y después una epifanía, una salida de humor, el tono solapado de una acusación, y otra vez el humor y algo contundente, después el argumento de España, un enigma, los pasos de Federico en Nueva York, ese asunto tan bello de Andalucía, una reticencia —la magia, no te olvides de la magia, ni de Valle Inclán—, pero vamos todo de nuevo, que tropezamos con las espuelas de *Bodas de sangre* en el minuto cincuenta y ocho. Así durante horas, días, meses, un Jano en calzoncillos, la marioneta de la extenuación. ¿Qué hacía, ahí, de pie, vestido de disertante de la aldea cuando prefería aguantarse la sed por no entrar a un bar a pedir un vaso de agua y encontrarse con sus impotentes tartajeos?

Aprendió a ocultar el pánico en la vanidad de enlazar las ideas con un torrente de palabras que parecían espontáneas y repetían una a una la memoria de sus atormentados ensayos. ¿Dónde esconder mejor un defecto que en las seducciones de la virtud? Repitió la experiencia con una conferencia sobre Sarah Bernhardt en el Liceo Francés y más confiado, poco antes de emprender el viaje a Londres sorprendió a Montevideo con *Impromptu isabelino*, una presentación en el teatro del Sodre que sumaba la música, la escenografía y la actuación a su recorrido por la Inglaterra de la reina Isabel y recitados de la célebre

comedia de Shakespeare, *Como gustéis*. Sustituyó la conferencia por lo que los críticos denominaron «concierto de palabras», antes de exaltar su «magnífico don verbal, inigualable en nuestro medio», y lo era a un grado que nadie podía imaginar. El concierto y sus silencios tuvieron un éxito rotundo y al terminar el espectáculo, alentó al público a cantar «God Save the King», acompañado por la comunidad inglesa, que se puso de pie mientras una parte de la platea colmada quedaba hechizada por su audacia, y otros irritados por lo que les pareció una soberbia payasada. De todo aquello Guy conservaba un recuerdo excitado, el tejido de una ilusión que parecía encarnada en otro hombre.

Ahora Guy entreabre los ojos y descubre que Greyfield y Norah están bromeando con Cortés. Lo han ido a buscar con la atávica fe de las mujeres en que las cosas siempre pueden arreglarse con una sonrisa y un poco de alevosía. El mundo nunca se acabará para ellas.

Entonces se levanta de la reposera y ve acercarse a Greyfield.

—Alfredo cenará con nosotros esta noche —le dice mientras lo toma de un brazo—. Sería estupendo que ayudase a hacer las paces —y antes de seguir de largo baja la voz—. Ah, y otro asunto. ¿Ya lo sabe? Parece que el submarino acaba de hundir otro barco.

FREETOWN

Los rumores de que un submarino anda detrás del *Talk of the Town* después de hundir tres buques, dirige la atención de Guy a los oficiales y al capitán, notoriamente concentrados en cerrar la boca. Durante la mañana y la tarde los pasajeros se pasan binoculares de mano en mano para mirar el océano en busca de un periscopio o la aleta de un torpedo debajo del agua. La expectativa crece sin novedades y con el paso de los días la gran superficie se vuelve irritante. Cada pedazo de nada oculta un enemigo, la mayoría de los viajeros conversan sobre los protocolos, los silencios se han vuelto tensos y los encuentros de las parejas en las noches, más nutridos. En el puente de mando la atención sobre el radar es permanente, también sobre el equipo radioeléctrico, el capitán ordenó un curso en zigzag y un apagón nocturno que obliga a moverse en penumbras. Los oficiales han pedido que las linternas lleven alguna veladura —sólo por precaución, dijeron con la reserva de los médicos— y Guy le colocó a la suya un pañuelo de seda para moverse por el barco, pero se lo quita cuando traduce en la cucheta, después de cubrir el ojo de buey con un saco.

Rara vez se duerme acompañado. Pierre parece estar muy activo y Guy sólo puede imaginar los asuntos que lo mantienen ocupado. Ha comenzado a anotar la hora en que se duerme en los márgenes del manual por consejo de Olson. Seguía los pasos de Pierre a la hora del crepúsculo cuando volvió a encontrar al contramaestre en una escalerilla. Entonces Olson lo detuvo de un brazo y le dijo que ya sabía adónde se dirigía Pierre. También le pidió que abriera los ojos por si hallaba algo anormal entre las ropas del camarote, pero Guy no quiere que el belga lo sorprenda revisando sus cosas y no le gustó que Olson se callara lo que sabía. «Por ahora todo está controlado», se limitó a decirle, y desde entonces ha empezado a creer que el contramaestre no es un pasajero más, y que tampoco lo espera en Londres una sobrina. Lo ha observado durante el torneo de damas que juega con Greyfield y Cortés en el *lounge*, y no logra leer nada detrás de sus cejas espesas. Ha estado aparentemente concentrado todo el tiempo en el tablero, pero le llama la atención que nunca gane una partida ni deje de celebrar las victorias de Cortés, que volvió a compartir la mesa con los demás y, acaso por agradecimiento, no ha vuelto a discutir de política ni la

guerra, pese a las provocaciones de Pierre. Sólo han hablado de los protocolos.

Todos tienen claro que los submarinos no pueden aumentar su tripulación, pero en algunos casos, acorazados y destructores recibieron a los pasajeros de barcos mercantes antes de hundirlos. Por dar un poco de ánimo, Guy ha traído el caso del capitán Langsdorff, que no sólo pasaba al *Graf Spee* la tripulación del buque que se preparaba a hundir, también daba la orden de disparar sus cañones cuando tenía al capitán sentado en su camarote con una copa en la mano.

—Un cínico —comentó Greyfield.

—Nada de eso —la interrumpió Olson—, un caballero. Puede que sólo se entienda desde la mentalidad de un marino, pero vamos, imagine que se trata de su mejor vestido de fiesta, una cuñada está obligada a rasgarlo por los cuatro costados y el sentido del honor y la piedad la lleva a evitar que usted lo vea.

—Yo le arrancaría los ojos, de todos modos —dijo Greyfield.

Reconstruyeron los días finales del *Graf Spee*, porque la noticia estuvo en todos los diarios: la batalla con los tres buques británicos, el refugio en Montevideo, la decisión de Langsdorff de dinamitarlo, su suicidio en Buenos Aires una vez que puso a la tripulación a salvo. Por un momento todos quisieron que viniera a hundirlos el famoso capitán y la excitación ha prolongado una broma que se reitera cada vez que alguno queda cavilando en silencio: «¿Qué, sigue esperando a Langsdorff?».

Contra la expectativa de un ataque que se prolonga con proverbial demora, el *Talk of the Town* continúa su marcha rumbo al este y el ingreso en aguas cálidas los recibe con una escolta de marsopas y peces voladores. En la tarde del 11 de octubre, durante cuatro horas, asisten al gran espectáculo y Guy aprovecha la distracción para cambiar unas palabras con Karen, a la que sorprende asomada sobre la borda.

—Vaya circo.

—Delicioso —dice ella—. Me gustaría que fuera lo único que saliera del mar.

—Ya no hay que preocuparse, salvamos el primer tramo.

—¿De verdad?

Entonces Guy le señala unas sombras sobre el horizonte:

—Sierra Leona —dice.

—Mentira, son nubes.

—Son las montañas de Sierra Leona. Si acierto, me debe una copa.

—¿Me pide que lo invite?

—Nnn, na, nada de eso. Usted es la co, co, copa.

Karen sonríe, sin terminar de entender la broma, y Guy se aleja,

espantado de su repentino tartajeo. Por el resto de la tarde se encierra en el camarote a hacer ejercicios de vocalización, ajeno a las maletas de Pierre y a las sugerencias de Olson. «Yo vi en un huerto un cuervo cruento comerse el cuero del puerco muerto». Desde que subió al barco no había vuelto a tartamudear y la novedad lo deprime, lo hace repetir la frase hasta la exasperación, como en los viejos tiempos, y sólo sale en la noche para confirmar que alcanzaron la bahía de Freetown. Una luna creciente derrama su estela sobre el agua, y más lejos ve el perfil de una decena de barcos fondeados junto a lo que parecen dos submarinos. Pero fuera de las luces de vigía y las boyas, la ciudad no revela más que un puñado de destellos sobre una mancha oscura. El aire ha cambiado y trae el olor templado y resinoso de la tierra, calentada por el sol y vuelta a enfriar, como el aliento de un animal dormido. El 12 de octubre fue inventado para conocerlo, piensa Guy antes de felicitarse y de irse a dormir. Imagina que al día siguiente pisará Freetown y buscará con los demás el negro corazón del África en el rojo furioso de los turbantes, las verdes hojas de los plátanos y el blanco lechoso del marfil.

El amanecer muestra la villa amontonada sobre la falda de unos cerros, de un color pastel que con el paso de las horas dibuja su exuberancia, el tono rojizo de las calles detrás de las arenas y los manglares de la costa. Unos pocos edificios tienen varios pisos, no abundan los tejados, y están tan cerca del agua que parecen buques carcomidos por la herrumbre. Seguramente han hecho el dinero en otra época, se dice Guy, cuando mostraban a los nativos que podían prescindir del techo a dos aguas con una milagrosa planchada de concreto. «La fundaron los esclavos libertos del Imperio —le ha dicho Pierre—, y ahora viven bajo el protectorado británico del comercio con los barcos, así que podés tomar el nombre con las pinzas que quieras».

Desde temprano corre el rumor de que esperan la llegada de otros buques y pasarán varios días en el puerto. No los dejan desembarcar, de modo que Guy y los viajeros sólo pueden divisar de lejos las calles sinuosas, el carraspeo de viejos Austin y algunos *jeeps* con soldados, los mercados, el hacinamiento y el vaho tropical que se levanta de la aldea. En el correr de la mañana sobrevuelan varias escuadrillas de aviones, hay barcos de muchas banderas y se acercan las balsas cargadas de frutas a negociar precios, a subir y bajar canastas. Los nativos son esbeltos y tienen los labios carnosos y grandes, como una flor en medio de la cara. Gritan y ríen alrededor de las monedas, los peniques, el idioma que se han inventado entre el krio y el inglés.

Norah acaba de pasarle sus gemelos a Guy para que mire una construcción con minaretes de colores vivos.

—¿Un templo? —le pregunta.

—Un cabaret —dice Guy—. Conozco otro igual en una playa de Montevideo. Los deben haber construido en cadena.

Entonces descubre los *bungalows* y bohíos de techos de muchas aguas, que se extienden sobre los cerros con una paleta de colores tonificados por la luz agrisada que filtran las nubes, unas por debajo de otras. Cuando se hacen más densas y arrojan una llovizna aceitosa, Norah y Guy abandonan la cubierta.

—Ya veo que viene preparada para no tropezar con nadie —le dice Guy mientras entran al *lounge* y le devuelve los gemelos.

—Mi querido Guy, ya hablamos de mí. ¿Qué hará usted al llegar a Londres?

—Creo que encerrarme vergonzosamente a leer…, pero esta temporada estrenarán una obra de teatro mía.

—¿No me diga? Me considero invitada al *opening night.* ¿De qué trata?

—Es una sátira —dice Guy, y enseguida recuerda el consejo de Michael en el puerto, cuando le dio la linterna y más de una advertencia—. Pero ya sabe, todo en Londres está sujeto a los bombardeos.

—¿La escribió en inglés?

—Claro.

—Oh, qué maravilla…

Lleva el manuscrito en la maleta, escrito en un inglés de diccionario que no termina de corregir, y cada vez que vuelve a mirarlo le parece un bodrio. ¿Por qué miente? Puede estar irritado por el tartamudeo de ayer, pero eso fue un accidente. Varias veces lo oí mencionar su compulsión a provocar, a contar mentiras, como si obedeciera a un impulso físico, una descarga de adrenalina de su garganta, pero no consigo saber si lo dice con autocompasión, vergüenza, o qué. Es posible que no lo sepa y no voy a interpretarlo, sería estúpido, no haría más que interpretar el papel del tonto.

De pronto me aturde el escape de la motoneta de un delivery y me levanto. Miro largamente las ventanas de los edificios, los plátanos en el viento, las luces de unos faros que barren la calle, con la sensación absurda de que podría arrugar la noche en una mano sin que nadie lo reclamase. Entonces suena el teléfono. Lo dejo sonar, tres, cuatro, cinco veces, hasta que se activa el contestador. Es Marga. Dice que ayer me esperó toda la tarde y como no fui, le dirá a los de Dinarli que se lleven todo. Me pide que la llame y corta. Tengo un lío con Marga. Quiere que la ayude a vender la biblioteca del padre, pero no puedo reconocer viejos libros que fueron míos sin oír el reclamo de una vida que

terminó para mí. Le vendí varias colecciones, hace mucho, y sé que seguirán atractivas y sanas, el viejo Lugano vigilaba con una lupa las enfermedades del papel. No voy a resistir la tentación de hojearlas, de abrir cualquier página para descubrir mis anotaciones, seguramente distraído por el perfume de Marga, por el roce, previsible, de sus miradas, o peor, dejándome arrastrar por mi letra. ¿Para decirme qué?, ¿que fui otro?, ¿que todavía soy el mismo animal que enterró sus tesoros en una playa de cuyo nombre no quiero acordarme?

A las dos y media de la tarde una lancha se amadrina a la borda del *Talk of the Town* y una veintena de muchachos alza los brazos.

—¡Llewellyn!, ¡Ivor!, ¡Ram-say!, ¡Yvor..! —gritan desde la cubierta —. ¿Cómo están?

—Vivos, creo —contesta uno de ellos y hace reír a todo el mundo. Son los náufragos del *Málaga Star*.

—¿Cómo es Freetown? —pregunta una chica al lado de Guy.

—Es la muerte, petisa —le contesta otro y vuelve a arrancar risas.

Entre las palmadas y abrazos en la cubierta, los viajeros se enteran de que darán alojamiento a ciento cincuenta australianos. Lo han oído en la prefectura del puerto. Guy propone buscar a Collins y darle muy buenas razones para abrir el bar. «Hay que invitar a estos muchachos a tomar una copa. ¿No te parece?», le dice a Pierre. «Claro», le contesta el belga, y se ponen en marcha. Pierre lo sigue unos pasos detrás. Guy lo escucha silbar una canción, y al darse vuelta para pedirle a Molina que no se mueva de ahí, ve pasar de la mano de Pierre a la mano de uno de los náufragos algo que parece un estuche de color verde. Enseguida vuelve la cabeza y sigue adelante, pero apenas consigue creer en lo que ha visto. Revisa la situación mientras se acerca al bar. El muchacho estaba sobre la borda, junto a otros náufragos, y no se miraron. Un movimiento rápido, el estuche pasó de manos y desapareció. Ya no necesita pruebas, sólo seguirle el juego hasta saber para quién trabaja. ¿Debería decírselo a Olson? ¿Y quién es Olson, de qué lado está? Su cabeza va más rápido que sus pies: puede deducir que son enemigos, pero podría tratarse de un engaño. Nada es preciso y un paso en falso acabaría por involucrarlo. ¿Pero en qué?

Como no dan por ningún lado con Collins, Pierre le propone buscarlo en las cubiertas inferiores y al cabo de ir de un lado a otro lo encuentran fumándose un cigarrillo en la puerta de las cocinas. Es la segunda vez que Guy baja a la tercera clase, pero aquella noche apenas vio nada. Las mamparas tienen un color crema desvaído, muestran grafitis en varios idiomas y manchas de aceite, los ductos bordean los pisos y los techos. Sobre el pasillo se alternan las puertas abiertas de unos camarotes mugrientos de seis u ocho camas, donde se hacinan los

polacos y otros voluntarios que van a sumarse a los franceses libres y a los belgas, «un poquito menos libres que los franceses», le dice Pierre, indiferente al olor acre del sudor, los jergones grises y rotos que cuelgan de las camas, y a las bocanadas de calor que despiden los compartimentos, con aire de calabozos, notoriamente más oscuros que los de las cubiertas superiores.

A pocos pasos de Guy una pandilla de muchachos lo mira con hostilidad desde el hueco de una puerta abierta. Se han fijado en su ambo de lino blanco, todavía impecable. Entonces Pierre intenta deslizar un billete de una libra en la mano libre de Collins mientras le pide que abra el bar para los náufragos, pero a diferencia del muchacho en la cubierta Collins le da una calada a su cigarrillo y sube el otro brazo sobre el marco de la puerta.

—Lo siento mucho, sir —le dice—. Usted sabe lo que son órdenes militares. Pero no conoce al sobrecargo de este buque. Yo le digo que no nos dejaría abrir el bar ni aunque Churchill viniera de visita.

—No hay problema, Collins —contesta Pierre—, con tal de que luego me consiga tres o cuatro botellas para responder a emergencias como esta.

Entonces Guy saca su cajilla de Pall Mall y se la ofrece a uno de los chicos que lo observan sentados en sus camastros. «Para los tres», le dice. La hostilidad desaparece de inmediato y un muchachón de largos brazos se pone de pie y le dice a Pierre, como si le agradeciera los cigarrillos a él:

—Todavía tenemos sin tocar la última botella de whisky que nos mandó, señor Grut. Llévela. Ahora se la traigo.

Regresa a la oscuridad del camarote y le alcanza la botella antes de que Pierre diga nada.

—Traiga a su amigo a la covacha a tomar una de estas —dice un chico bajo y macizo, con el pelo untado de grasa.

—Gracias, Daniel —le dice Pierre—. Y déjese de miedos que aquí se van a organizar las cosas muy bien.

De todos los descubrimientos que ha hecho Guy sobre el aviador, esta camaradería es lo que más lo desconcierta. ¿De qué lo tranquiliza? Comprende que está muy lejos de adivinar su juego y sólo puede seguirlo como el aprendiz de una trama que ignora por completo.

Cuando vuelven a la cubierta de primera la mayoría de los náufragos se ha dispersado en los camarotes y dos de ellos conversan con Cortés, que les ha llevado una camisa azul, tres o cuatro pares de medias y dos corbatas.

—Vengan, muchachos. Por acá —los llama Pierre camino al camarote—. Un trago de *scotch* también les va a servir, ¿no? Vamos,

Cortés, venga con nosotros.

A poco de presentarse —se llaman Víctor y Bruno—, Víctor se quita la remera para probarse la camisa que le dio Cortés, pero no le entra. Es un chico robusto, con la mandíbula larga, como si le hubiesen colgado unas pesas. Está a punto de reventar las costuras cuando se la pasa a Bruno, más bajo y rubio, con muchas espinillas, no sólo en la cara; se dan cuenta cuando se saca la remera y se la prueba. Se la deja puesta porque le queda cómoda, y mientras Pierre sale del camarote en busca de unos vasos los dos muchachos se miran furtivamente, sin saber dónde poner las manos. Lo observan todo con curiosidad y dicen que llevan dos días en Freetown, a la espera de que los reubiquen. Todavía están sentados en las cuchetas cuando Pierre regresa y sirve los tragos. Entonces Guy levanta el suyo para brindar, pero Víctor se pone de pie, les da la espalda y mira por el ojo de buey.

—¿Qué barco es este? —pregunta.

—El *Talk of the town* —responde Cortés.

—No, el modelo.

—Un C-3 —dice Pierre.

—¿Qué opinás, Bruno?

Pero Bruno levanta los hombros y no dice nada.

—Un barco así debe hacer muchos nudos. ¿Cuántos?

—Catorce —dice Guy.

—Catorce es un número de mierda. Debe hacer once, o diez. Quizá, ni tanto.

—Vamos, Víctor, estamos entre amigos, es hora de que te sientes —le dice Pierre. Entonces el muchacho se da vuelta con el vaso en la mano y se ubica al lado de Bruno. Mira a Guy con atención, y luego baja la cabeza.

—Vienen de un viaje duro —suelta Guy.

—¿Fue duro tu viaje, Bruno? —pregunta Víctor. Pero Bruno vuelve a levantar los hombros.

—¿Qué, no te gustó? Esta gente quiere hablar.

—El colchón era duro —dice Bruno, y Víctor larga una carcajada. Con el cuello estirado su cabeza parece un martillo, y mientras los anfitriones esperan a que los muchachos se tranquilicen cambian unas miradas, poco confiados en su suerte.

—Todavía está meado —dice Víctor cuando se le acaba la risa.

—No es cierto.

—Sí que es cierto.

—No es cierto.

—Como digas.

—Nos enteramos en el viaje —lo ayuda Pierre.

Ahora Víctor sostiene el vaso con las dos manos entre las piernas y baja la mirada.

—Una vez estuve en un terremoto en Chile —dice—. Los dientes se me corrían de lugar.

—¿Cuánto tardó? —insiste Pierre.

—¿Cuánto, Bruno? —dice Víctor.

—Fueron dos pelotazos, con cinco minutos de diferencia.

—¿Estabas ahí?, ¿estabas? —repite Víctor.

—Igual que vos, Víctor —contesta Bruno y vuelve a alzar los hombros.

—Yo estaba en Córdoba, soñando que corría en una bicicleta. Y de pronto, ¡Chile!

—¿Cuánto demoraron? —lo alienta Pierre.

—En veinte minutos no podés sacar nada. Los documentos, tus dos pies, la cabeza.

—Veinte minutos no está nada mal —comenta Cortés.

—Pero el otro barco al que le dieron se fue en seis minutos —agrega.

—No sé qué haría yo en esos seis minutos —dice Guy.

—Nada, míster. Sólo cagarte en los pantalones.

—¿Qué pasó después? —vuelve Pierre.

—Nos bajaron a un bote salvavidas. La orden era alejarse, porque el *Málaga* se iba en un remolino. Había gritos por todas partes y los amigos salieron a la superficie.

—¿Ahí mismo? —se sorprende Cortés.

—Era de noche, así que podías ver levantarse la sombra, a quinientos, mil metros, yo qué sé, como un muro. Acá estabas, hijo de puta. Se veía grande desde la balsa. ¿Qué digo? ¡Se veía inmenso! Contales, Bruno.

Pero Bruno está mirando las manchas del piso.

—Es lo que digo. Y se acercaron. Arriba había dos oficiales. Gritaron, en inglés: ¿Necesitan algo? Éramos tres botes, a la deriva, y detrás cabía suponer que había muchos más. ¡Que te vayas a la reputísima madre que te parió! Pero nadie dijo nada. Todo el mundo apretó los labios. Nos hicieron un saludo. ¿Qué?

Bruno levanta el brazo, se rasca la oreja y continúa escudriñando el piso.

—Y que te las arregles. Mucha suerte, saludos a tía Amelia.

—¿Quién los rescató?

—Un mercante griego, en la mañana, y de ahí un destructor que nos trajo a Freetown, donde nos encontramos con otros compañeros que creíamos muertos. Todo ha sido estupendo, como una fiesta dada vuelta. Pero ahora eso no importa. Nadie sabe cómo están las cosas

allá. Bruno no sabe cómo están las cosas allá…

—Yo puedo decírtelo, Víctor —lo interrumpe Pierre—. No tan mal.

—Ah, ¿no?

—En Bruselas los niños pasan los periódicos disimulados en birretes de papel sobre sus cabezas. ¡*Sieg Heil*! ¡*Sieg Heil*!, gritan frente a los soldados, y los alemanes los corren de las casernas.

—¡Maravilloso! —dice Víctor y escupe en el suelo.

—No escupas en el suelo —le dice Pierre, pero Víctor se levanta, vacía el vaso y dice que les dieron media hora. Tienen que irse.

Entonces Guy y Pierre revuelven su equipaje y les ofrecen unas camisas, un suéter, un par de guantes. Los chicos lo agarran todo, agradecen con las cejas alzadas y salen a la cubierta, donde los demás ya están bajando a la lancha.

—¿Mandan correo en este viaje? —le pregunta Pierre al comisario de abordo.

—Sí. Anoche censuraron las cartas, pero ya no se puede aceptar ninguna más.

Guy lo mira sonreír, de nuevo intrigado, hasta que lo distraen los gritos que llegan de la lancha. Todos se van cargados de ropa bajo los brazos. Echan los bultos al piso y chiflan, saludan con las manos en alto.

—¡No te olvidaremos, Ivor!

—¡Ya te vas a arrepentir!

—¡Mucha suerte, Guille!

—¡Nos vemos en el hospital!

Por más que busca, Guy no logra reconocer al muchacho que recibió el estuche de manos de Pierre. Mientras la embarcación se aleja, termina por aceptar que todo lo que no entiende está delante de sus ojos como en una pantalla: un sucio azul de humo cubre el puerto, la colcha del caserío sobre los cerros, el raid de los aviones en el cielo y los buques fondeados, entre basuras y las chalanas de los nativos, pero la humedad adhiere un olor acre a las ropas, las maderas, el hierro, y no consigue confiar en lo que mira, ni siquiera en esa lancha que se oculta y reaparece entre las proas de otras embarcaciones.

Los muchachos se han salvado de una, y sólo intuye que celebran el llamado, no de las trincheras a donde van sino del lugar de donde vienen, un punto lejano en el mapa que también es el suyo, aunque nunca lo será del todo. No puede jactarse de ese entendimiento llano, de tribuna olímpica, sin mentirse ni recordar que ha vivido del lado de afuera de las cosas, y se aparta un poco de la agitación de los demás, mientras las risas de los voluntarios lo conmueven vaya a saber por qué. Ha hecho un gran esfuerzo por alejarse de las ficciones y la vida

que lo recibe no es más confiable.

Entonces siente la presencia de Karen a su lado, pero no la mira.

—¿Preocupado?

—Un poco, sí.

—¿Por?

—Creí que no iba a arrepentirse nn, nunca.

WALTZING, MATILDA

Apenas Karen y Guy abandonan la vista del puerto y se alejan hacia la popa del barco, el silencio que acompaña sus pasos me despierta una conjetura. Ella ha reconocido los balbuceos de un tío materno que despeñaba sus frases después de retenerlas unos segundos en los labios. Le parece atractivo que un hombre se demore en vez de dar saltos olímpicos sobre las cosas, y sin embargo, el esfuerzo de Guy se concentra en dominar la lengua; daría esos saltos con alegría si no lo perturbasen los pechos de Karen, demasiado marcados bajo la tela de la camisa.

La banda de babor, de cara al mar, está despejada, y dos oficiales conversan cerca de la proa con las manos en los bolsillos, a la espera de que una brisa rompa el agobio de la bahía. Entonces Guy acomoda dos reposeras de lona para darse tiempo a encontrar una frase ingeniosa, mientras ella le dice que los chicos del *Málaga* la dejaron agotada.

—¿Agotada?

—No pararon de decir groserías y de meter mano en los bolsos, todo les servía.

—Es, pero que no a usted.

—Yo sé quebrar un dedo, dos dedos, Guy. Pero basta que te hundan el barco ¡para que te recibas de héroe!

—A mí me tocaron dos urracas y una era generosamente muda —dice Guy con media sonrisa—. Na, da presumidas, aunque tampoco encantadoras.

—No debe ser fácil gustarle a usted.

—Tenés razón. T, t, te pido, por favor, que me tu, tees.

—¿Sí?, ¿le parece?

—Soo, lo por gentileza a este anciano.

—Guy, yo no soy una oveja.

—N, n, ninguna mujer es in, nocente después de los cinco años, ¿no?

—Bueno, eso quedó para ustedes. Mi viejo todavía cree que mi hermano es un chico obediente, pero le roba el auto una noche a la semana. Y lo más curioso, sólo para fanfarronear con los amigos.

—Vos n, nunca lo hiciste.

—Una vez, pero me di contra un árbol. Tuvieron que ponerme doce puntos en la cabeza. ¿Y sabés qué? Mi vieja le dijo a mi papá que iba

sola. Y se lo creyó.

—M, me gusta tu sinceridad.

—¡Ha!, nunca vayas a ser sincero conmigo.

—¿Por qué?

—Cuando los hombres son sinceros no hacen más que mentirse, y después una tiene que arreglárselas con eso.

—¿Y es tan malo?

—Un poco peor que cuando se fugan.

—Hablando de fu, fugas…

Guy enrojece y aprieta los labios. Está furioso consigo mismo, pero Karen desvía la mirada a la calina que borra el cielo, el sol y el mar en una densa confusión de reproches.

—Ah, sí, la otra noche —dice de pronto—. Estuviste muy bien. Esos imbéciles se rompieron la cabeza y ni siquiera me miraron los zapatos.

—De, de modo que…

—Pero yo no hice nada, lo juro.

—Debí imaginar que la presa valía más que una oreja.

—Lo lamento, de verdad. Es que las cosas se pusieron espesas. Es un poco nuevo para mí. Viene uno, te dice que el mundo se acaba y ya te invita a tomar el aire contra una turbina. De verdad, no es mi estilo irme así.

—Oh, t, tenemos un estilo…

Ahora la que enrojece es Karen, y baja la cabeza.

—No te burles —dice. Cuando alza los ojos, su picardía se arrodilla con una vergüenza encantadora. Guy quiere decirle que no se burla, pero sabe que va a tropezar con cada sílaba, de modo que se guarda esa mirada. Tiene un cajón lleno de imágenes similares, unas de grano de película, otras memorizadas de la realidad, y cada tanto las visita y las revuelve como una colección de estampillas. Entonces ella se inclina, no sólo con los hombros, también con los labios y la camisa, y le pide un cigarrillo.

Guy busca en el bolsillo interior del saco hasta recordar que acaba de regalárselos a los muchachos de las cocinas. Se pone de pie y le ruega que lo espere. No resiste la idea de perderse la oportunidad de encender ese cigarrillo, y va en busca de Molina, Pierre, cualquiera de los que ha visto fumar en la otra cubierta. No demora más que uno o dos minutos, pero cuando regresa Karen ya no está en la reposera. Unos metros más allá, ocho o diez voluntarios se atropellan en círculo alrededor de la baranda y alientan lo que parece una pelea. No puede creer que Karen lo haya plantado de nuevo. Sea cual sea su estilo, incluye la vocación de desaparecer. Al fondo los dos oficiales también se han ido, y por si alguno de los chicos ha visto algo, se acerca al

grupo que se agita como un cardumen. Entre las cabezas que se amontonan descubre la cara crispada de Karen. Está plantada de un lado de la baranda con la camisa arremangada, sus pechos tiemblan bajo la tela y mira a un muchacho de brazos fuertes, con un tatuaje azul en el hombro derecho y la mandíbula apretada. Ambos apoyan el codo y forcejean con los puños trabados en un péndulo que se mueve apenas unos grados. A Guy le parece inconcebible que aguante más de un minuto, pero Karen resiste mientras los chicos empiezan a corear su nombre con el ritmo cadencioso de los remeros. El muchacho reemplaza poco a poco la mirada burlona por el tic envilecido de su ojo izquierdo, y cuando está a punto de vencerla Karen le da un golpe bajo las costillas con la mano libre, y le dobla el brazo. Estallan las risas, pero ella está notoriamente molesta. Unos cuantos se la llevan hacia la proa, gritan su nombre y la secuestran por una escotilla. Entonces Guy mira el cigarrillo que sostiene en los dedos como un objeto inútil y viejo, le da unas vueltas, se lo lleva a los labios, y antes de regresar a su camarote lo arroja al agua.

Cuando abre la puerta tiene la impresión de haberse equivocado de corredor. Junto al lavatorio ve un rifle, debajo del ojo de buey dos bolsas de lona aplastan su equipaje, arriba hay una cantimplora abollada, en una de las cuchetas duerme un tipo de pelo ensortijado y del baño sale otro en calzoncillos, acomodándose una dentadura postiza en sus huesudas mandíbulas.

—Hola, muchacho. Soy Ronald Steer, pero me dicen Ronnie, o Hueso, o como sea —le aclara con un acento británico deformado por el dique de caucho que lleva en la boca.

Tiene una chaqueta con las insignias de capitán y las piernas como escarbadientes forman un curioso rectángulo con el piso y el borde inferior de la casaca. Las caderas de utilería, la nariz filosa y los ojos hundidos en las cuencas de la calavera lo hacen parecer un esqueleto vivo, naturalmente, de milagro, pero capaz de sonreír y de moverse con un resto de elasticidad.

—Me avisaron que estaba por parir la abuela —dice Guy, y el capitán sonríe de esa forma descarnada con que pudo hacerlo Yorick en la mano de Hamlet. Entonces Guy le dice su nombre y le extiende la mano con miedo de quebrarle los dedos. Pero Huesitos todavía tiene fuerza para apretar una mano, le echa un vistazo y se da vuelta para revolver una de las bolsas.

—Ya verás que no nos aburriremos, aunque me parece que lo has visto todo en tu vida de *gigoló*. Hay muchas mujeres solas en Londres, ¿sabes?

—¿Pero tendré una chance de competir con los uniformes?

Guy se ha dejado caer en la cama de Pierre y observa al capitán, que se quita la chaqueta sin pudor por la desnudez de sus huesos sin músculo, las costillas abiertas y blancas, los ángulos de los hombros y los codos, de modo que agradece que se meta en la cama y se cubra con una sábana.

—Con esta facha yo no voy a hacerte competencia. Pero deja que me recupere un par de meses en el hospital adonde me envían. Acá, en Freetown, una enfermera se enamoró de mí. Imagina lo que pasará cuando vuelva a tener nalgas. ¿Qué?, ¿te crees que bromeo?

El capitán extiende la mano a un bolsillo de la chaqueta abollada en el suelo y le alcanza una fotografía de Myrna Loy con un generoso escote.

—¿Y…, qué te parece mi enfermera?

—Maravillosa —le dice Guy. Se la devuelve y le señala al hombre que duerme en la litera de arriba.

—Estuvo tres meses en el hospital, por un shock. Ya tuvo dos naufragios seguidos, y como dicen que no hay dos sin tres, maldita la gracia que me hace que venga acá. Pero no es mal muchacho. Ahora, si me disculpas… —dice, cierra los ojos y en pocos segundos comienza a roncar.

Guy trata de imaginar a Steer en el frente africano, y acaso porque lo tiene delante con la boca abierta le resulta más fácil verlo en una morgue. Sea lo que sea que le haya pasado ha perdido la carne y quizá, parte de los sesos, y si no fuese por el buen humor no le daría ninguna esperanza de llegar a Londres. El de arriba duerme como una niña y Guy se pone de pie, busca sus cuadernos y el manual con la intención de llevárselos al *lounge*. Pero un coro de soldados levanta su voz en algún sitio cercano, con ímpetus de aleluya. «Once a jolly swagman/ camped by a billabong/ under the shade of a coolibah tree,/ and he sang as he watched/ and waited ‘till his billy boiled…». ¿Qué están diciendo? El clamor invade todos los rincones del barco y se reitera cada vez más fuerte. Entonces aprieta los cuadernos como si fueran una tabla y enseguida comprende que no podrá trabajar. Qué mierda, sus ridículas obsesiones, ahora está entre los hombres. Deja todo y cuando sale escucha detrás la voz de Steer:

—Esos malditos *aussies*, ya no se podrá dormir en toda la noche.

Los soldados australianos saturan la cubierta de estribor con sus armas, morrales, cascos y bolsas de fruta. Los oficiales los acarrean por las escalerillas que conducen a los camarotes de segunda y de tercera, pero la mayoría se demora alrededor de las muchachas y los voluntarios argentinos. A Guy no le resulta fácil abrirse paso, de cada hombre sobresale una mochila o un fusil, y al entrar al *lounge* los ve

cantar tomados de los hombros, alrededor del piano. De algún lado han sacado cerveza y agitan vasos, vasijas y floreros, desentendidos de lo que opine el sobrecargo, Norah, o las tres chicas que la acompañan, notoriamente intimidadas por tanta pierna peluda y virilidad vocal. A las seis de la tarde el sol comienza a hundirse en el mar y atraídos por la fiesta, los soldados llenan el salón.

«Waltzing, Matilda/ waltzing, Matilda/ you'll come a-waltzing, Matilda, with me…». Un teniente altísimo toma a Guy del brazo y lo arrastra para que cante con ellos. El argumento de que no conoce las canciones lo deja con una jarra de cerveza en la mano cerca del piano, aferrado por un robusto sargento con cara de niño, que lo impulsa hacia un lado y otro. Sin chance, mueve los labios detrás de cada palabra, bebe y sonríe, resignado a la farsa. Pero apenas piensa en apartarse el grandulón lo retiene con su gruesa mano afirmada en el hombro y le resulta imposible terminar la jarra. Siempre que la vacía vuelven a llenarla. Matilda parece un chica muy popular, porque los soldados la invocan largamente, y cuando el soldado calvo, de grandes ojos saltones que está sentado frente al teclado arranca con: «I wonder/ who's under/ her balcony now/ who's kissing my gal…», todos bajan la voz en la línea siguiente, con pudor por las mujeres presentes. A Guy le parece ver a Cortés cerca de Norah, y a Olson, que va y viene por la cubierta sin decidirse a entrar, pero al rato de balancearse con los soldados comienza a sentir que su pasado se reduce y se desentiende; cada vez más liviano, su cuerpo se mece como si tomara envión, sube un escalón y entra al coro de los hombres que cantan con los cascos en la mano. Algunos llevan la cabeza vendada, hay veteranos de mirada huidiza, muchachos rozagantes como *scouts*, y todos eructan, se empujan y abrazan sin curiosidad por el mundo que los rodea, los ojos saturados de sol y de euforia mal dormida. Guy no ve a ningún famélico compañero de Steer, pero había camillas en las lanchas amadrinadas al *Talk of the Town*. Los hombres dicen presente, y eso es todo, suenan en sus oídos como un coro de iglesia, de modo que se deja llevar por el alcohol, las bromas, las delirantes voces que suben el tono y celebran vaya a saber qué. Es posible que no necesiten saberlo y él tampoco. Sólo se mecen y cantan en un inglés extraño, y a poco de imitarlos, las voces comienzan a llegarle amortiguadas, como si un tapón en los oídos lo dejara suspendido bajo el agua. Se ha tomado tres cervezas y la noche tiene el pulso de un latido que golpea en sus sienes con una ola de espuma.

Cuando cara de niño se distrae, Guy logra alejarse, da unas vueltas por el salón y finalmente se deja caer en una silla al lado de Greyfield, que mueve una pierna al compás de la música y sonríe con sus grandes

dientes.

—¿Divertido?

—Un poco, sí, estos tipos…

—Es bueno que se diviertan ahora —dice ella—. Le hace bien a las hormonas.

Guy no sabe qué contestar a eso, así que recibe agradecido la llegada de Olson, que se sienta a su lado sin interés por la fiesta y a poco de descansar las manos en las rodillas le pregunta si no ha visto el estuche de sus anteojos de lectura.

—Lo tenía ayer y no consigo encontrarlo. ¿Lo ha visto? —insiste con los ojos fijos en él, como si le preguntara otra cosa. Entonces Guy cree recordar que tenía algo pendiente, vacila y por un instante cierra los ojos.

—¿Era verde? —pregunta, y el contramaestre lo toma del brazo, lo obliga a seguirlo fuera del salón. Los australianos alborotan las cubiertas de segunda y de tercera, y unos pocos oficiales se demoran junto a las escalerillas. Las lanchas de transbordo han partido, al fondo titilan las luces de Freetown, y apenas encuentran un sitio apartado sobre la baranda Olson vuelve a interrogarlo. A Guy no le gusta el tono de su voz. Prefiere la imagen paternal de los últimos días, cuando se mostraba displicente, pero le dice que uno de los náufragos del *Málaga* se llevó algo verde en un bolsillo.

—¿Lo vio?

—Mientras buscaba a Collins para abrir el bar.

—Dígame, exactamente, qué vio.

—Dos manos y un objeto verde oscuro, quizá de cuero, que se iba a un bolsillo, entre un montón de pantalones.

—¿Pero quién se lo dio?

—Había mucha gente —dice, no sabe por qué. No tiene idea, pero más que una maniobra es una intuición.

Olson entrecierra los ojos, se rasca la barbilla y comienza a armar la pipa, despacio, como si la novedad le hubiese enlentecido la sangre y ablandado la cara. Mira de reojo a Guy, la oscuridad de los muelles, y detrás del humo pesado que se levanta del hornillo, otra vez a Guy.

—El chico va a cambiarlo por cigarrillos, la entrada a un prostíbulo —dice—, nada que vaya a durarle, pero es improbable que mi hermana me regale otro desde su tumba.

—Lo siento —añade Guy. No le cree una palabra. Le gustaría saber qué contenía el estuche, pero eso está fuera de su alcance.

—Algunas cosas sobreviven a las personas —murmura Olson recostado en la baranda—. Ella murió en un bombardeo hace dos años, me lo regaló la última vez que nos vimos y desde entonces siempre lo

llevé conmigo.

—¿Dejó la puerta del camarote abierta?

—No. Es lo que me intriga.

—¿Le faltó otra cosa?

—Nada que haya advertido —dice—, pero todavía no revisé bien. Quizá olvidé el estuche en el comedor.

Los pómulos de Olson se han alargado, puede que la luz que llega del salón haga trampas en su cara o es el coro festivo de los australianos.

—Bueno, las cosas también se rompen —le dice Guy— y un día mueren para uno.

—Es posible, sí. —Ahora Olson vuelve a prender fuego al hornillo. Un barco acaba de arribar al puerto y se distraen con el giro de las luces que acompañan las maniobras de fondeo. Se ubica al lado de un buque de guerra mientras las voces de la marinería alborotan la oscuridad.

—Hay otro asunto —dice Olson sin volver la cabeza—. Debe cuidarse de su amigo. Es muy hábil. Creemos que planea algo.

—¿De Grut?, ¿sospecha de él?

—Mi querido Guy, ciertas cosas se aprenden en la escuela. ¿Qué le llama la atención?

—Que no me diga, por ejemplo, para quién trabaja usted.

Olson demora en darse vuelta con una sonrisa de disimulado fastidio.

—Tiene razón. Pero yo no trabajo, Guy. Sólo miro el mundo hacer las porquerías de siempre. Hay mucha gente metida en esta guerra y cada uno ayuda desde donde puede, sobre todo si ya no es posible cargar un arma, como estos muchachos. Cuando llegue a Londres lo entenderá y quizá haga todo lo que esté a su alcance para ayudar. No importa cómo, todo se resolverá de una sola manera.

Entonces Olson le agradece la información, vuelve a pedirle que mantenga los ojos abiertos y después de palmearle el hombro se aleja por la cubierta. Visto desde atrás, con el saco claro y bolsudo, parece un oso viejo camino de su cueva, pero Guy ya sabe que si no descansa bien no es por las horas que pasa jugando al solitario. Al menos confirmó que el contramaestre forma parte de una tribu, como Pierre, los chicos del *Málaga*, los australianos, los belgas, los polacos. Todo el mundo forma parte de una tribu y le basta mirar los barcos que ocupan la bahía para pensar que no importa cuánto se hable de la libertad, de los derechos de las personas, nadie sobrevive solo en la guerra a la que se acerca. Tal vez porque la vida de Steer, la de Pierre, la suya, la vida de cada uno de los *aussies* que llaman a Matilda, vale menos que nunca.

TOM, TOM BADEN

Un día después de otro el cielo de Freetown amanece con el tinte violáceo de las últimas lluvias del año. Deja sobre la bahía un manto de nubes bajas que con el paso de las horas abren manchones de sol y retazos azules, nunca del todo claros ni azules. Los raids y las chimeneas de los buques suman cortinas de humo que borronean la costa, y si el aire no estuviese saturado de un vaho caluroso y húmedo ninguno de los pasajeros del *Talk of the Town* tendría la impresión de hallarse bajo la tapa de una vieja caldera. Todas las mañanas se reitera el hormigueo en los muelles, nada que pueda identificarse sin la conjetura de los *jeeps*, el movimiento de grandes cajas que suben o bajan de las lanchas, changarines, soldados, las barcas de los nativos que salen a vender sus productos a las tripulaciones de los barcos. Arriba, sobre los cerros, el movimiento en las calles muestra una alfombra más colorida que se expande y adelgaza, como si la tejieran y la volvieran a destejer.

Durante la semana varios cargueros se han sumado a los transportes de tropas, y también nuevos *destroyers* que, cabe presumir, acompañarán al convoy en el segundo tramo por el hemisferio norte. En pocos días la bahía se ha llenado de tripulaciones que no bajan a tierra pero se asoman a las bordas para recibir el embarque de pasajeros y pertrechos, a comprobar que todavía pueden confiar en que tarde o temprano se pondrán en movimiento.

Mientras la orden de partir no llega, el *Talk of the Town* es una confusión de venias y uniformes; unos corren por los pasillos, los instructores hacen sonar sus pitos junto a las escalerillas, la ropa tendida cruza las cubiertas y todos tienen una queja con el sobrecargo. Falta jabón, se corta el agua de las duchas, la comida es cada vez más desabrida. En la enfermería han caído, uno tras otro, muchos australianos enfermos de paludismo, y por momentos el aire de los camarotes se llena de hedores y tufos a fruta fermentada.

Los días de Guy empiezan con la taza de té en las manos de Eddy, que inevitablemente ha comenzado a atrasar, «son las siete y doce minutos, señor», y se prolongan en la búsqueda de un lugar despejado para trabajar en el manual. Imposible en el camarote. Steer es el primero en ocupar el baño para afeitarse y el último en abandonar la

cucheta, a la que vuelve todos los días con pereza, no importa qué hora sea, si hay alguien a mano para conversar. Ha hecho buenas migas con Pierre, que nunca tarda en ofrecer favores y le ha dado por enseñarle a jugar al Rummy. El chico de los naufragios se llama Tom Baden. Tiene diecinueve años, y unos rasgos delicados y tensos que le dan a la cara una nerviosa virilidad. Vaya a saber por qué se ha obsesionado con una camisa de seda que Guy lleva en la maleta. Apenas despertó el primer día, le pidió que la abriera, la revolvió, levantó la camisa en un puño y dijo que era suya. Guy se la sacó de las manos y le pidió que eligiera una corbata, pero el chico insistió en que tarde o temprano sería suya.

—No te la voy a robar, vas a dármela —dijo antes de irse a duchar.

Steer lo conoció en la sala del hospital mientras orinaban en la noche por una ventana porque el baño del piso estaba clausurado. Dice que es buen chico y que en realidad se llama Séptimus Caesar Augustus Thomas Baden. Lo descubrió en su tarjeta de enrolamiento y cuando le hizo una broma se puso como loco. «Así que díganle Tom, ¿quieren?, y saluden a Jerry».

Hace dos días Guy lo encontró en el camarote con el torso desnudo, tirando puños contra su sombra en la pared. Le pidió que le pusiera las palmas, pero que no le pegase. «No respondo bien cuando me pegan», dijo. Cerró los ojos, juntó aire y comenzó a saltarle alrededor y a tirarle ganchos más fuerte de lo esperable, concentrado en el lanzamiento de los golpes y desentendido, o eso le pareció, de la dirección, de lo que tuviera adelante. Guy ha estado observándolo en las mañanas y en las noches, porque en el resto del día rara vez se cruzan. En realidad no sabe dónde termina su belleza y empieza su violencia, si van juntas, o por alguna razón se mezclaron y no consigue separarlas. Lo ha visto poner una mano sobre la frente de Steer con el cuidado de una madre, y empujarlo a riesgo de quebrarle las costillas cuando el capitán intentó usarle el cepillo de dientes para limpiar sus postizos. Es posible que el muchacho tampoco sepa por qué quiere la camisa.

Igual que los demás, Guy lo ha oído hablar de su infancia en Maldon, en el condado de Essex, del abandono del padre cuando no cumplía un año, y de dos amigos con los que fundó el primer club de cazadores de pájaros de Essex, el segundo club de ladrones de gallinas de Essex (había una nutrida pandilla en South Woodham) y el tercer club de inadaptados de Essex. Saben que estuvo en Egipto, destinado en un batallón de infantería, pero no ha contado más.

Aparte de las novedades en su camarote, Guy ha estado atento a la oportunidad de una nueva conversación con Karen, pero en las pocas ocasiones en que se cruzaron apenas intercambiaron un par de bromas y nada promete que vuelvan a estar solos. El barco se ha llenado de

soldados con muchas historias que contar a una chica ansiosa de participar en la guerra, y si Guy lo lamenta no puede reprochárselo. El problema es que no le resulta fácil resignarse.

Hoy en la mañana arribaron diez australianos con cara de condenados a muerte a despedirse de sus compañeros —volverían a algún puesto de combate, pensó Guy—, y una señora con un *foulard* anudado a la cabeza divirtió a todo el mundo con sus gritos desde una lancha. Buscaba un peluquero, gritaba que un barco británico debía tener un peluquero a bordo y nadie la convencía de que no podía subir sin un permiso, y de que tampoco asistiría al *party* de la noche con el cabello arreglado. ¡No hay derecho!, gritaba. ¡Con esta humedad! ¡Con este pelo!

En la tarde Guy ha mirado junto a Norah las piruetas de un viejo negro en su barcaza, decidido a ganarse unas monedas con los pasos de «Lambeth Walk». Guy conoce la canción por la versión cinematográfica de *Me and My Girl*, pero ha leído que hasta el rey Jorge y la reina Isabel cantaron el estribillo de esa ópera bufa que el negro parodiaba sobre el agua con pasos de pavo, como si caminara por el viejo mercado. Sólo que su calle tenía tres metros de tablas y algunas estaban podridas, hacía temblar las rodillas con más energía que la gorra y cantaba a voz en cuello de una manera muy entonada, como si les dijera con sus grandes ojos: mis despigmentados muchachos, ustedes se derriten de calor y aquí está este viejo negro bajo el sol, a punto de caer al agua para recordarles que van a las calles de Lambeth donde nació esta canción.

Le arrojaban unas monedas cuando Molina se les acercó notoriamente bebido, se asomó a la borda, miró al negro y se puso a hacer unas piruetas de flamenco hasta conseguir que lo rodearan varios chicos. Deformaba los pasos con torsiones graciosas que no perdían encanto, y Guy se alegró de que su amigo cambiara las quejas por la energía de un bufón, pero entonces Molina se acercó a Norah y la tomó por los brazos.

—No me toque —dijo ella con aspereza, y el andaluz insistió.

—¡Le dije que no soporto que me toquen!

La intención parecía ingenua, quizá dar unos pasos con ella o comérsela a besos, nada más ingenuo que el alcohol.

—Pero guapa…, pecado, navaja —se quejó mientras la tironeaba, y como Norah ya empezaba a gemir y su cara se deformaba no sólo por el asco, de la boca asomaba la humillación por mostrar ese rechazo delante de todos, Guy adelantó un paso y le dio a Molina un empujón que lo arrojó al suelo.

En pocos segundos, como estalla una caldera bajo presión, Norah

corrió en un ataque de llanto y Molina se le vino encima. Pero de algún lado apareció Tom, le pegó a Molina una trompada en el pecho y volvió a tirarlo, esta vez contra una mampara. Quedó el andaluz atontado, y cuando Tom se preparaba para volver a golpearlo Guy se le echó arriba y le amordazó los brazos. Dieron unas vueltas de trompo y dos segundos después de oír el grito alarmado de Steer, el muchacho empezó a sacudirse, los ojos se le pusieron blancos, le salió espuma por la boca, se derrumbó a los pies de Guy y quedó agitándose en el suelo como un muñeco de cuerda. Unos corrieron a la enfermería, otros intentaron apretarle las piernas, evitar los golpes de la cabeza, meterle un trapo en la boca.

Otra vez el teléfono. Una voz de gallina atorada dice en el contestador que si mañana en la mañana Rolando no paga, pasarán a jurídica la ejecución de mi garantía. Un auténtico martillo. Ahora tendría que llamar a Rolando, cobrarle unas cuantas explicaciones sobre la enfermedad de su mujer, oírlo enumerar las deudas de la librería, los problemas con el hijo, los malos tiempos, y dejar a Guy en el limbo que desde el episodio en la cubierta lo separa de la superficie de los pasillos, las voces y todo lo que roza. Me lo pienso un poco, y me olvido de Rolando.

La lengua de Guy se ha vuelto a entumecer y va por segunda vez a la enfermería a preguntar por Tom. Ha dejado correr unas horas y Clark lo hace pasar. Entonces lo ve en una camilla con ojos de pescado, vacíos y vivos sin embargo, entre el blanco de las sábanas, de los guardapolvos, duros y omnipotentes como los de un recién nacido, o los de Carmen, cuando se paseaba por la casa con los ojos igualmente neutros, con pasos de pitonisa. Las dos cosas lo asedian durante el resto de la tarde y una creciente tensión en el cuello lo obliga a fumar un cigarrillo detrás de otro, a evitar volver sobre sus recuerdos y rechazar la cena. Necesita abandonar el engaño de sus nervios, así que unas horas después, al toparse con Molina en un pasillo, hace un esfuerzo para aceptar la invitación y seguirlo al bar.

—Me salvaste la vida —le dice Molina apenas Collins deja los Martini sobre la mesa.

—Pe, p, pero sos un a, a, ani, mal. ¿Có, co, co, cómo vas a, a, a tra, tra, tar a una mujer as, as, í, co, co, contra su voluntad?

—Joder, no sé si ha sido el calor o qué, me tengo desconocido. Es que de verdad anoche estaba irresistible.

—¿A, anoche? No sé q, qué pa, aaasó anoche, pe, pero hoy t, t, te pooortast, t, te co, como un cerdo.

—Lo sé, lo sé —dice Molina y baja los ojos—. Es que se me ha despertado el chulo que daba por muerto. Tuvimos una picante

conversación ayer. No sé qué gusto encuentra esta mujer en cocinarse por dentro. Pero su cuerpo, Guy, los pechos, las piernas, los ojos, me han puesto loco.

Guy le aconseja que le pida disculpas con un buen regalo y se desinteresa, sin ganas de seguir sus confesiones. Lo oye sin embargo, a destiempo, porque continúa a dos velocidades, y una es vertiginosa. Pero quiere parar, y cuando termina el Martini abandona a Molina. Una niebla envuelve el puerto con largas gasas entre las que asoman fragmentos de barcos, proas, y unas pocas luces. Le gustaría ver el cielo, despejar la cabeza en algo indudable, Freetown o el edificio de la comandancia, pero todo se ha confabulado para obligarlo a sudar, el episodio de la tarde, los ojos de Tom y, poco a poco, de la noche blanca irrumpen los jadeos de las parejas ocultas en los botes salvavidas, bajo las escaleras, en cualquier rincón donde se cierre y deshaga la bruma. Los ahogos y gemidos levantan una rara agonía que por momentos se aviva, acaban unos y empiezan otros: «Sí, sií, nnno, da, da, co, co, asssí», que en los oídos de Guy parecen una burla. Huye con la rapidez de una monja. Pero de pronto cree reconocer a Greyfield y a Clark bajo la lona de un bote mientras alcanzan un orgasmo, y demorado por la curiosidad, o la malicia, poco después escucha que Greyfield la emprende contra Norah, Olson, Cortés, y sobre todo contra él: «Ese payaso de Guy, con esos aires y esas pretensiones, te apuesto lo que quieras a que es impotente».

Entonces se repite que eso no pesa nada frente a la mirada de Tom que tiene clavada en los ojos. Pero no es verdad. Las voces en la cubierta han terminado de anudar un viejo asunto. Si después de dudar en el pasillo unos segundos, acaba por aceptar la invitación a jugar una partida de póker en el camarote de Olson, con Pierre y Cortés, es porque no quiere recordarlo. La intención con que se armó la mesa le importa poco. Deduce que Olson pretende estudiar a Pierre en la baraja. Él sólo necesita olvidar los primeros borocotó chas chas que anunciaban las llamadas en el Barrio Sur, el corso por 18 de Julio, la promiscuidad de los disfraces durante los carnavales. Sobre todo las horas de espera con el antifaz y el traje de dominó, cuando encorvado para disminuir su altura, se obligaba a seguir los pasos de Carmen sin que lo reconociera.

En febrero la rígida palidez de Carmen se desvanecía y el llamado de los tamboriles la llevaba a darse largas duchas frías. La mirada eclipsada por años de sufrimiento que nadie había podido ni querido acompañar, de un día para otro se humedecía. Se arreglaba el pelo y se depilaba las cejas, comenzaba por pintarse los labios, seguía con las uñas de los pies y terminaba en una falsa resurrección. «Le pido que me

escuche, tiene esquizofrenia. Naada pe, personal. Le pido, po, p, p, por favor, no se la coja».

—¿Quién da?

—Que sea Cortés —dice Olson. Pero Cortés está sirviendo los tragos —. Podemos esperar —insiste.

¿Quién iba a preocuparse por eso en medio de los manoseos, el anonimato de las máscaras? Carmen no tenía la astucia de las mujeres que entraban disfrazadas a las casas de citas, ni el pudor de las que cruzaban los brazos y no se dejaban besar. Iba a la noche despojada, con sus escotes y sus toses, porque las duchas a mansalva le iniciaban ya un foco de tuberculosis en los pulmones, y Guy detrás, doblado con su traje de rombos y su careta, a intentar salvar lo salvable.

«¡Qué hacés, jorobado de Notre Dame!», le gritaban algunas máscaras. Pero Guy seguía apurado por sobornar a los mozos y los barman, que imaginaban una trama de celos. Desde el momento en que Carmen entraba a un baile, muchos hombres la buscaban, atraídos por la confusión de su locura con la misma fría concentración de Vivien Leigh, escribe Arturo, o la sensualidad de Susan Hayward, cuando Carmen abandonaba la rigidez (¿qué edad tendría?). La mitad del tiempo la pasaba Guy escondido detrás de las columnas de la entrada. No le importaba que bailara, ver los permisos que se tomaban con ella, pero permanecía atento, y espantaba a las mujeres que se acercaban a distraerlo.

—Yo no voy —dice Cortés.

—Tampoco yo —añade Guy. Olson y Pierre han estado subiendo las apuestas; esos dos no terminan de jugar. Entonces se desentiende y pasea la mirada por la oscuridad apretada en el ojo de buey, las paredes del camarote, el silbato náutico que cuelga de un cordón rojo.

Una noche, muerto de sed, corrió al bar por cinco minutos y al volver ya no la encontró, ni a ella ni al galán de turno. La atajó cuando corría hacia la entrada con el abrigo y la cartera, y el tipo bajó como una flecha del auto que ya tenía estacionado en la puerta.

—¿Pero usted qué se cree?

—Soy su hermano —le dijo Guy mientras se quitaba el antifaz.

—¿Y a mí qué me importa? Su hermana no es ninguna menor, es libre y dueña de sus actos —insistió. Tenía el pelo engominado, peinado hacia atrás, la cara franca y lampiña.

—En eso se equivoca —le contestó Guy, pero no llegó a explicarle. Carmen se le echó encima:

—¿Qué te metés?, maricón de mierda. Rajá de acá, idiota. —Lo empujaba con el abrigo y la cartera, mientras adentro los Lecuona Cuban Boys cantaban que el amor «es sabroso y dulce como el mamey».

Guy le rogó que se callara y, alarmado, el tipo se pasó una mano por la cabeza. Pero ella siguió, incapaz de parar de insultarlo: «Capón, ridículo, andá a hacerte una paja». Si una sola vez se mostrara así delante de un juez o de un psiquiatra, que sólo le conocían el rostro de mártir, todavía se podría hacer algo, pensó, pero tenía que ser ese monigote el único testigo…

—Estás muerto, vos sos un tipo sexualmente muerto —le dijo de pronto—. Nunca vas a entender que una mujer necesita la crema.

Entonces el galán dio un paso atrás. Quería irse, mejor con ella, pero se daba cuenta de que Carmen se había desinteresado, y Guy trató de hacer que parara.

—Callate de una vez, por favor. Si no es por mí, aunque sea po, p, por él —dijo y señaló al galán, que no dejaba de mesarse el pelo.

La respuesta llegó con el furioso tono de la abuela:

—Hablo así por culpa tuya. Por tu culpa, cretino. Impotente de mierda.

El galán estaba afuera, cualquiera podía saberlo. Nada tenía que hacer en esa pelea entre hermanos. Dio otro paso de fuga, «perdonen, che, que lo resuelvan», dijo, corrió a su coche y arrancó. Los dos lo miraron partir aplastados por el silencio que siguió al chirrido de las ruedas. No lloró. Carmen no lloraba nunca. Giró y volvió a entrar al baile.

—Pierna de damas —dice Olson y muestra sus cartas. Pierre arroja las suyas boca abajo. Ha estado diciendo que no se lleva con los diamantes y el contramaestre junta los billetes de la mesa.

—Al menos sabemos que cuando acabe la guerra no se dedicará a robar joyas —lo provoca Olson y todos sonríen mientras Pierre tironea una pelusa del paño.

—Claro que siempre sería mejor que trabajar para un siciliano —le responde.

—En eso estoy de acuerdo —agrega Cortés mientras le alcanza el mazo a Pierre—. Es lo que digo, sin ánimo de discutir: el mundo terminará con los patrones.

Entonces Guy acaba el tercer vaso de vodka y cierra los ojos, indiferente al juego. Recuerda una canción y la tararea para sí, dejándose envolver por la vaga melodía.

Hubo otra noche en el Solís. Carmen iba disfrazada y prevenida contra cualquier hombre vestido de dominó, pero Guy no había cambiado el disfraz, que le resultaba fácil de quitar, y entonces ya contaba con la complicidad de los porteros, tipos que conocía de los teatros y los cines, a los que siempre había dado buenas propinas. Después de mostrarles al acompañante, si alguno lo veía salir debía

decirle: «Lo llaman por teléfono, señor, es urgente». Era fácil que el hombre se lo creyera, que llegara a él, de pie junto al teléfono, con la advertencia preparada. Pero esa noche las cosas no salieron como esperaba.

Un tango de D'Arienzo soltaba los violines sobre la alfombra roja del patio de butacas, delante de los bailarines. Las luces crecían con el jazz y se atenuaban en los tangos con una bola de espejo. En las secuencias de tangos Guy siempre se iba al vestíbulo porque Carmen se conformaba con mirar, no era de acercarse a un hombre por que sí y tampoco aceptaba como compañero a cualquiera. En noches así, Guy la observaba mirar a las parejas, inclinada hacia adelante, con las manos nerviosas y juntas en el regazo, y se llenaba de vergüenza. Le cerraba la puerta del amor, ¿con qué derecho? Oficialmente nadie había reconocido la enfermedad de su hermana y se apoyaba en una convicción, pero la certeza lo arrastraba a una bondad canalla y sin salida.

Se fue al vestíbulo y el embaldosado italiano de grandes losas blancas y negras, las arañas, las columnas, le resultaron odiosas, igual que las carcajadas de la mujer que refrigeraban tres viejos con sus pomos de éter sobre el escote. Pasó un camión frente al teatro, lleno de morenos que regresaban del corso a las tenebrosas calles del Barrio Sur, y de pronto vio su figura en un espejo. Se había quitado el antifaz y tenía las mejillas brillosas de sudor, un sudor frío, porque estaba exhausto, con los ojos más hundidos que nunca, y el patético disfraz de dominó le colgaba, inmerecido y flojo sobre los huesos. Sintió náuseas y le dieron ganas de largarse. ¿Qué mierda estoy haciendo? Y en ese momento apareció el galán en el vestíbulo. Era un juez joven, de barbita candado y mirada altanera, un tipo que Guy ya conocía por la sonrisa de desprecio con que disimulaba su mediocridad. Le dio asco hablarle, no sólo por el paso compadrito que traía; en ese momento le cayó encima la truculencia del trámite, un cansancio de corredor de fondo que el espejo le devolvía sin atenuantes. Apenas podía con la vida. Pero se lanzó, más tartamudo que nunca, a detenerlo.

—¿Cómo, Miso, tan pronto se va?

—Usted, che, ¿qué hace acá, con ese dominó, en vez de divertirse adentro?

—Esp, peero a alguien.

—Ya sé a quién espera, pero puede esperar sentado porque ya se fue —dijo con una sonrisa que era como para romperle la cara. Tener que hablar, tener que tartamudear en esos momentos le resultó un suplicio.

—N, n, no es cierto. Si hablamos de la misma pe, p, pe, persona, me consta q, que, q, que no es cierto. —Tenía que seguir sin embargo, y

hacerlo hablar porque Carmen acabaría por salir. Entonces vendría la pelea de siempre, la furia, las obscenidades, y se acabaría otra noche.

—Yo diría que sí, che. Pero le voy a decir otra cosa. ¿Por qué no va a un psiquiatra, y se hace ver?

—¿Yo? —Para sacar una sonrisa tuvo que hacer un esfuerzo extraordinario.

—Sí, usted. Carmen me ha tenido al corriente de la vida que le da. Usted y su padre. Por la forma en que la torturan, por las cosas de que la acusan, parecen dos paranoicos. Como juez, tuve que leer un poco de psiquiatría, ¿sabe? Y si siguen así, donde se descuiden van a encontrarse con alguien que los encierre a los dos.

—P, pu, p, p, pues no ha leído lo b, b, baaa, b, baastante —dijo, cuando ya sabía que el sarcasmo estaba malogrado.

—Che, Delatour, los días que está así, ¿por qué no elige palabras más sencillas?

—P, po, p, porque no se me da la realísima ga, g, g, g, gaaana. —La contestación hizo reír al juez, pese a la saliva que le escupió encima.

Un futbolista pasó con un frasco de éter detrás de una gordita y se pusieron a girar entre las columnas de una salida lateral. El juez los siguió con la vista y volvió a enfrentarlo.

—¿Quiere un consejo de amigo? Deje a su hermana en paz. Yo no tengo nada que ver con ella, pero creo que tiene derecho a hacer su vida. Después de todo, ¡estamos en 1938! (entonces Carmen tenía veintisiete años y Guy veintinueve, ya hablaba en la radio, era la estrella de la revista, había dado la conferencia sobre Lorca).

—¿Hacer su, s, su vida? Si su hermana viniera a estos ba, b, ba, bailes, no le llamaría usted l, lo, l, lo, lo mismo.

—No se meta con mi hermana, que es otra clase de persona.

—¿Y entonces, q, q, q? —Desistió de completar—. Usted p, p, pr, prefiere p, p pensar que la locura de Carmen no es, nnno es mental, ¿no?

—Allá ella. Vivir y dejar vivir. ¿No le parece?

—Compadezco al litigante q, q, q, que se vea f, f, f, —Guy volvió la cabeza a un lado; con una escupida ya estaba cumplido— f, f, forzado a co, c, co, comparecer en su juzgado. Ya hemos tenido q, que ver con dos jueces co, co, como usted. Acá los psiquiatras no saben nada de su oficio, ¿van a saber los jueces? —Le había salido una frase limpia y se animó—. Lo peor es que una sociedad de ignorantes, y de cobardes, espere y haga esperar que un enfermo me, mental haga algo irremediable, p, pr, pr, prenda fuego a su casa o mate a alguien. Nosotros pedimos ayuda, queremos que se cure. Es to, todo lo co, contrario de lo que cree.

—Hay una sola persona que puede ayudar en casos así, y es el médico.

—De esto, aquí, l, l, looos, los…

—Médicos —lo ayudó Miso con una sonrisa.

—De esto no s, ss, sss, saaben nada.

—Así es como hablan los locos, che. Todos dicen que los psiquiatras no saben nada.

Guy respiró profundo para poder hablar de corrido, por lo menos unas pocas palabras.

—Excepto uno, cuyo nombre no le doy p, po, p, porque usted no es quien para estropear un t, tra, t, t, tra, tratamieento. Ya sabrá quién es si le hace un hijo a mi hermana y el médico confirma frente a un tribunal que se trata de una incapaz. No p, po, p, podrá decir que no se lo advertí.

Pese a que acababa de amenazarlo, el juez volvió a reír.

Una máscara alta, disfrazada con un kimono, dos enormes crisantemos sobre una peluca de cerda y un antifaz que le cubría el rostro hasta el cuello, pasó junto a ellos y siguió hacia la puerta. Apestaba a L'Orgie de Myrurgia, un perfume que Carmen nunca se habría puesto. Iba en puntas de pie y oscilaba un poco a un lado y otro, como si hubiese bebido en exceso. Pero al llegar a la puerta tosió y Guy la reconoció enseguida. Era del único pulmón sano que le quedaba, un espasmo corto y sin fuerza, como si tosiera un gorrión.

Al verlo todo perdido, Guy se aflojó.

—Ahí acaba de pasar Carmen —le dijo—, se ve que cambió el disfraz con alguna amiga, pero la reconozco a una legua. No me engañan ustedes. Si cree que mentí y sigue adelante, at, t, t, te, eeéngase a las consecuencias.

Miso lanzó otra risotada y salió a las escalinatas seguido por Guy. Carmen no estaba en la explanada, pero el juez tenía el coche estacionado frente al Tupí Nambá y al abrir la puerta, Guy divisó uno de los crisantemos de la falsa geisha.

—Póker de nueves —dice Cortés y muestra, despacio, las cartas sobre la mesa. Pero Pierre deja caer una escalera de corazones.

—¿Cómo? ¿Y pediste tres cartas? —se queja el arquitecto.

—Vamos, muchacho, tomaron el Palacio de Invierno. No puede sorprenderte la audacia.

Olson comienza a juntar las cartas y le pide a Guy que pare. Va por el quinto vaso de vodka, las gotas de sudor resbalan por sus patillas y yo me digo que también merezco un trago. Voy a la heladera a buscar hielo. Pongo a sonar a Gillespie y me dejo caer en el sillón. Ese tipo… La velocidad de Gillespie me arroja contra la noche y la hace dar

vueltas alocadas alrededor de Guy, su desesperación y su silencio, todo enloquecido y sin tregua, una gran bola. Dentro de poco caerá dormido como un bebé, me consuelo. Tiene que caer.

DOS FÓSFOROS, UNA PLUMA

—¿Ya saben la noticia? —dice Greyfield y se sienta a la mesa junto a Clark—. Nos vamos mañana.

Las miradas se disparan de los platos a sus ojos, mientras ella sonríe.

—¿Qué, no íbamos a envejecer acá, no? —Recoge, desentendida, una servilleta, y por un momento parece que los demás aguardaran a que ordene su almuerzo.

—Bueno, será un alivio —comenta Norah.

—¡Volver a respirar aire fresco! —se superpone Cortés.

—Eso depende de que no nos corten el resuello —agrega Greyfield, contenta de cerrar el nudo y volver a concentrar las miradas.

—¿Qué, también oyó lo de la escuadra japonesa? —dice Olson. Ahora es ella la que escudriña los ojos movedizos del contramaestre.

—Escuadra japonesa… ¡No jorobe! ¿En el Atlántico?

Pierre suelta la risa y se recuesta.

—¡Qué manera de inventar!

—Los japoneses están muy ocupados en el Pacífico —insiste Olson con falsa solemnidad—, pero parece que han distraído cuatro piraguas para darle a Hitler una mano acá. Por absurdo que suene, oí ese anuncio de siete personas distintas.

—¡Por no hablar de las góndolas venecianas! —vuelve a reír Pierre.

—Pueden burlarse todo lo que quieran —los interrumpe Greyfield—. Yo oí una versión mucho más lógica, pero ya no tiene caso repetirla. Si el contramaestre fuese un juez menos temible…

—Me halaga, querida. No se intimide, diga, siga adelante.

—De ninguna manera. No voy a molestar a un viejo lobo de mar con nimiedades de último momento. Ya se le quemará la sopa.

—Pues yo le diré una, para que no me guarde rencor. Muy felizmente, acaban de arreglar la segunda caldera. Todo el viaje a Freetown lo hicimos con una sola.

—¿Eso nos hará ir más rápido? —pregunta Cortés.

—En caso de necesidad —aclara Olson, mientras Pierre se inclina sobre los garbanzos de su plato. No tenía ninguna necesidad de revelarlo, salvo que por algún motivo haya querido pasar el dato. Cuando Pierre vuelve a levantar la vista, dice que dado que todos tienen anuncios, también él puede permitirse uno: mañana su hijo

Jean-Loup cumplirá un mes. Lo felicitan con un brindis y los hombres prometen un festejo mejor regado en la noche. Ya no vuelven a hablar de la partida del convoy, Jean-Loup ha despertado el instinto de las mujeres y la mesa se llena de cuentos de niños, pero la tarde los encuentra asomados a la borda, por turnos más o menos regulares, atentos al movimiento en los muelles, al vuelo de los albatros, las lanchas de amarre. Los barcos no se han movido, hasta donde logran contar ya suman más de veinte, y todo lo que han visto durante diez días vuelve a mostrarse como si saliera de una nube y vieran Freetown por primera vez.

Molina ha ido al camarote de Norah con una canasta de flores que encargó en la mañana y ahora le dice a Guy que ha sido perdonado. Cree que puede lograr nuevos avances, si domina «al enano», dice, «porque de verdad, Guy, esta tía me tiene hecho un brasa». Guy la escuchó discutir hace apenas unos minutos, pero no se lo cuenta. Iba camino a la enfermería a preguntar por Tom cuando a punto de cruzar un pasillo oyó que alguien chillaba a voz en cuello:

—Francamente, yo pensé que esos desvergonzados venían solos, y por eso me fui a quejar al capitán.

Apenas se asomó un poco, vio a Norah a punto de entrar a su camarote, acosada por una de las tres enfermeras que subieron al barco con los australianos. La mujer iba de un lado a otro por el corredor, apoyaba los puños en sus caderas y la papada ajada y sudorosa le temblaba de indignación.

—¿Y sabe lo que me contestó? —continuó acercándose a Norah, que no soltaba la mano en el picaporte—. Que lo sentía, pero no podía hacer nada, porque había alguien responsable por ellos. Casi me caigo de estupor. ¿Responsable?, ¿quién?, ¿cómo? ¿Y todavía me pregunta qué he visto? No he visto nada, ¡pero oír…! ¡Lo que se dice oír…! ¡Y son todos menores! ¡Qué guardan para los cuarenta años! No se puede dar un paso en la noche, en este horrible barco, sin escuchar, vaya a saber de qué rincones salen, las inmundicias más grandes, ¡cosas que se supone sólo deben oírse en los burdeles! No me diga que no sabe lo que pasa acá. ¿De qué es responsable, usted?, ¿en qué?

Entonces Guy cruzó el corredor y al escuchar la voz de Norah se recostó en una mampara. A pocos pasos la escotilla daba a la cubierta, y la cubierta al exceso de luz, al calor, al tedio. Encendió un cigarrillo.

—No de su vida privada —dijo Norah—, ¿o cree que voy a pasarme la noche recorriendo los camarotes con una linterna? Esto no es un colegio, ni un internado de monjas. Estos chicos van al ejército, a la marina, a la fuerza aérea, y si se los considera lo bastante mayores para morir, también pueden serlo para todo lo demás. ¿O usted prefiere que

mueran pero no se besen?

—¡La muerte, claro! ¡Qué gran pretexto! Usted es una desvergonzada como ellos.

Norah abandonó el picaporte y se acercó a la enfermera.

—No se lo permito. Ni a usted ni a nadie. Tengo una moral que no es mezquina. Si a usted le preocupa el sexo, a mí me da náuseas, ganas de vomitar. Pero eso no me obliga a negárselo a los demás. Es su vida, y que cada cual se acomode.

—¡No! ¡No! ¡Porque son menores!

—Lo dicho, no son una raza aparte. Que yo sepa el hombre empieza en la niñez, y las mujeres también. Y además, no tengo por qué darle explicaciones. —Volvió a girar hacia la puerta mientras la mujer intentaba tomarla de un brazo.

—Se las dará al comandante cuando lleguemos a Inglaterra, puede estar segura de eso. Tendrá que explicar cuál ha sido su responsabilidad.

—Puedo decírselo ahora —le contestó Norah apartándose de la mano que intentaba detenerla—. Impedir que molesten, tratar de que se respeten entre ellos y mantengan el orden. Eso empieza a las siete de la mañana y acaba a las diez de la noche, cuando no viene una chica a moquearme sus problemas sentimentales. El resto es de ellos y su conciencia. No voy a andar husmeando a ver dónde se esconden y qué hacen hasta la madrugada. No soy su madre, ni su tutora, ni su sargento, y no ando por las cubiertas a ver qué cosas escucho.

—¿Me lo reprocha? —La enfermera alzó las cejas y dio un paso atrás —. En la enfermería casi no se puede respirar. Acabamos el día reventados y es imposible dormirnos enseguida. Salgo a tomar un poco de aire ¿y con qué me encuentro? Con las cochinadas más espantosas…

—Mire, ¿por qué no les habla y les explica? Sería interesante que les dijera por qué razones, a pocas horas de ir a pelear por la libertad, nos insultan a todos buscando los brazos de otros.

—Todo eso son palabras —se quejó la otra—. Nada más que palabras, ¿me oye? No es por miedo que se ceban. ¡Es por vicio! Usted habla como si no supiera que una ley universal condena el amor entre menores.

—Otra ley condena el asesinato —dijo Norah mientras abría la puerta—, y acá estamos, hundidos hasta el cuello en un asesinato monstruoso, pero usted se preocupa por el decoro. Buenas tardes —dijo y se encerró en el camarote.

A Guy le dieron ganas de aplaudir. Y se puso a aplaudir con el cigarro en los labios. Golpeaba las manos con las palmas ahuecadas, de las que nacía un compás pausado y fuerte, mientras oía acercarse los

pasos de la enfermera.

—¿Y usted, qué hace? —le preguntó ella apenas lo descubrió.

—¿No ve? Aplaudo —dijo, y se hizo a un lado para dejarla pasar, sin abandonar el ritmo de las manos.

—No se atreva a pisar la enfermería —lo amenazó, también con el sudor de la barbilla, y se fue hecha una furia.

Guy ha quedado intrigado por el rechazo de Norah al sexo y por eso le dice a Molina que encontró a Tom Baden mejor, aunque no lo ha visto. No quiere enredarle más la cabeza. Alza los ojos a la colina, donde vuelven a asomar los cuatro bimotores que han estado rondando el cielo de la bahía y de pronto percibe un aire más fresco; puede que venga otra lluvia o sus sentidos hayan decidido empujar las ganas de partir con un engaño. Durante todo el día corren los rumores, sin confirmación, pero los instructores han pedido a la tripulación que retire la ropa colgada en las cubiertas y a falta de una comunicación oficial, novatos y soldados dan por hecho que será la última noche en Freetown.

Con el correr de las horas muchos pasajeros comienzan a comportarse como si despertaran de un letargo y otros se muestran repentinamente temerosos, con la mirada vacilante sobre las cosas que tienen cerca. Olson ha vuelto a convocar a su camarote después de la cena para celebrar el mes de Jean-Loup. Sin duda es el más cómodo, y el contramaestre ha decidido tener a Pierre lo más cerca posible. Pero Guy no quiere aceptar otra noche de alcohol, y a poco de salir del comedor se distrae con unas luces blancas que brillan y se apagan a intervalos regulares desde la costa. Entonces ve acercarse a Pierre con una linterna en la mano y se adelanta a su encuentro.

—¿Vos conocés el alfabeto Morse?

—Claro. ¿Cómo iba a ser piloto, si no? —le dice sorprendido.

—Así que podés decir «okay», con tu linterna…

Por toda respuesta Pierre hace parpadear varias veces el ojo abierto del foco, como si estuviera diciendo: todo va espléndidamente, repito, espléndidamente bien.

De inmediato se encienden tres luces en la costa, y las tres se apagan y se vuelven a encender. Entonces Guy le saca la linterna de las manos y se la apunta a la cara.

—Te estaba buscando —se defiende Pierre con una sonrisa—. Hay función de cine en la cubierta de tercera y nos invitaron. ¿Querés venir?

—¿Y la fiesta de Jean-Loup?

—Pasamos a saludar, vemos qué tienen y después nos vamos. ¿Qué te parece? —insiste, mientras lo arrastra de un brazo.

Se deja llevar; no lo atrapará sin recursos para disimular lo que sea que oculte detrás de su cara de niño, del vivo arrebato de sus ojos nunca del todo francos ni faltos de entusiasmo. Si Olson tuviera esa seducción, es probable que se hubiese puesto de su lado desde el primer momento.

Antes de bajar las escalerillas, Pierre recoge un bulto y mientras descienden le dice que todos tienen derecho a olvidar. No comprende qué quiso decirle hasta que atraviesan una vez más los grasientos pasillos que conducen a las cocinas, y a poco de saludar y entrar a un atestado camarote, Pierre le dice a los muchachos que dejen el *omele* porque les trae algo mucho mejor. Han estado bebiendo esa gruesa destilación de caña que preparan los nativos, y entonces saca de la bolsa dos botellas de guindado que levantan gran entusiasmo. ¿Dónde consigue esas cosas?

Enseguida les hacen lugar. Hay una docena de voluntarios sudados y ojerosos; algunos permanecen de pie y comienzan a pasarse la botella de mano en mano. Al que lleva la voz cantante le dicen el Mono y están discutiendo qué alcance tienen las minas de fragmentación, cómo se dice tabaco en alemán, el antisemitismo en Argentina, todos los temas se cruzan y se mezclan.

Uno le pregunta al Mono qué va a hacer cuando llegue a Varsovia y él dice que volverse a Buenos Aires.

—¿Cómo?, ¿no te vas a quedar?

—¿Estás loco? ¿Dónde voy a encontrar una mozzarella chorreante, llena de tomate, orégano, morrones y aceitunas, como la de Las Cuartetas?

—Dejate de joder, Mono, no me la recuerdes que me dan ganas de llorar —dice uno.

—En ningún lado voy a estar mejor. Yo entré en esto porque si no, mi viejo se volvía loco. Pero en primer lugar soy argentino, en segundo lugar judío, y en tercer lugar polaco. Y vaya a saber si nos dejan entrar.

—¿Cómo, si nos dejan? —lo interrumpe Guy—, ¿no vas a luchar?

—Sí, claro. Y de nuevo a casa. ¿Sabe qué? Un amigo ya estuvo en Escocia, y se hizo dar de baja. Me dijo que los oficiales polacos odian a los voluntarios judíos, que ahí el oficial que no es conde, es príncipe, y la mayoría de los oficiales de carrera son grandes señores, terratenientes o militares, y católicos, muchos antisemitas.

—No te confundas, Mono —lo interrumpe otro—, los oficiales de carrera tienen disciplina, una moral…

—Disciplina, puede ser. La moral… Me dijo Jerzi que muchos se casaron con escocesas, de nariz para arriba, y ahora son bígamos, porque tienen familia en Polonia.

—Jerzi es un gran mentiroso. Puede que alguno se haya…, pero la mayoría quiere luchar por la patria, lo sé porque mi tío es uno de ellos.

—Y bueno —le dice el Mono—, quedate con él, y cuando vuelva te mando una pizza.

Los demás ríen hasta que un pelirrojo corta la jarana:

—Si llegamos… Dicen que antes de pasar Gibraltar nos esperan dos submarinos. A algún barco le van a dar.

—Vamos, muchachos, no hay que pensar en eso —los interrumpe Pierre, sentado en el extremo de una cucheta—. Le prometí, acá, al amigo, una función de *Lo que el viento se llevó*. ¿Hay cine o no hay cine?

El Mono ladea la cabeza con una sonrisa mitad canchera, mitad avergonzada.

—Dale, che —le insisten—, no te hagas rogar.

Después de dudar un momento el Mono dice: «Prepará los fósforos, petiso», y de un salto llega al baño. Agarra una barra de jabón amarillo y pasa el índice enjabonado por varios puntos de unas siluetas de cartulina que saca de un bolsillo del pantalón. Las pega en el reverso de tres hojas de papel blanco y cuando apagan la bombita del camarote y el petiso le enciende, detrás, el primer fósforo, Guy confirma que está delante de un *cinéma cochon*. Las sombras chinescas repiten, a medida que el Mono mueve las hojas, una pornografía de figuritas para entretener a niños de diez años, en medio de risas y gritos de aliento. Se la pasan mucho mejor arriba, piensa Guy, pero eso seguramente ya lo saben y en las noches salen a tomar el aire, como la enfermera.

Está de pie, sobre la puerta, junto a dos muchachos cubiertos de acné, y el palito que le clava una figura a la otra con una sola y reiterada idea en las manos diestras del Mono, poco a poco va despertando en sus oídos un estruendo de bombas y metrallas alrededor de esas dos sombras que se machacan, se juntan y destazan en posiciones absurdas; dale, Monito, dale, unas piernas se abren, descaderadas y rectas, con ridículas convulsiones; más fuerte, vejiga, que se vea; a una figura le falta un brazo, la otra se quiebra como una rama con la cabeza suelta, cae de rodillas y el palito le entra por el ojo, por la boca, insiste en penetrar, horadar la oscuridad, mientras un fósforo se apaga y la siguiente bengala vuelve a iluminar la mitad del cielo sobre esos cuerpos que se agachan, se traban, forcejean, ¡matala, Mono!, hasta que de las dos, una sobrevive, porque de pronto la otra se desmorona, lenta, en medio de las risas, sujetándose de una gomosa y líquida mancha de jabón.

Ahora Pierre los felicita y se pone de pie, les pide que no abusen del juguete y después de alzar una mano en señal de despedida, Guy lo sigue por el pasillo sin saber si tuvo una alucinación o vio un anticipo

de lo que ha estado buscando con la ingenua pretensión de salvarse. Entonces Pierre lo palmea y le pregunta qué le pasa, porque le ve mala cara. Pero lo que Guy acaba de entender es que va a entrar a la gran orgía, y como ya es tarde para arrepentirse, le dice que sólo se siente un poco mareado. Que se adelante, y después pasa por lo de Olson.

—¿Estás seguro? Puedo acompañarte.

—No, no, andá —le insiste, y enciende un cigarrillo.

Ha quedado al otro lado de la bahía, frente al horizonte marino donde apenas divisa la silueta de dos barcos fondeados, y después nada, la negra boca del océano que poco a poco ilumina una luna salida detrás de las nubes como un enorme farol a mantilla. No sopla una brisa, por momentos el agua se enciende de plata y duda de que sea capaz de llevar otra vida. Hasta las sombras chinas siguen siendo más poderosas que la monstruosa luna que tiene delante, y todo lo que lleva es una carta de recomendación para *Miss* Balliol, en caso de que se atreva a molestar a una funcionaria del gobierno y a ser uno más en la multitud de tipos que se rebuscarán la vida en Londres, entre oficinas y escombros, irremediablemente lejos de la notoriedad de que gozaba en Montevideo. Era fácil, sólo tenía que lucir un bombín, dominar la lengua, ocuparse de las Brontë o Shakespeare, engañar y engañarse a sí mismo con el corte de un *smoking* y una pajarita que allá no le servirán de nada. Ni siquiera conoce la edad de Balliol, si se muerde las uñas o nunca sale de casa sin el remedio para la gota. Y lo único verdadero en todo el asunto es, quizá, el abatimiento de un cuerpo sobre otro que acaba de ver en las manos del Mono.

El ruido de las ollas y platos que llega de las cocinas le recuerda que tiene una cita y por no abusar de sí mismo comienza a subir las escaleras sin ganas, con la sospecha de que cuando llegue a su cubierta irá derecho al camarote y tratará de dormir. Pero a poco de iniciar el ascenso lo sorprenden las voces de un coro: «Underneath the arches/ I dream my dreams away,/ Underneath the arches/ On cobble stones I lay,/ Every night you'll find me…».

Entonan unos y desafinan otros, no logra adivinar de dónde llegan. Todavía está en la cubierta de segunda, lejos del *lounge* o el bar, y aunque ya pisa el nuevo escalón, decide andar por el pasillo que conduce a la proa. Entonces descubre unas cabezas o sus sombras, algo que parece una pierna y una botella que se alza de uno de los botes colgados en los arneses. Debió imaginarlo, todos quieren despedirse de Freetown, y está a punto de seguir de largo cuando una mano asoma del bote y lo toma del brazo.

—Guy —le dice una voz de índigo que reconoce de inmediato—, vení, hoy hay una luna de verdad.

Además de Karen, adentro del cabaret hay cinco o seis muchachos notoriamente borrachos. Apenas cruza la borda del bote y se acomoda junto a ella, Karen le pone un vaso en la mano y lo llena con tres dedos de *scotch*. Los demás lo saludan con las cabezas mientras continúan cantando: «No matter where I stray,/ Underneath the arches/ I dream my dreams away».

Uno es un australiano de grandes bigotes engominados, hay dos chicos con las camisas abiertas, y uno luce la sonrisa de semental en reposo de Clark Gable. Lo mira con curiosidad mientras los otros pitan de sus cigarrillos con los ojos entrecerrados porque están tomados de las manos y mecen los hombros al ritmo de la canción. Entonces Guy se anima y brinda a la salud de Jean-Loup, y los demás gritan ¡Jean-Loup! como si nombraran a un viejo pirata.

—Vamos, Karen, ¡danos otra! —le insisten.

La fría luz de la mantilla amortigua el rubor de sus pómulos, pero los ojos de Karen buscan un verso, hasta que alza la cabeza y arranca con «Greensleeves». Todos guardan silencio mientras orilla el tono de «Alas my love you do me wrong», el equilibrio se hace más inestable en «To cast me off discourteously», sube con un brío inesperado a «And I have loved you oh so long», y cae por el barranco de «Delighting in your company». Pero los demás han entendido de qué viene y suman sus voces con un entusiasmo que lo hace parecer una marcha.

Guy apenas mueve los labios porque quiere oír, y sólo quiere oír los azarosos encuentros de Karen con la canción. Ha escuchado desafinar a muchos, pero ella tiene el encanto de desordenar las notas más previsibles y dar en el blanco con una más alta, como si su emoción se disparara muy por encima de las astas del ciervo y vaya a saber por qué, al ciervo le da por saltar y cruzarse con la flecha. Naturalmente, está embobado, y sólo por abrazarla junta su voz al estribillo. «Greensleeves was my delight,/ Greensleeves was my heart of gold/ Greensleeves was my heart of joy/ And who but my lady Greensleeves».

Al rato de beber y cantar, Clark Gable abandona su sonrisa y comienza a detestarlo, porque poco a poco Karen ha recostado la cabeza en el hombro de Guy, acaso esté mareada o sólo quiere protegerse. Pero los demás no están dispuestos a abandonar la noche y cuando le piden otra, ella parece apelar a sus últimas fuerzas para iniciar «Auld Lang Syne», una melodía que Guy ha escuchado cientos de veces antes de conocer la letra original del poeta escocés, de modo que la acompaña en un susurro y los muchachos a todo pulmón, hasta que finalmente Karen se adormece y poco a poco deja de escuchar el coro. Lo oye pero no lo sigue. «Los dos hemos corrido por las colinas/ y recogido las bellas margaritas/ pero vagamos mucho con los pies

cansados/ desde los viejos tiempos».

Entonces las sombras chinas no pesan la pluma de un pájaro.

PARDON ME, BOY

El temblor de un pistón, un chirrido de cadenas, los marineros que apartan a los pasajeros y corren a los guinches marcan la hora en que el *Talk of the Town* desprende sus anclas de la bahía de Freetown y comienza a virar, lentamente, con los motores en marcha. Durante la mañana la tripulación ha ocupado las cubiertas en busca de noticias y ahora todos miran el puerto, azorados de moverse una braza, dos, tres, junto a los grandes cabos de los barcos que ya preparan las maniobras. El sol del mediodía arroja un magma de luz sobre los manglares, el puerto, los montes, y el humo de las cocinas que se divisa en la costa se muestra ajeno por primera vez en muchos días, igual que la ciudad, los minaretes, las calles donde nunca estuvieron. Hay soldados y pertrechos que todavía embarcan en los muelles, los megáfonos de las casetas piden a los nativos que no se acerquen a los buques y unas cuantas chimeneas bufan y arrojan grandes bocanadas de monóxido de carbono.

En la cubierta de babor, cerca de la proa, Guy comparte con Molina y Norah la vista del convoy que se pone en movimiento con exasperante lentitud, entre boyas y barcas que han desobedecido las órdenes de la capitanía, y acaso porque no hay fanfarria ni muchedumbre que los despida en los muelles la partida tiene para Guy un efecto de irrealidad, como la proyección de una película muda a la que le falta la banda sonora. Pero Dios no toca el piano y los buques de carga, de pasajeros, de guerra, se desplazan en silencio, unos detrás de otros, mientras Freetown comienza a velarse y reducirse. Durante una semana fue el puerto de las especulaciones y ahora que viran al sudoeste empieza a ser la eternidad que los retuvo en el camino. «¿Cómo?, ¿no tendríamos que ir al norte?», se alarma Molina.

En la boca de salida se cruzan con el *Président Clemenceau*, un crucero cargado de mujeres y niños, cientos y cientos de mujeres y niños, y enfermeras de uniforme que los miran inmóviles desde las cubiertas. Algunos voluntarios alzan los brazos en señal de saludo y sólo unos pocos marineros les responden. Bajo el sol que cae a plomo, ningún niño grita, ninguna mujer mueve una mano o gira la cabeza. Permanecen unos al lado de otros como un museo de cera que se hubiese desprendido de algún puerto lejano y andado a la deriva. Los

niños con sus gorras, las mujeres con sus sombreros, las enfermeras con sus cofias, y el mismo aire lúgubre y ensimismado, quizá también indiferente al destino al que se dirigen.

Detrás del *Clemenceau* los recibe el viento, la línea infinita que los devuelve a un punto nimio del océano, mientras el convoy se ordena en tres largas filas con el barco comodoro al centro. Las maniobras han demorado el almuerzo y cuando bajan a comer el volumen de las conversaciones mezcla los rumores de las mesas mientras Greyfield calla con las cejas alzadas y un aire de victoria: «¿Y…? ¿No les dije…?». Nadie quiere contestarle sin embargo, y las cejas acaban por ceder. Varios aviones los acompañarán durante los primeros días, el número de aviones y de días varía de una mesa a otra, y también el de los submarinos alemanes que los esperan en algún punto de la travesía. ¿Será durante el día?, ¿en la noche?, ¿habrá chance de ir en la fila del medio? ¿No sería mejor desplegarse sobre una sola línea? Todos son estrategas frente a un peligro que no podrán ver a tiempo, y la excitación y el miedo se alternan con la inercia de una polea.

Por la tarde el convoy suma más de veinte barcos y se pone a andar con exasperante lentitud, a tres nudos por hora. «¿Sólo tres?», pregunta Guy cuando encuentra a Collins en un pasillo.

—Le dije, Milord. Me gustaría llevarle esta soda al camarote de un miembro del almirantazgo. Esperemos que haya suerte.

Collins lleva la botella en una bandeja y Guy una camisa de seda en la mano. Mientras baja las escaleras hacia la enfermería se le hace un nudo en la garganta, y se alivia cuando Clark le abre la puerta. La enfermera que discutió con Norah está demasiado ocupada para reparar en él y cuando lo hace, acaso porque Clark está de pie, frente a la cama de Tom, y sonríe por una broma de Guy, sigue de largo hacia el gabinete de los medicamentos.

Tom Baden está sentado en la camilla con muy buen aspecto. No ve la hora de que le den el alta y le pide que le cuente los detalles de la partida. Dice que lo han tratado de maravilla, que tiene ganas de nadar, y que ha estado soñando con su madre, que la madre se acostaba en una playa y le empezaba a crecer un seno, y del seno izquierdo salía él, empapado en leche, con una Bren de ciento veinte disparos por minuto, y se ponía a correr y a disparar. Pero ahora quiere enterarse de todo y volver con Steer, «¿dónde se metió el jodido capitán Steer? Ayer estuvo acá, por sus medicinas, y prometió traerme unas revistas». No ha mirado una sola vez hacia la camisa que Guy dejó sobre la manta que lo cubre.

Tom ha estado levantando la voz con sus grandes ojos atrapados en un caldo de drogas, y por temor a que lo echen Guy le cuenta que van

camino a Inglaterra, que el convoy es enorme y hay aviones de apoyo; le habla de muchas cosas que pasaron en la mañana, otras se las inventa, y de la preocupación de varias mujeres notablemente interesadas por su salud.

Como Tom baja los ojos y de pronto parece molesto, Guy le pide que le hable del club de cazadores de pájaros de Essex. Entonces Tom vuelve a levantar la vista, abre las manos a los costados y confiesa que los médicos le aconsejaron hablar del asunto, «dicen que me hará bien, pero los médicos tienen un guardapolvo rojo que se les puso negro, y después blanco», y él nunca se fía de los colores que cambian todo el tiempo. Vacila, deja pasar unos segundos, y al fin le cuenta que tenían siete años, Bernie y él, porque Mac era un año mayor y se encargaba de las ideas. Había muchos pájaros en el aire. Cruzaban el cielo para un lado y para el otro, bajaban a las huertas, los árboles, los basureros. Venían del mar o de los bosques: muchos tordos acuáticos, carpinteros, miles de gaviotas, tórtolas, mirlos, carboneros, así que los cazaban con migas de pan, lombrices, gusanos ensartados en unos anzuelos que Mac sacaba de las líneas de pesca de su padre, que se embarcaba varias veces al año y siempre volvía más tísico. Tiraban de la línea cuando el pájaro quedaba enganchado y lo remontaban como una cometa, hasta que se cansaban, uno u otro, y le partían el cuello. Cada pájaro que cazaban les daba una pluma para sus sombreros. Los demás usaban gorras, pero ellos tenían unos sombreros de deshollinador que guardaban en un galpón y terminaron convertidos en verdaderos nidos sobre sus cabezas.

—Algunas madres nos odiaban, nos trataban de salvajes, pero tendrías que verlas, Guy, venían a pedirnos plumas vistosas para sus sombreros. Así que nos convertimos en los tres salvajes de Maldon mucho antes de emprender otros negocios. Bernie tenía una fantástica habilidad para trepar cualquier cosa, un muro, un árbol, una chimenea, estaba lleno de trucos para engañar a las gallinas y a las chicas. A mí me bastaba elegir y Mac llevaba la peor parte. Tenía un carácter perro y en los bailes se ponía a temblar como una hoja. Pero igual tuvimos nuestros seis helados, ¿no?, y los manoseos que cualquier novia te dedica una vez por semana si llora como una novia y dice que te quiere. Tuvimos eso y un poco más, porque lo último que esperábamos era hacernos pescadores como el padre de Mac, tendero como el padre de Bernie, o arreglar chimeneas como mi tío.

—¿Estuviste en Alejandría?

—Estuvimos con Bernie y Mac, hace como un año, con el general Wavell, de aquí para allá, acarreando gansadas para Jasper Maskelyn. Paredes de cartón, andamios, falsas ventanas, bidones de combustible

vacíos, barriles para hacer un faro, cientos y miles de tablas, y fuegos artificiales. No se entendía mucho, la verdad. Había una brigada de ingenieros, y nos hartamos los huevos de acarrear cosas viejas a un sitio que llamaban Bahía Maryut. Al fin supimos que trabajábamos para un mago, porque Maskelyne es mago, ¿no?, y el tipo iba a hacer desaparecer una ciudad. Todo se veía horrible, pegado con moco, nada muy derecho, pero eso no contaba porque lo único importante era que la aviación alemana dejara de meternos bombas y la confundiesen con Alejandría. ¿Estuviste en el cielo? Yo no sé cómo se ven las cosas desde arriba, pero estábamos haciendo casitas de muñecas, todo los días bajo un sol de muerte, así que nos merecíamos un poco de diversión, ¿no? Rondábamos los bares y un prostíbulo de bereberes fuera del cordón de seguridad.

—Tiene que irse —interrumpe, de pronto, la enfermera. Guy no necesita darse vuelta para saber que le llegó el momento de pagar sus aplausos. Pero le pide dos minutos para despedirse, y para su sorpresa, se lo concede.

Tom ha estado rascándose la cabeza y ahora se frota, incómodo, las uñas.

—Una noche estábamos los tres fumando una *shisha* en casa de los bereberes…

—No sé qué es una *shisha*.

—Una de esas pipas de agua que usan los moros. Le habían mezclado opio y otras cosas, así que estábamos en lo mejor, cada uno muy ocupado, cuando nos metieron un bombazo. Había que salir y Mac arrancó primero levantándose los pantalones. Recuerdo el blanco culo de Mac, y bum, la cara de Bernie mientras buscábamos la cabeza de nuestro amigo detrás de una viga, entre cascotes, polvo, un brazo, tres piernas, colchones y vidrios rotos. Una viga le molió el cerebro. Hacía poco le habíamos festejado los veinte. Teníamos una especie de trato: Bernie se encargaba de los chistes y los robos, yo, de averiguar qué había, y Mac concentraba las ideas y el mal humor. Lo enterramos, lo que quedaba de Mac, en un cajón de mierda, en un suelo de mierda. Y al mes, mientras nos llevaban de vuelta a Bristol, Bernie se tiró del barco, sin despedirse, o tal vez se despidió y se me ha olvidado, o me lo borró el alcohol de quemar, o las drogas. ¿Dónde se metió?, ¿dónde está? Yo pasé mi licencia y volví, lo más bien, de lo más furioso. Me dijeron que Maryut había saltado por los aires bajo un bombardeo completo, así que la payasada no había sido en vano. Andaba con ganas de volver a pelear, ya me había hartado de largar los mocos, y de golpe, bum. Dos árabes me vendieron el alcohol mezclado con alguna cosa que le había cambiado el color, ¿ves? Es fácil cambiar el color de

las cosas. Un trago y bum, un gusto fuerte, para reventar; la botella entera, bum bum. Dicen que me trasladaron en avión. Mala suerte haber estado en el cielo sin poder verlo, porque no me enteré de nada hasta varios meses después, en el hospital de Freetown, cuando algunas cosas empezaron a enderezarse. No todas, Guy, pero necesitaban la cama, así que ahora me mandan de vuelta a Maldon para que mi madre me guarde en el único seno que le queda, porque el otro se lo arruiné yo.

Guy baja la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos.

—¿Me siento mejor? ¡Es fantástico! De verdad me siento mejor —dice y agarra la camisa de seda en un puño—. Esto es lo que queda del club de los cazadores de pájaros, ¿ves? —y sonríe, sonríe como un condenado.

A Guy le parece difícil que vuelva al camarote en los próximos días. Se despide con la promesa de regresar, aliviado de alejarse de la enfermera, del infierno de Tom, del ácido fénico que nunca llega a su cerebro sin violencia y ha soportado con el estómago revuelto desde que entró. Dos pasos más allá sale a la cubierta de tercera y junta todo el aire que puede en sus pulmones. Está muy cerca del agua y por momentos siente el rocío en las manos. Los barcos que van al medio son nueve, los *destroyer* en los extremos, un petrolero, detrás hay más buques, y todos se deslizan como pesados vagones por unas vías de hierro sumergidas bajo la superficie del mar. No hay señas de los aviones prometidos, pero nadie parece reclamarlos. En todas las cubiertas de estribor los instructores ocupan a los soldados y voluntarios, y el ritmo marcial de las gimnasias —uno, dos, arriba; un, dos, y abajo— se superpone a los golpes del agua. Pareciera que las olas y los jefes compitieran por prevalecer, y no sólo los jefes, también los tipos que se levantan y se agachan, sin tregua.

Ha quedado en encontrarse con Karen en la cubierta de anoche, así que da la vuelta y sube por las escalerillas de babor mientras un viento oceánico más frío de lo esperado lo obliga a levantarse las solapas del saco. Fracasa muchas veces antes de poder encender un cigarrillo y se protege detrás de la caja de una turbina. Es improbable que llegue. Ayer el convoy seguía siendo una conjetura, estaban en la eternidad y Karen lo bastante mareada para no recordar nada de lo que dijo mientras la llevaba al camarote, una chispeante *performance* de versos, pedazos de canciones, «no vayas a creer que soy divina», «tengo el frenillo demasiado corto», y otros pudores así. La hubiera besado, de no estar tan bebida como para convertirlo en un abuso.

A Guy no le resultó fácil hacerle subir las escaleras, impedir que desatara una correa, que tirara un balde de agua adentro de un bote.

Logró detenerla antes de que le quitara la gorra a un marinero, pero no evitar que jugara con el cuello de su camisa apenas entraron al pasillo de la sección femenina. La hubiera besado con locura, en los labios, el cuello, los ojos, antes de entregarla a la compañera de cuarto que les abrió la puerta. Pero apenas le arrancó esta cita que lo tiene arropado contra el viento, y ahora Guy duda de haber hecho lo mejor. Sabe, sin embargo, que hizo bien, y lo demás es el nudo del animal que lo acusa de ser triste, tímido, incapaz de cruzar la línea del horror.

Salvo dos o tres australianos que se asoman cerca de la popa, la cubierta permanece vacía e inhóspita. Es absurdo que se quede, pero se aferra al cigarrillo, ahora que sabe que no vendrá, y mientras el viento consume la brasa deja de recordarla con la vista perdida en unas nubes que rozan el océano. La línea del horror, piensa de pronto, qué asunto inocuo en una guerra. Entonces se refugia en su camarote y trata de volver a concentrarse en la traducción.

En la mañana del segundo día un zumbido de aviones lleva a todo el mundo a las cubiertas. Llegaron, finalmente, y hacen vuelos bajos sobre el convoy. La tripulación los saluda con los brazos en alto y en medio del tumulto Pierre le pregunta si no ha visto sus binoculares.

—¿Cómo? ¿Un aviador de la RAF no los reconoce a simple vista?

—Era más fácil cuando tenía veinte años, Guy. Juraría que ayer los tenía en mi portafolio —dice y se frota la frente, pero entrecierra los ojos y alza la cabeza.

—Son dos Spitfire —remata después de unos segundos—. Si no los suplementaron, a esta velocidad, nos acompañarán dos días antes de volver a la base.

—¿Tan poco?

—Bueno, siempre hay chance de subir, abrir los tanques y echarles la tinta de tu lapicera. ¿Qué te parece?

La algarabía por los cazas se mantiene durante un rato y después todos olvidan el zumbido que se vuelve habitual, también en la noche, igual que la vibración de las mamparas, más tolerable ahora que hacen el segundo tramo a Inglaterra. A medida que se alejan del Ecuador los días en el *Talk of the Town* cobran la excitación de un internado en víspera de fiesta. Forzados por los vientos a llevar la vida en el interior, el bar, el *lounge*, el comedor, refugian a la tripulación y saturan los espacios de un cotilleo permanente, al alcance de todas las miradas. Es inocultable que Greyfield extraña sus furtivos encuentros con Clark, que Molina tiene dificultades en apartar a Norah de los demás, que Olson se ha concentrado en discutir con Cortés el pacto Ribbentrop-Mólotov, los intereses norteamericanos, el frente de Japón, ¡incluso la revolución de Cromwell!, y que Pierre sigue sin encontrar sus

binoculares. Ha estado acosando a Steer con toda clase de preguntas, lo ha obligado a vaciar su bolso, revolver el de Tom, revisar una y otra vez a qué hora entró o salió del camarote el día en que llegaron los aviones, hasta que Steer no sólo lo mandó al diablo, se quitó los postizos y amenazó besarlo.

Guy ha visto a Karen merodear con Gable por el barco y se han saludado de lejos con incómoda complicidad. No moverá un dedo por apartarla del muchacho, con mejores derechos que él y todos los atributos de la belleza y la juventud para merecer su juego. Quiere cumplir con Cowling y enviar el manuscrito cuando llegue a Londres. Sabe que allá se distraerá, y lo último que espera es tener que distraerse de las distracciones, así que ha empezado a ponerse tapones de algodón en los oídos para concentrarse en medio de las risas, las conversaciones y el bendito piano que todos los días aporrean los australianos.

Cuando el *lounge* se pone demasiado ruidoso huye al bar, pero ya no es fácil conseguir una mesa y tampoco plantarse durante dos horas con sus cuadernos y libros. Collins va de un lado a otro y Guy sabe que no le reclamará nada. Sólo ha estado pidiéndole que cuide a Molina.

—Lo he visto discutir muy mal, Milord, ya van dos noches, con unos niños que conocen muy poco de la vida, pero se le han echado al cuello como lobos. Ayer nomás…, eran argentinos, ¿entiende? Ese lío de España despierta pasión allá. Lo han tratado de gallego bruto, de viejo borracho, y él les cantó unos insultos que casi los llevan a los golpes. Sería prudente si le recordara que no es un chiquilín.

—¿Qué edad tiene usted, Collins?

—Cincuenta, Milord. Y no me gustaría salvarme de los nazis pero perder un ojo en un riña de bar. Ni siquiera en el mío.

—¿Ni aunque le mentaran a su madre?

—En ese caso, con toda sobriedad, siempre se puede sacar un revólver. ¿No cree?

Al tercer día los cazas hacen dos vuelos rasantes sobre el convoy y se alejan. La primera en advertirlo es Greyfield. Apenas escucha los motores que vuelven a acercarse, levanta la cabeza de una vieja revista de modas y dice: «Se van». En dos segundos, los que están en el *lunch* corren a los ojos de buey, y otros salen a cubierta para verlos perderse entre las nubes, con irremediable dirección al sur. Guy ha quedado junto a una ventanilla, al lado de Steer, y se ha quitado los tapones.

—Dos mosquitos, Guy —le dice—. En el mar no servían ni para hacer una roncha.

Mientras los pasajeros regresan por tandas a sus sitios, un joven oficial se sienta al piano, juega sobre las teclas, improvisa unos acordes y arranca con «Chattanooga Choo Choo». Se le arriman un sargento y

un soldado, que comienzan a cantarla —«Pardon me, boy/ Is that the Chattanooga Choo Choo?»—, y por unos minutos la tripulación se anima con un aire de comedia boba que acompañan con los pies. Las conversaciones mantienen vigor durante la primera hora. Flaquean después, se deshacen en distracciones cada vez más frecuentes mientras nadie deja de advertir que falta algo, como si de pronto el cielo les hubiese arrojado su inmenso silencio y entraran a tres nudos por un corredor desguarnecido que cada cual intenta disimular como puede.

CONVOY

Guy trabaja todo el día siguiente beneficiado por el declive de las conversaciones. Lejos del puerto de partida y de llegada, la muda suspensión del agua ha reducido la excitación de los primeros días a un vago estado de ausencia que también quiere ser un límite, quizá el único posible frente a la extensión infinita y la falta de novedades.

Cuando llaman a la cena, sobre las siete de la tarde, Guy prefiere salir a la borda para descansar la vista. Le duele la cabeza, tiene un nudo de letras detrás de los ojos, y a poco de aliviarse descubre que el convoy ha cambiado la formación y se despliega en seis filas, a unos trescientos metros, una de otra. Las cuenta con esfuerzo por la distancia que mantienen los barcos en su soporífera marcha, y descubre que viajan en el tercer lugar de la columna oeste, detrás de un transporte de tropas, los sigue un carguero y por último, quizá, un *destroyer*, no logra ver bien. Las filas son irregulares y saturan el horizonte, pero si mira por el corredor hacia el ocaso, comprende que atraviesan la monstruosa vastedad del océano.

Fuerte en las primeras horas de la mañana, el viento ha ido amainando con el correr de las horas hasta dejar el crepúsculo en una tregua de pálidos rojos y un mar de gelatina que los buques abren sin esfuerzo. Entonces se recuesta en la baranda, contempla la dorada acuarela que los barcos reflejan en el agua y apenas por debajo de la superficie, una vía de burbujas que se acerca, lenta, demasiado lenta, le parece, derecho a la borda del *Talk of the Town*. No acaba de entender lo que ve. Avanza demasiado recta. No es un pez. ¿Es un torpedo? No puede ser, se dice. Y tocan el timbre.

Miro la hora. Son las nueve y cuarto de la mañana. El empleado de la cochera me avisa que una cuatro por cuatro me hizo un rayón en la puerta del lado del acompañante, y me espera abajo, para ir a ver los daños. Le digo que ahora no puedo, pero Néstor insiste en que el hombre está en el garaje y dice que mi auto estaba mal estacionado. Le digo que no lo toco hace una semana.

—Eso le expliqué, pero no quiere entrar en razones. Dice que no va a perder la bonificación del seguro por un error que no es suyo.

Dudo unos segundos.

—Que se vaya, Néstor, y después veo.

—¿No va a venir? Mire que la cochera no se hace cargo de ningún accidente…

—Claro, claro —le digo—. Gracias por avisar.

Apenas doy tres pasos la imagen del rayón se encima a las burbujas en el agua, y estoy por volver a sentarme cuando regresa el timbre.

—Brauer, mire que es un rayón grande…

—Néstor, ya le di las gracias —ahora temo ofenderlo—. Cuando pueda me doy una vuelta —digo, y me doy cuenta de que lo ofendo.

Me deja intranquilo. Tendría que ir a ver, a discutir de ángulos con un tipo que se niega a perder una ventaja, seguramente convencido de su derecho a la ventaja, a eludir los daños del día, de la noche, de todos los días y noches que lo aguardan hasta que se muera. Tengo el saco colgado en la silla, pero afuera puede hacer calor. Miro las mangas arrugadas, como dos bandoneones colgados de las botoneras, y poco después el cilindro que choca, suave, contra el casco del *Talk of the Town*. Asoma la cabeza como podría hacerlo un tiburón obligado a pedir disculpas, y vuelve a hundirse en el agua. De inmediato suena una bocina ronca, atragantada con su propio llamado. Seis gritos de pavo camino al degüello, seguidos de uno largo en plena degollina.

Desde la popa, Collins corre en dirección a Guy con la cara desencajada y el párpado izquierdo ligeramente cerrado que le ha visto en otras emergencias.

—¿Qué pasa, Collins?

—*Action station, sir* —le dice y sigue de largo.

Apenas se da vuelta y mira el mar, una explosión dirige su vista al petrolero. Levanta dos grandes bolas de fuego, añicos de hierro, palos, una lluvia de trastos, vuelve a explotar y el agua se incendia a su alrededor. Está a unos setecientos metros, envuelto en oscuras bocanadas que por momentos separan las llamas, las ocultan y abandonan con un cono ascendente de humo negro.

Cuando entra al comedor lo atropella una horda de muchachos que corre a los camarotes. Algunos se demoran en tomar un trago de agua o llevarse el último bocado al estómago, y otros aguardan a que el tumulto se despeje. Guy encuentra a Olson con las manos cruzadas sobre la mesa y la vista fija en una mancha del techo, Norah se persigna sentada enfrente, y Molina le insiste, de pie, que vaya a buscar el salvavidas. No se anima a dejarla, y cuando Guy se acerca le pide que lo ayude con ella. Pero no es fácil. Hay comida regada por el suelo, el pavo no termina de ser degollado y muchos saltan sobre las mesas volcando jarras, platos, lo que encuentran a su paso. Consiguen sin embargo, ponerla de pie, y mientras Molina la acompaña, Guy se abre paso como puede por los pasillos, que se han vuelto demasiado largos y

estrechos, llenos de gente que va y viene a los empujones. Dentro del camarote, Steer y Pierre revuelven sus cosas en busca de lo imprescindible. Steer no encuentra su dentadura y Pierre le dice que la deje, pero el capitán da vueltas con el fusil en la mano y revuelve las cobijas de la cama con el caño.

—¿Viste algo? —le pregunta Pierre.

—Le dieron al petrolero.

—Sí, pero a nosotros…

—Nada —le miente, otra vez no sabe por qué. Es posible que sea su forma de vengarse de las intrigas del belga, y del inglés, de un modo infantil y compulsivo.

Al cabo de muchas vueltas Steer encuentra sus dientes debajo de la cama y unos minutos más tarde están con los salvavidas puestos en el pasillo, a la espera de una orden que nadie quiere imaginar. Los salvavidas reducen el espacio y entorpecen los movimientos, el sudor es copioso y aumenta mientras permanecen en la penumbra a la espera de una nueva explosión. Se diría que la escuchan anticipadamente y la mayoría se ve saltar por los aires como la tripulación del petrolero, pero Guy se apoya contra la puerta, sorprendido de su ajenidad, como si no creyera en los silencios, en las conversaciones, ni siquiera en el torpedo que vio llegar, con proverbial languidez, al *Talk of the Town*.

Los minutos avanzan con lentitud durante cerca de media hora, hasta que les avisan que la alarma ha terminado y se servirán sándwiches en el *lounge* y en el bar. El contraste es tan violento que por un momento la quietud es absoluta. Luego alguien pide *champagne*, suspiran al unísono y crece la euforia. Una suerte de vértigo que vuelve a saturar los pasillos, se desentiende de los salvavidas y precipita a la tripulación sobre las mesas. Nadie sabe cuántos hombres murieron en el petrolero, si hubo sobrevivientes, si los buscaron, y los rumores pasan de uno en uno entre migas de pan y limonadas, mientras la marcha sostenida de los motores disipa todas las especulaciones. Greyfield dice que los sonares detectaron un submarino debajo del barco, y Molina, que se movió porque no soportaron el derrame de las cisternas. Por un rato regresa el buen humor y cuando se apagan las luces y el *blackout* impone el regreso a los camarotes, el eco de una explosión lleva a Guy, a Cortés y a muchos otros a los ojos de buey. Divisan fuegos en la oscuridad, largas melenas que brillan, se ladean y hunden en la noche cerrada por un manto de nubes que los envuelve en un círculo lóbrego, sin otra alternativa que avanzar y rezar que no los toque ningún torpedo.

Dentro del camarote Pierre es el primero en echarse a dormir. Lo sigue Steer; después de tropezar con unos bártulos se mete en la cama y

en dos segundos empieza a roncar. A Guy le lleva más tiempo dejar de envidiarlos. Todo su pasado viaja en la superficie, y con los vecinos de abajo. No le va a ver las caras, no conocerá sus nombres. La realidad se divide y se junta por pedazos, piensa, como las gotas de mercurio.

Amanece sin embargo, «son las siete y nueve minutos, señor», dice Eddy, y la mañana empieza con la pelea por el baño, las duchas, el desayuno, la voluntad de evitar cualquier comentario de alarma. Incluso Greyfield se muestra inusualmente callada, durante la mañana y en el almuerzo. Los oficiales han recibido la orden de transmitir sólo información imprescindible y nadie les reclama otra cosa. Olson pasa muchas horas junto al capitán, en el puente de mando; Pierre, con los polacos y belgas de la cubierta de tercera, y Steer, divirtiendo a Greyfield y a Norah con sus anécdotas en el frente egipcio. El mar se ha colmado de espuma y un viento fuerte del oeste barre las cubiertas, obliga al barco a un cabeceo irregular que desacomoda los cuadernos de Guy sobre su mesa en el *lounge*. No tiene su día nada de interés.

Apoyo un codo y lo escucho bisbisear palabras, conversar, en un alto, con Molina, sobre su alojamiento en Londres, y especular alrededor de asuntos anodinos. La verdad, comienzo a aburrirme y a dudar del acierto de haberme negado a acompañar a Néstor, cuando a las siete y un minuto de la tarde, en la segunda fila del convoy un buque mercante trastabilla, como si hubiese golpeado con una roca. Hunde la proa y el resto del casco, de un ocre pajizo, queda uno o dos minutos mal suspendido. Apenas se divisa un hormigueo sobre la borda, después el resto del casco se levanta de las aguas con un ángulo extraño y desaparece bajo las olas. Nadie en el *Talk of the Town* ha sentido la explosión y esta vez no hay fuego. Sólo el denso silencio del hierro que se hunde sin gritos, ni llamas, ni socorro. El vacío en la fila es contundente. Se desplaza con la marcha de los barcos como una gigantesca pantalla blanca.

Guy sale al viento de la cubierta con Steer y otros, confundido por lo que acaba de ver. Da unos pasos hacia la popa y otro buque, más chico, tiene un estertor. Alcanza a ver unos botes de salvamento que caen al agua y, sin tripulantes, en pocos segundos los destripan las olas. El buque se hunde, esta vez sereno, con una inercia milagrosa que lo mantiene en movimiento y lo devora, mientras una mujer gime cerca de Guy, o tal vez es el viento. El convoy sigue, sin embargo, a tres nudos de eternidad, su largo camino a Londres, como esas manadas de antílopes que no se detienen a mirar la dentellada que se cobra la vida del que va detrás, mal confiadas en el número o la suerte. Pero cada barco lleva muchos hombres y mujeres, y no se ven ni escuchan sus gritos; sólo se arrastran y desaparecen con el capricho de una

alucinación.

Ahora Guy cree que se trata de él. Curiosamente él, un tipo hecho de ficciones, no puede imaginar la muerte de los hombres que viajan en los barcos. Se siente extranjero al drama real, como si la guerra ocurriera fuera de los sentidos y sólo captara su abstracción. Ni una sola emoción acompaña su desconcierto. No es abulia, dice, es algo que le impide el miedo y lo fuerza a golpear una puerta cerrada, la distancia insalvable que desde siempre lo ha hecho verse vivir desde un lugar que no coincide con su cuerpo ni su conciencia, la sospecha de que vive con la soledad de un hombre muerto.

La preocupación lo acompaña durante el rato que pasa en el bar con Molina, menos atento a su amigo que a su malestar. Molina le dice que se alegre, que todavía están vivos, aunque sea para conocer el infierno, pero Guy se distrae con los muchachos que ocupan otra mesa, alrededor de la chica que vio el primer día, dormida en un sillón, y luego en el *lounge*, cuando los detuvo la patrulla. Ahora muerde un lápiz con sabiduría de vodevil mientras ninguno de los voluntarios que la acompañan deja de percibir que lo muerde muy bien. Escribe en una libreta los puntos que juegan a los dados y se diría que ha conseguido convertir los dados en un pretexto para el ensayo de sus sonrisas.

El tormento de las idas y vueltas de Molina con Norah confunde a Guy. No acierta a entender al andaluz, extraviado en un deseo de posesión condenado al fracaso. Norah le confesó a Guy que fue violada, hace años, por una patota en una playa. Adónde va Molina con su angustia, duplicada por la proximidad de la vejez, es un misterio, pero luego de mirar los blancos dientes de la chica, sus mohines, la habilidad para convertir a los amigos en un fabuloso espejo, cree que el juego es irrenunciable y comienza en ese solitario encanto que algunas criaturas fingen de un modo intuitivo. El impulso de hacer que el cuerpo parezca, y después el cuerpo sea, de verdad, lo que pueda, sin más auxilio que la imaginación, el disfraz, el deseo. Primero la risa, después el fingimiento, ese segundo paso de la inteligencia que nunca entendió ninguna horda. Está a punto de creer en Molina, en su condenado intento de perseguir a una belleza rota, cuando el barco recibe un sacudón que arroja las copas de las mesas, vuelve a sonar la alarma y todos se miran convencidos de que ahora sí, les llegó el turno.

Guy se mantiene apartado hasta que el bar queda vacío. Entonces Collins se acerca, le dice que un torpedo ha dado en la proa del barco, y le aconseja ir por sus cosas. Cuando ceden los empujones, se abre paso al camarote entre los pasajeros que ya aguardan en los corredores con los salvavidas puestos y un colmo de ansiedad, porque nadie sabe qué tan grave es el daño. Al entrar a buscar su abrigo, encuentra a

Steer metido en la cucheta, bajo una montaña de mantas robadas de las otras camas.

—¿Qué hacés ahí? Hay que salir a esperar las órdenes —le dice. Pero al acercarse descubre que los postizos le castañean y sus manos tiemblan aferradas a las frazadas.

—Tengo escalofríos —dice—. Es la malaria.

—Entonces te llevo a la enfermería.

—No, Guy. No. Si nos hundimos, ¿quién me saca de ahí abajo? —Tiene los ojos fuera de los párpados, como bollones, y la piel de la cara se adhiere a los huesos con un feo tono bilioso.

Un oficial asoma la cabeza por la puerta. «Todo el mundo al pasillo, vamos, rápido», les ordena y desaparece.

—Ya lo oíste. Es hora de pararte. Nos acaban de dar en la proa —insiste Guy y comienza a quitarle las frazadas, pero Steer las retiene con fuerza.

—¿Me vas a sostener?

—Sí, claro. Pero no con estas frazadas.

—Si subimos a los botes, las tiro al agua —dice Steer. Sus manos van diez segundos detrás de sus palabras y se resisten, pero Guy consigue quitarle las cobijas y ponerlo de pie. Le tiritan los codos y las rodillas, y dan dos pasos cuando se topan con Pierre.

—Tiene un ataque de fiebre. Lo voy a sacar con los demás —le dice.

—Adonde hay que llevarlo es a la enfermería. ¿Te volviste loco?

—Malditos dagos, qué mierda quieren… —interrumpe Steer—, ¿dejarme morir?

—No seas estúpido. Si ahora nos bajan a un bote te morirías igual. Lo que necesitás es un médico.

—Tengo quinina, en algún lado —dice Steer, y mira desconsolado la cama, pero Guy lo cubre con dos mantas y se lo carga al hombro.

—Esta quijotada te va a salir muy mal —alcanza a decirle Pierre cuando se apagan las luces del barco.

En la oscuridad del corredor los cuerpos no acaban de acomodarse, se oyen protestas, alguna discusión, y un murmullo en ascenso que se extiende entre las mamparas mientras un oficial progresa por las filas con una linterna apuntada a las caras de los pasajeros. Steer trepida de la cabeza a los pies y Guy lo aprieta contra su cuerpo ya sin miedo de quebrarlo. El capitán se las ingenia para que el oficial no note nada extraño, y con el correr de los minutos, bajo la tenue vacilación de las luces vigías que marcan las salidas, detrás de los rumores y las toses, poco a poco irrumpen dos o tres voces con la entonación de unos versos que Guy ha escuchado en Montevideo y Buenos Aires sin adivinar qué secreto convierte en himno la falta de yerba, de rumbo, de fe. Le resulta

inconcebible oír en el pasillo un tango destinado a levantar la moral, lo que se pueda, y escucharlo crecer con más brío ahora que se suman otros muchachos al largo coro que corre por la oscuridad en busca del mango, los timbres, morfar, y repite contra los submarinos, la noche, los nazis, que todo es mentira y a nadie le importa, que mudo y sordo el mundo yira con brutal indiferencia.

«Verás que todo es mentira/ verás que nada es amor…». La cantinela del dos por cuatro, su vigor amargo, prolonga en el coro argentino los golpes de mar que los sacuden hacia los lados, por momentos desmaya y recomienza, como si cada muchacho encontrara en esa queja una razón para vivir. Hasta Guy comienza a tararearla con los labios secos, ligeramente ardidos, y quince minutos después un oficial les da la orden de regresar a los camarotes. Discépolo se deshace en el tumulto pero nadie queda convencido de que haya pasado lo peor. Guy acuesta a Steer en la cucheta, le da la quinina, lo cubre de mantas, los abrigos que encuentra a la mano, y vuelve a salir.

—¿Qué hacés? —lo para Pierre.

—Voy a ver qué pasa.

—Mejor te quedás acá, y yo voy a la enfermería para que se lo lleven.

—Nada de eso —dice Steer—. Tengo fósforos en la cama. Vos movés un dedo y me prendo fuego. —Entonces Pierre le dice «dale mis saludos al cornudo», y sale al pasillo detrás de Guy.

En la cubierta superior se encuentran con Cortés y Olson, los dos sujetos a la baranda que cabecea al ritmo de las olas y cada tanto les pega un cimbronazo. Aquí y allá se oyen explosiones amortiguadas, asoman grandes burbujas bajo una luna menguante que se muestra entre las nubes y vuelve a ocultarse. Unos buques van en llamas y se apartan de las negras columnas del convoy. Todos viajan con las luces apagadas, salvo las de navegación, de pronto alguno se ilumina por el reflejo de un impacto cercano, y vuelve a sumirse en la oscuridad.

—Mala noche —dice Pierre, pero nadie contesta.

—Y los destructores… ¿no sirven para nada? —se queja Cortés.

—Están tirando cargas de profundidad —le responde Olson con los brazos tensos sobre la baranda.

Entonces ven correr a unos marinos hacia la popa del barco, donde se levanta un pequeño cañón, salido de vaya a saber dónde. En pocos segundos lo escuchan disparar y ven un estallido en el barco comodoro. Poco después reciben un cañonazo que hace saltar un ángulo del puente. Agachado como los demás, Guy no entiende el absurdo combate entre dos barcos aliados, sin ningún poder de fuego, hasta que descubre el motivo del desquicio: en medio de las filas, acaba de

asomar el casco de un submarino inmenso.

—Ahí está —dice Olson—, debe haber viajado pegado a nosotros y ahora sale para apuntar mejor—. Las olas golpean el puente y barren el largo lomo que no termina de revelar su tamaño. De pronto vira, vuelve a sumergirse y el barco comodoro recibe dos impactos en el casco. Se incendia y larga gruesas columnas de humo negro. Es un buque grande y por un momento parece navegar, pero comienza a detenerse, se ladea, el viento trae un rumor de gritos, los aullidos de una jauría, y el mar comienza a cubrirse de diminutas luces rojas que se hunden y reaparecen entre las olas. Son cientos de luciérnagas que se dispersan en la oscuridad.

—¿Qué es eso? —pregunta Guy.

—Las luces de los salvavidas —dice Pierre—. El agua debe estar helada.

—¿Y nadie hace nada?, ¿no van a rescatarlos?

—¿En estas condiciones?

—No entiendo para qué mierda vamos en convoy.

—Sólo es una idea —responde el viejo—. Una rigurosa y muy británica idea.

Durante varios minutos permanecen callados con la vista en el barco que comienza a hundirse iluminado por sus propias llamas, en las lucecitas que titilan y poco a poco se pierden entre las olas. Una vez más el horror es una deducción, un juego de luces que se disgregan y se ahogan. No encuentra Guy su desesperación y está por levantarse cuando un fuerte envión los impulsa contra la borda y los hace caer de culo. Apenas consiguen pararse comprenden que se alejan a toda máquina y derivan a babor.

—El capitán va a tener algunos problemas —dice Olson antes de encaminarse al puente, y los demás lo siguen sujetándose de lo que pueden.

—Pero nos salva —agrega Pierre.

—Si llegamos —corrige Cortés, y es el último en abandonar la cubierta.

EL GRAN *PUB*

—¿Pero no fueron nueve?

—Trece. Lo escuchó Clark en el comedor de oficiales —dice Pierre. Ha estado pasándose una caja de fósforos de una mano a la otra, y ahora la retiene en el hueco de la izquierda mientras se rasca un lado de la frente y mira los dados que acaban de arrojar en una mesa vecina —. Mis muchachos contaron doce, qué más da.

A las cinco de la tarde el *lounge* está repleto, unos alrededor de las mesas y los sillones, otros derramados en el piso. Un voluntario duerme apoyado en el muslo de una chica que juega cartas con su amiga sobre el pecho de otro, que estira el brazo para pedir un cigarrillo. No faltan las bromas ni las quejas, ni los empujones.

Guy se perdió el almuerzo y trata de ponerse a día con las primicias de la mañana. Desde que Steer pidió que lo trasladasen a la enfermería, ha trabajado en el camarote y acaba de terminar la traducción. Adiós a los protocolos en el uso de cucharas, las manos y los sentimientos. Pierre le ha sido de gran ayuda. Cuando llegue a Londres piensa alquilar una máquina de escribir y a más tardar en una semana enviar el manual a Montevideo. Está satisfecho de haber cumplido con Cowling, pero ahora se ha quedado sin nada que hacer, como la mayoría de los pasajeros, encerrados dentro del casillaje del barco. Navegan con mal tiempo a catorce nudos por hora, acaban de cruzar el trópico y avanzan en zigzag para reducir los peligros de la ruta, pero aún les quedan alrededor de ocho días si es que el capitán consigue llevarlos a puerto y vuelve a pisar las oficinas de la Royal Navy, donde tendrá que explicar la decisión de abandonar el convoy.

—Pueden destituirlo.

—Trece barcos hundidos, en dos noches, es un buen argumento, ¿no te parece?

—Pero los ingleses, Guy, sienten devoción por la autoridad.

Ahora Pierre deja los fósforos en la mesa y se inclina hacia adelante, con los codos sobre las rodillas. Se distrae con las piernas de una chica a la que se le subió la falda.

—Es virgen —dice.

—¿Cómo?

Pierre espanta una mosca inexistente.

—Las mueve sin remordimiento —aclara.

Durante los dos primeros días los oficiales intentaron ocuparlos con ejercicios en los pasillos, entre las mesas del comedor, una tarde en la cubierta de estribor. Pero les resultó difícil impedir que algún pasajero rompiera las filas para llegar al baño, se lastimaron dos muchachos y no lograron controlar la disciplina. Apenas desistieron, el *Talk of the Town* cobró el progresivo espíritu de *pub* que se comunica por las escalerillas bajo el cielo del bar, que ha vuelto a abrir después de las seis de la tarde. Ya no es fácil subir, hay que atravesar un denso entramado de piernas, codos, hombros y cabezas, porque el hacinamiento se reitera en los pasillos, las escaleras, los camarotes de puertas abiertas, bajo una nube de tabaco que se desplaza por los golpes de viento de los ventiletes. Afuera el barco forcejea y las olas barren la proa; adentro vibran las mamparas y el zumbido de los motores se mete en los oídos con un mosconeo continuo y aturdidor.

—¿Viste a Steer? —pregunta Guy.

—Les montó un circo en la enfermería, así que se recupera. Pero todavía suda como un chivo —dice Pierre respaldado en la silla.

—¿Y Tom?

—Dormía. Creo que lo mantienen dopado. La última vez estuvo boxeando con los sueros de las camillas.

—Ese chico…

—Se ha puesto tu camisa. Duerme con ella —le dice y baja los ojos. Cuando vuelve a levantarlos, golpea dos veces la cajita de fósforos en la mesa y lo mira fijo unos segundos. Parece inquieto, a punto de pedirle algo:

—Esta mañana, cuando salía de la enfermería tuve un interesante encuentro con Olson —continúa—. Venía del cuarto de máquinas. Creo que tu amigo no viaja solo.

—Nunca dije que fuera mi amigo —le aclara Guy.

—¿Te dijo por qué va a Londres?

—Me habló de una sobrina, y de que se cansó de mover papeles en una oficina de Buenos Aires.

—Es lo que oí. Pero creo que miente. Es más, tampoco estoy seguro de que haya sido contramaestre.

—Qué decís…

—En la guerra se rompen muchas cosas, Guy, cualquiera se mete por donde le da la gana.

—Cualquiera que tenga ganas, claro.

Ahora Pierre tuerce la boca y se reacomoda con los brazos apoyados en la mesa.

—No digo que sea mal tipo. Sólo hace su trabajo.

—Pero resulta que el trabajo de unos consiste en matar a otros. No me vengas con cuentos gremiales —le dice Guy y se asombra de verlo sonreír. Por un momento Pierre arruga la barbilla—. Y entonces… —lo alienta.

—Ningún contramaestre le diría depósito al pañol de un barco. Fue lo primero que me llamó la atención. Ni desconocería cómo funciona el coco en el silbato que usan para dar avisos. ¿Te acordás que le pedí que me tocara un alto picado con el que tenía colgado en la pared?

Guy no lo recuerda, no sabe de lo que le habla.

—Estabas demasiado borracho en esa partida de póker. Ni siquiera supo cómo agarrarlo.

—¿Y un aviador cómo sabe de esas cosas?

—No las sé. Les pedí a mis muchachos que las averiguaran.

—Tus muchachos son para mí tan indescifrables como los amigos de Olson —dice Guy, un tanto alarmado porque recuerda la conversación con el viejo y presiente que Pierre también va a pedirle algo. Ahora le debe favores y no puede negarse.

—Creo que se quedó con mis prismáticos.

—Es justo —le contesta, se inventa una excusa y se pone de pie. Emprende el trabajoso regreso a su camarote. Prefiere saltar sobre los cuerpos de los muchachos tirados en el piso a ser manipulado por esos dos impostores. Pasa una pierna sobre una cadera, después la otra sobre un pecho. Todavía le quedan muchos torsos y muslos que cruzar.

Death Under Sail tiene una portada amarilla y ajada. Encuentra la novela en el portamaletas de malla de Steer, apenas da unas vueltas en el camarote. Un policial de C. P. Snow, editado por Heinemann. Lo vi una vez, en lo de Cataldo, entre otros títulos de la misma colección. Yo estaba con Marga, acabábamos de almorzar con su primer marido en la Ciudad Vieja y nos metimos en la librería. Pero no me interesó —puede que yo estuviera perturbado por los celos—, y a Guy tampoco. Sólo lo hojea, sin nada que hacer. Es la historia de un asesinato en un *yacht* y mira las primeras páginas, con un plano de la embarcación y la distribución de las principales cabinas. «Avice slept here», «Tonia slept here», «Roger slept here». ¡Qué afortunados!, piensa. Yo desconfié de una novela que necesitaba un plano. Pero algo detiene a Guy en la tercera página: «Parecía casi vergonzoso que una chica fuera tan guapa —lee—. Sólo Avice podía servir una bebida como si se tratara de una obra de seducción, cumplida con una alegría melancólica que me hizo admirar todavía más el descontento de su boca y sus manos largas, delgadas, blancas». Adiós señor Snow. El detalle de la boca y las manos le traen a Josi, la temperatura de Josi, su maravillosa concentración en la tercera fila de cada una de sus conferencias sobre las hermanas

Brontë, y la sorpresa con que la vio cruzar el salón de un *cocktail* para acercarle un trago. Todo el asunto tiene el aire remoto de Montevideo, cuando corría de un cine a un teatro, y unas horas después, en la madrugada, a entregar sus críticas a la redacción de *Marcha,* sobre la calle Rincón, donde lo recibían Quijano y Onetti, los dos con una queja en los labios porque el atraso los obligaba a pagar horas extras a los linotipistas. Pero el recuerdo de Josi es más íntimo ahora que se ha secado como una hoja entre las páginas de un libro, y roto en falsas secuencias: «Me conmovió oír su desasosiego», dijo ella. Le sigue el brillo de la perla en su lóbulo izquierdo, dos cenas en El Águila, la advertencia de la hermana de Josi, la cita clandestina en Buenos Aires. Conocía al marido del que se divorciaba, y a quién pedirle plata prestada para pagar los aviones en vuelos separados, los hoteles, la farsa de jugar al duque de Kent a espaldas de su misérrimo sueldo en Ancap, porque los mendrugos que ganaba como crítico no contaban.

Dice Guy que en Buenos Aires fue feliz y lo que cuenta suena falso. Sospecho que está forzado a recordar lo que no conoció. Lo acompaño de todos modos por la historia de sus galanterías. Pobre Guy, sin opción ni defensa alguna mientras se juega la ropa. El desenlace es grueso, como el de una mala película de matiné. La muerte arbitraria, gratuita, de Josi, no importa nada. Estoy delante de la monstruosidad de Guy, de su nonata oscuridad, y no logro encontrar ni una sola frase verdadera. Hasta que de pronto, al cabo de varias páginas irrumpe un dibujo. Ya han estado en el Richmond, en el Florida Garden, en el teatro Colón. Han cenado, llegan al hotel de Josi, a su habitación, y ella le acaricia el cuello, lo besa. Caen abrazados en el sillón. Se separan para respirar y Guy insiste, tiene diez años de besos atrasados. Entonces Josi le deshace el nudo de la corbata —Josi, o la mujer que hace de Josi desde algún recodo de la memoria de Arturo—, y le abre la camisa. Sin la corbata Guy se siente repentinamente desnudo. Ya ha tartamudeado bastante y elige el silencio, pero cuando las manos de ella le acarician el pecho, se estremece y se levanta. Tiene preparado el rito que lo demore, pero el mismo rito también lo lleva. Se acerca a la mesa con la cubitera del *champagne*. Quiere que el corcho salga limpio, sin derrames, y se esfuerza en separar los alambres, uno por uno, en aflojar el corcho por un lado, por el otro. Puede que la bella Josi se haya cansado de sostener la copa en la mano porque desaparece y regresa con una bata transparente en el momento en que pese a todos sus empeños, el corcho salta y el *champagne* le moja el pantalón. ¿Debería ir a cambiárselo a su hotel y regresar después? Ella le roza una pierna y se moja la frente. «Trae suerte», dice, y le pide que se quite el saco. La obedece como un niño. Acomoda el saco en el respaldo de una silla,

sirve las copas, beben el *champagne* mirándose a los ojos —no se anima a ver otra cosa—, y cuando Guy está por volver a servir las copas ella se levanta, apaga algunas luces altas y se extiende en la cama.

Ahora Guy siente un nudo en el estómago. Josi tiene unas piernas larguísimas y no demora en desnudarse bajo la bata. Primero una pieza, después la otra. Entonces Guy comprende que debe sacarse los zapatos. Comienza por desatarse el cordón derecho. Tiene unos senos encantadores. Sigue con el cordón izquierdo. Acomoda los zapatos uno junto al otro, debajo de la silla. Apenas mira la sombra del pubis que dibuja el triángulo bajo la seda. ¿No habrá demasiada luz? Josi apaga el velador y la tulipa del baño corta la oscuridad con una aguja amarilla. Se desabrocha el cinturón. Ya está casi desnudo, ¿pero dónde están los *roulés* de jamón y los canapés de *foie-grass* que pidió con el *champagne*? Se sujeta el pantalón con una mano y se acerca a la mesa, sólo para comprobar que están en el segundo nivel, debajo de un paño bordado, y regresa a la silla. Ya no hay más postergaciones. De pronto está desguarnecido contra el cuerpo de ella, de su respiración, de la carne firme de los muslos, y se siente tan flaco y huesudo junto a la abundancia de Josi, sin vestidos, ni ballenas ni encajes, que se eriza de vergüenza. No debe pensar, es lo primero que se dice. Entonces ella baja una mano y le desabotona el calzoncillo con una audacia que lo paraliza. Pero se rearma y le besa el cuello. No debe pensar en él. Baja, lento, a los senos, increíbles, los acaricia con los labios, ella lo besa. ¿Estará funcionando? Se toca, por las dudas. Y consigue entrar en una mujer, no hay forma de saberlo, quizá por primera vez. Lo repiten muchas veces a lo largo de la noche, con pausas para comer y beber. Tiene el hambre de los famélicos, y el resto del cuento se deshace en imitaciones, absurdos, amaneramientos, bajo el persistente run run de las mamparas del camarote.

Salvo unas pocas ocasiones en que las condiciones del tiempo permiten salir a cubierta, los días siguientes pasan sobre una marea gruesa que impone largos cabeceos, más tediosos de sobrellevar en el encierro del casillaje, que no ha hecho más que multiplicar el desorden. Hay medias, camisas y calzones sobre las barandas de las escaleras y las puertas de los camarotes; los que no consiguen dormir, leer o mantenerse quietos, inventan bromas pesadas, y resucitados de la enfermería, los australianos palúdicos han regresado al piano con sus cervezas y sus «Waltzing Matilda». A fuerza de oírla una y otra vez, muchos aprendieron a cantarla con un aliento de burla sólo vedado a la ingenuidad de los *aussies*, orgullosos de que en pocos días funcione como un himno capaz de irrumpir en las situaciones más caprichosas.

Durante el almuerzo del 2 de noviembre la canción invade el

comedor. Unos voluntarios se ponen de pie y arrastran a los australianos a imitarlos. En la mesa de Guy reina la confusión hasta que Clark levanta el vaso, se suma a una estrofa y vuelve a sentarse para confirmarles la noticia: la victoria de Montgomery es total en El Alamein. Logró abrir varias brechas en El jardín del Diablo, la frontera minada por Rommel, también le ha entrado por el sur y la derrota alemana en Egipto parece definitiva. En medio de la algarabía, Olson, Pierre y Greyfield sonríen con falsa sorpresa y nadie deja de felicitar a los australianos que, con los neozelandeses, han jugado un papel decisivo. La novedad debió circular entre los oficiales y bajó al comedor después de ser confirmada.

—¿Y qué pito tocaron los franceses? —pregunta Pierre.

—Lucharon en el flanco izquierdo.

—Debiste agregar «estupendamente», para no ofender a De Gaulle.

—¿Bajas? —añade Olson.

—Muchas —vuelve a decir Clark. Algunos hablan de cincuenta mil muertos entre las dos fuerzas, unos dividen por dos, otros suman y restan con la tranquilidad de hallarse lejos, pero en el embotamiento de la marcha que se prolonga a lo largo de los días con la reiteración del encierro, los chubascos, las ganas de llegar, a Guy le llama la atención que Pierre demore en dormirse. Le ha dado por hablarle de Francine, de Jean-Loup, y no ha vuelto a mencionar a Olson, como si la guerra hubiese pasado a un segundo plano y necesitara compartir la intimidad de sus vueltas alrededor de la boca de Francine, del día en que la conoció, de las Zündapp alemanas que rodeaban la plaza. Lo ha visto bajar muchas veces a las cubiertas inferiores, y como su actividad le parece algo excesiva, también le extraña que Clark juegue con la cuchara sobre la mesa, notoriamente concentrado y con la vista baja, mientras los demás ríen de unas bromas de Molina que entretienen buena parte del almuerzo.

Cuando Clark se levanta de la mesa, Guy va detrás, lo toma del brazo y le pregunta si sucede algo fuera de lo normal.

—Hemos huido, Delatour. Somos un barco aliado un poco fuera de la ley, y es mejor no difundir rumores.

—De acuerdo, pero oí que estamos por llegar…

—Es posible, sí, que lleguemos mañana —dice y se excusa con la promesa de conversar más tarde, después de las seis, cuando abran el bar.

La inquietud lo acompaña un par de horas, bajo la intuición de que algo no anda bien, y cuando descubre a Pierre en el camarote, ocupado en copiar unos papeles sobre las hojas de una pequeña libreta, le pide que no le mienta y le diga lo que pasa.

Entonces Pierre detiene la mano, vuelve a escribir y de pronto se contiene. Alza la cabeza, pero no lo mira.

—Desde ayer nos persigue un submarino. Cuando un submarino te persigue, Guy, casi siempre hay otro esperándote en algún lado.

—Entonces no llegamos mañana…

—Bueno, el capitán nos trajo hasta acá con una larga cantidad de zetas, así que hay chance de eludirlos —dice y cierra la libreta—. Abajo, en las calderas, los amigos de Olson están deslomándose para conseguirlo. Si hay éxito, mañana llegamos a Liverpool y el sábado estamos en Londres.

—Qué vas a hacer, si llegamos.

—Tengo algunas cosas que aclarar, la deserción, el regreso. Seguramente me interrogarán unos cuantos días, pero no creo que prescindan de mis servicios. Buscame en el Club Belge, de Park Lane, dentro de dos semanas. Si no me envían a volar, nos tomaremos unas buenas cervezas.

—¿Qué día es mañana?

—6 de noviembre.

—Llevamos cuarenta días en el *Talk of the Town*.

—Toda una cuarentena, amigo.

Esta vez Guy le cree. Lo dijo sin énfasis, como podría haberse dirigido a un camarero, y sin otra explicación, se convence de que Pierre trabaja para los belgas. Ha estado especulando sobre los socios de Olson y no acaba de hacerlo cruzar las oficinas del M16. Parece absolutamente un miembro del M16. Entonces, como si le hubiese adivinado el pensamiento, Pierre le dice:

—A propósito, lo que te dije… no lo comentes con Olson. Desde luego, ya lo sabe, pero nunca se puede confiar en las reacciones de los sicilianos.

—¿Sicilianos…?

—Trabaja para un amigo de Lucky Luciano.

—Lucky Luciano está preso.

—¿De veras? Te asombraría conocer hasta qué grado sigue controlando los puertos. Hacen sus propias cuentas, Guy, y por ahora están de este lado. Pero ya te dije, nunca se sabe.

Durante el resto de la tarde Guy se impone dejar de imaginar que el mundo es evidente y que va a Londres para conocerlo. La presencia de un nuevo submarino, a la profundidad en que se encuentre, le acerca una idea más precisa de sus confusiones. Sin chance de resolver nada, se resigna a aguardar a que algo se decida y va a la cena con la expectativa de ver qué dice Greyfield, pero sólo traga los horrendos trozos de pescado congelado y calla como los demás con la sonrisa a

media asta. Es, quizá, la última cena, pero como prefieren no mencionarlo, ningún tema se sostiene y el bullicio habitual del comedor luce varios decibeles por debajo de las toses y se diría, hasta de los silencios. Apenas comprueba que ni Olson ni Greyfield van a comentar más que el mal tiempo, Guy abandona la mitad del plato y sube al bar en busca de señales más reveladoras, o de la elemental compañía, si se trata de reventar.

Lo encuentra repleto de pasajeros que se pasan los tragos de mano en mano porque apenas queda sitio para moverse. Si están enterados, nadie habla de la persecución. Muchos permanecen de pie, han vuelto los abrigos de lana, fuman y beben, y conversan apretados en la verdeazulada luz del bar. Con alguna dificultad Guy consigue hacerse un lugar en la barra y observa a Collins, que sirve las copas y sonríe con la cortesía de siempre mientras su párpado izquierdo vacila con suaves y controlados titubeos.

Por ponerlo a prueba, le ofrece una copa.

—Nunca cuando estoy de servicio, milord.

—Pero quizá sea nuestra oportunidad.

—No lo diga. Aunque sea por cábala. Cuando llegue el momento, yo mismo iré a buscarlo —le dice, y ahora Guy se arrepiente de haber puesto la fortuna en duda.

Tres tipos, muy cerca, conversan sobre las playas de Sidney. Del otro lado una chica le da una blanda bofetada a un soldado y ríe divertida, alguien pide más whisky, varios discuten de fútbol y entre la masa de cuerpos que se enciman alrededor de las mesas ve acercarse a Molina, que le pregunta si ha visto a Norah.

Guy niega con la cabeza y no puede evitar alzar una ceja.

—Te equivocas —le dice—. Me ha dado una cita en su camarote. ¡Pero ha de haber corrido al auxilio de alguna chica! —Se levanta sobre la punta de los pies para echar una mirada al bar. Ya no aguanta, dice que está freído de esperar, más que freído, desquiciado, con la cabeza en el piso y los huevos en la garganta, y vuelve a irse. ¿De esperar por Norah? ¿Noticias del submarino? Molina es, enteramente, una confusión.

Afuera hay rachas violentas porque el barco se balancea, se alza y queda suspendido sobre el bramido de los motores, que avanzan a toda máquina. Por momentos parece que fuera a desarmarse en el intento de cruzar la noche, los salivazos del mar contra los vidrios y las conversaciones, minuto a minuto más altas y enlazadas por la densa malla del tabaco, la ansiedad, el whisky. Son pocas las mujeres en el bar, se cuentan con los dedos de una mano, y dos muchachos apretados contra una ventana dan vueltas al dial de una radio portátil en busca de

una estación. Todos beben como cosacos y Collins no da abasto detrás de la barra. A las once y cuarto de la noche el bar debía estar cerrado, pero no hay orden de desalojo. Parece una fiesta de viernes a la noche a la que continúa entrando gente. Falta el aire, el espacio, y sobre todo, noticias. Sería bien recibido un rumor, pero tampoco llega. Quizá se trata de irse alegremente, piensa Guy, en medio de una conversación sobre corbatas. No es sencillo aguantar los barquinazos, sostener el whisky sin que se derrame, el cigarrillo, dar fuego con el encendedor y completar una frase, pero se las arreglan. Del concierto de voces nace una confianza estupenda, se diría que el alcohol mantiene viva la voz, y la confusión de las voces es el principio y fin de la humanidad en movimiento. En la torre bíblica, en el Polo Norte o en el *Talk of the Town*. Un nudo de sonidos que nada significa, dice demasiadas cosas, unas por encima y por debajo otras, como si se dieran abrigo.

A las once y media, desde algún sitio del barco irrumpe un grito que hace callar el bar. En pocos segundos lo escuchan subir y multiplicarse por el hueco de las escaleras como una enorme bola de gas que ha bajado del puente de mando y vuelve a subir. Después de una persecución de tres horas el segundo submarino ha quedado definitivamente atrás. Entonces comienzan a abrazarse y a dar ¡hurras! ¿Cómo?, ¿un segundo submarino? La chica besa a su soldado, que apenas puede con ella.

Estallan las risas, los brindis, y Guy siente que le tocan el hombro.

—Es ahora, milord —le dice Collins con una guiñada mientras agita una botella de *champagne*—. Hay que hacerlo rápido porque si no me cortan la cabeza —y mientras descorcha, Guy ve que Karen acaba de entrar al bar, lo mira y levanta las manos. Guy le hace señas de que se acerque, pero no es sencillo. El cuerpo de Karen libra una dura lucha para abrirse camino en la marea de torsos que apenas responden a los pedidos de paso. Se las arregla para nadar *crawl*, y cuando consigue llegar, abraza a Guy, le revuelve el pelo y se apoya sobre la barra para llegar a la mejilla de Collins.

—¡Nuestra Proserpina! —dice Guy.

—No sé qué chica es esa. Pero… ¿no se trata de Venus? —pregunta Collins mientras saca una tercera copa de abajo de la barra.

—Qué lata —se queja Karen—. El gordito y Venus me tienen harta.

—¡Entonces desviemos las flechas! —festeja el barman mientras sirve las copas y se las alcanza.

—Mi querido amigo —dice Guy con la copa en alto—, cuando me pregunten cómo ha estado el viaje diré que conocí a un gran caballero.

—¡Bravo, Guy! —Karen da dos saltitos que derraman la espuma de su copa y como si no fuera suficiente, comienza a salpicarlos con

champagne.

—No vaya a creer, Milady, que las gotas de *champagne* lastiman menos.

Beben el primer trago, cambian unas bromas y Karen consigue acodarse en la barra. Ha vuelto al tartán y a la concentración impúdica de su sonrisa. Unos minutos después, por los parlantes de la radio que sostienen los muchachos comienza a sonar, entre los chirridos de la estática, una débil melodía. Por unos segundos todos desvían el cuello para oír las cuerdas de esa orquesta que se abre paso en el viento, el oleaje, las ondas hertzianas, queda sepultada por los silbidos radioeléctricos y reaparece, cada vez más firme y sostenida.

—¡Es la BBC! —grita un soldado y la melodía de «As Time Goes By» les confirma que han entrado al espacio de protección de Inglaterra. No son los bronces de Tommy Dorsey, pero los violines los transportan a un salón de largos cortinados, con mesas de manteles y veladores, mozos, luces de caireles, *maîtres*, y una pareja intenta bailar entre cinco abrigos y una docena de abrazos.

Guy reconocerá la canción dos semanas después, cuando asista al estreno de *Casablanca* en Londres, y el suave tarareo de Ingrid Bergman en un bar marroquí lo saque de la butaca y lo regrese al momento en que gira hacia la barra. Ya no encuentra a Collins, que va de un lado a otro, ocupado con los tragos. Entonces vuelve a servir las copas, Karen gira también, y beben con la vista en el delgado espejo que los refleja por debajo del estante de las botellas.

—Guy —le dice—, apenas puedo creer que estemos llegando.

—Todo el sacrificio es del capitán.

—Me da un poco de miedo, la verdad. Pero también alegría, ¿no? Es absurdo, nunca pensé que sentiría las dos cosas al mismo tiempo…

—Brindemos por el alegre susto —le dice con la copa en alto, y después de beber, ella deja caer un mechón de su melena y mueve la copa en círculos sobre el mostrador.

—La novedad es que vamos a tener que despedirnos…

—Bueno, es la consecuencia más grave de habernos salvado.

—Al fin nunca me dijiste qué te subió al *Talk of the Town*.

—Oh, eso… —se lo piensa un poco, en el barullo que cubre la canción—. Fue una suma de abusos: les hice creer a mis amigos británicos que era un tipo inteligente y sobre todo, locuaz; alguien me dijo que yo era el mejor crítico de Montevideo, no había más de tres, y estaba harto de vivir de prestado. La verdad es que malvivía entreteniéndome con mis críticas de cine y de teatro, y el trabajo en la biblioteca de la petrolera era el pedazo de cielo que me tocaba. No sólo empecé a sentir que desperdiciaba mi vida en comentar lo que otros

hacían, también les enseñaba a unos mocosos cómo mirar el cine, y su entusiasmo me llenó de remordimiento. Eso explica que haya pedido una beca para estudiar en Londres. Lo otro es un poco más difícil.

—¿Qué cosa?

Una mancha ocre se desplaza alrededor del pelo de Karen con el giro de los tipos que se mueven detrás. Al lado, en el espejo, está él, pero como otra sombra.

—Durante muchos años creí que las historias del teatro, los libros, las películas, eran mejores que cualquiera de las cosas que pudiese emprender en mi vida.

—Y no lo son…

—Lo son, sí. Dicen más cosas, más ciertas, emotivas y sobre todo, menos estúpidas. Me aprendí los trucos y empecé a escribir de lo que estaba bien y lo que estaba mal, pero había un riesgo no calculado. Te habrá pasado. Salís de ver una película con el personaje adentro, y te parece que podés mirar la calle con sus ojos, decir cualquier cosa en el mismo tono y hasta con su modo de aplastar un cigarrillo. Eso dura unos diez o veinte minutos, y se deshace. Pero a mí me duraba muchas horas y días. Los alternaba porque entonces veía muchos films, pero no se mezclaban. Podía decir «Buenas tardes» como Preston Foster en *Chasing Danger*, y enojarme como Lew Ayres en *Broadway Serenade*, llamar al mozo en cualquier mugriento bar de Montevideo con el gesto de William Holden o Bogart. Qué más daba si imitaba a Chevalier. Estaba lleno de disfraces. Naturalmente, abusé de las ficciones. Hasta que una noche, a la salida de un teatro, me encontré convertido en uno de esos tristes payasos que dibujaba Lorca, y ninguno de mis trajes me pareció menos patético.

—Vamos, Guy —dice Karen y vuelve a servir de la botella—. No te imagino disfrazado de arlequín. ¿Es una metáfora?

—Claro, claro —repite—, algo que no debía continuar. No podía ser esos personajes sin convertirme en un esclavo. La tentación es grande, Karen, para los tipos limitados como yo. Así que decidí darme una vuelta, por si consigo abandonar esta sensación…, cómo decirte, ¿de fantasma?

—Qué curioso, yo pensé que eras totalmente inverosímil y en las noches te dormías en la galera de Fred Astaire.

—Lamento el olor a acetato.

—Quiero verte en Londres, Guy. ¿Dónde vas a estar?

—Donde lo decida el British Council. ¿Y vos?

—British Army, división no sé qué. Pero no te preocupes. Voy a buscarte. No pienso perderte.

—Lo que vas a perderte es al chico que te haga feliz.

Entonces Karen le hace una cruz en los labios con una gota de *champagne*, le roza la mejilla con el dedo, y se va.

ESTO NO ES HOLLYWOOD

Hacia las cuatro de la tarde el *Talk of the Town* entra a la boca del Mersey delante de una sombra casi vespertina que la niebla filtra detrás del humo de las chimeneas, las grúas y los depósitos mordidos por el fuego. Unos buques descargan granos, otros suben tropas, y las balandras y remolcadores cruzan el río de una orilla a otra en muchas direcciones.

Guy ha pasado la mañana en medio de las maletas, se ha despedido de Collins con un nuevo brindis en su camarote, y de la cofradía de veteranos en un almuerzo de bromas más cómplices de lo que cabía esperar, alentados por un derroche de entusiasmo que alguien recogerá de las sobras de la mesa. Ha quedado en verse con Pierre y Molina, que también tiene una cita con Norah en Londres, y luego cada uno se ha plegado en la valija junto al cepillo de dientes, sus medias, la ropa usada, para regresar a las manos de un extraño. Ahora se han dispersado entre los pasajeros que, reunidos en las cubiertas bajo el frío húmedo de Liverpool, miran con la nariz y las orejas rojas las fachadas solitarias, las ventanas sin dormitorios, los pretiles mutilados, y más abajo y más cerca, terrenos vacíos sembrados de chatarra y hierros retorcidos.

Los caballos tiran de carros cargados de granos hacia los galpones en pie, entre furgonetas y chatas que corren por los rieles de los muelles junto a grandes sacos de carbón, barriles y escombros, y se prolongan por terraplenes hacia las líneas del ferrocarril, sumergidas en una bruma granulosa. Unas grúas bajan ganado, de las roldanas de los depósitos cuelgan plataformas de madera llenas de cajas, y un camión atascado suelta humo de la tapa del motor mientras un puñado de obreros trata de apartarlo del camino.

A poco de ingresar al dock, Guy descubre los escaparates de los almacenes cubiertos con mallas de alambre, donde se apilan cajas de cigarrillos Player's, tubos gigantes de Kolynos y botellas de whisky vacías. Hay niños y perros echados en las esquinas, las farolas muerden la penumbra y los obreros, changarines y despachantes entran y salen de los conos de luz como de un hormiguero revuelto por una gigantesca pisada. Todo tiene un color mustio y rojizo adherido a la humedad de los rieles y los vidrios empañados, los buzones de hierro y los abrigos

de paño. Apenas atracan y colocan la planchada, una quincena de mujeres con guardapolvos grises, trapos de colores atados a la cabeza, escobas y lampazos, sale a recibirlos. Primero bajan los camilleros con los enfermos. Guy alcanza a saludar a Steer, pero no ve a Tom. Siguen las voluntarias y por más que busca, no consigue distinguir a Norah ni a Karen en el borbollón de sombreros, carteras y paraguas que vacían el barco en dirección al hangar adonde las dirigen oficiales del ejército. En pocos minutos el muelle es una desorientada turba de abrigos y equipajes que circula lenta y sin pereza hacia los controles de migración. Olson baja con dos pesadas valijas, pero se las arregla para alzar un brazo con unos binoculares, mientras Pierre se aleja escoltado por dos oficiales hacia un galpón y le grita algo que Guy no logra escuchar. Después de cuarenta días en el mar, al poner un pie en Inglaterra se le anuda el estómago. Una fuerza lo empuja contra el suelo y el cuerpo se inclina, detenido por la gravedad. Liverpool es una ruina gótica que sobrevive a las demoliciones, los agujeros sin destino y los muros apuntalados que dos años de bombardeos de la Luftwaffe abandonaron en una violencia sin ruido, todavía impune en las rajaduras, mamposterías y muros que faltan.

Llevan tres años de malas noticias y el veterano de gorra y bufanda al cuello que le carga el equipaje le dice que hay que esperar al domingo. Si las campanas repican en todas las iglesias es que la victoria en El Alamein es definitiva, y ahora es Monty el que persigue a Rommel. Avanzan por un callejón, junto a portones y grandes muros de piedra gris. Del otro lado hay escaparates cubiertos de polvo bajo un anchísimo marco de madera pintado de negro, con las rejillas de protección contra las explosiones, y la fila los conduce a un hangar de paredes verdes y puertas desmontables. Cuando le llega el turno, Guy cambia unas bromas con el oficial de migraciones que le pregunta por el pasaporte oficial —se lo consiguió su amigo Alfredo Mario Ferreiro —, y con el encargado de Aduanas por su contrabando de jabones, pasta dentífrica y almidón. Le entregan una carta del British Council que ha estado esperándolo con la dirección de su alojamiento en Liverpool, y se interna en las calles con el recuerdo de Ferreiro, de su estupendo humor, su alcoholismo, el hijo muerto. Llega Ferreiro en medio de la confusión de las calles oscurecidas por el *blackout*, la dificultad en identificar las esquinas por el destello verdoso que cuelga sobre una pila de ladrillos, un descampado con una ventana detrás, o los restos de un edificio. Entonces enciende la linterna que le regaló la mujer de Michael, pero su guía le pide que la apague, y también otras voces que irrumpen de las sombras que lo rodean. No están solos, como cree. Unos bultos se mueven en la niebla. El brillo de un cigarrillo, el

sonido de una tos, le revela que dos amigos conversan, alguien busca comida, va camino a casa, sea lo que sea su casa, y el hombre también puede ser un topo ciego mientras guarde un resto de voluntad de alimentarse, enderezar una silla, calentarse los pies. Y como lo poco que ve se ve ridículo y fuera de la lógica, Guy cree que Ferreiro no podría comerse un autobús en Liverpool (fue el título de su libro de poemas, *El hombre que se comió un autobús*). Nadie comprendería «¡Qué idea de reposo daría un rascacielos/ acostado en el suelo!/ Con casi todas las ventanas/ mirando al cielo./ Y desangrándose por las tuberías/ del agua caliente/ y de la refrigeración». Está dentro del poema y lejos de su amigo, de la aburridora confianza en todas las cosas que se mantienen en su sitio, y de la tierra que pisa, más parecida a una pesadilla que a la realidad, sin embargo lo espera todo. Parece una empresa completamente descaminada. Ha estado especulando con *Miss* Balliol, y si no es ella, será otra persona la que lo ayude a quedarse. Es una Inglaterra a medias sepultada en polvo de ladrillo y vigas desgonzadas, pero Guy cree que en ese mundo abandonará las ficciones. Está hambriento de realidad, quiere comerse la realidad como Ferreiro el autobús, y entrar en Londres, así deba hacerse de nuevo. Donde entra es a una posada milagrosamente entera, entre dos edificios partidos.

El pasado de Guy, el presente, y los días que siguen caben en el sobre que tengo en la mesa, al lado del cenicero, unos libros, los restos de la cena. Me pasé la cena siguiéndolo en el tren de Liverpool a Euston Station, y luego de Trafalgar Square a la estación de Charing Cross, y al puente de Westminster, y a los jardines de Kensington (¿quién hablaba de Kensington con irrenunciable apego…? Ah, sí, el amigo Chesterton), y de ahí, otra vez, a Haymarket, a comprar la entrada para ver a Vivien Leigh en *El dilema del doctor*, de Bernard Shaw. A cada paso se desmiente, está hambriento de realidad pero camina por los sets que durante años miró desde una butaca. Ahora puede tocar los muros, oír el tránsito, mezclarse entre la gente, como si hubiese cruzado el puente de luz de un proyector. Un colapso, como el de la mariposa en el farol. Todo lo que toca, lo que ve, y hasta sus propias conversaciones están impregnadas por los juegos de su imaginación. Pero no enteramente. Ya ha ido al British Council, le dieron su tarjeta de racionamiento, ha recogido las cartas de Silvia, lo alojaron en una residencia de estudiantes y se ha pasado los primeros días con la sensación de corregirse en el cuerpo de los letreros, los ruidos del subterráneo, los timbres de las bicicletas en la niebla, las bolsas de arena que se apilan contra los edificios y la «S» dibujada en las entradas de los *shelters*, donde los londinenses se protegen durante los bombardeos.

Churchill habla del Imperio, lo pronuncia *Empaia* todos los días en la radio, convencido de que Inglaterra no es la isla en la que se ha convertido, y trata de infundir ese orgullo a la población agotada por las restricciones, el trabajo en las fábricas de guerra, las malas noticias de Singapur y Egipto, que por primera vez parecen revertirse. Pero la situación todavía es confusa. Al menos Stalingrado resiste el asedio del sexto ejército alemán, y los rusos ya ponen un cerco a las veintidós divisiones del general Paulus. Los ingleses no quieren ni pueden, sin embargo, hacerse falsas expectativas como esos GI's que andan por la ciudad, en sus *jeeps*, a pie, con sus uniformes y sonrisas de ganadores. Uno fuma un habano mientras se hace lustrar las botas en una esquina, delante de tres mujeres que lo miran, a pocos pasos, con las manos en sus carteras y el impudor de las muñecas. «Tanta vitalidad de vitaminas y pasta de maní, ¿para qué les sirve a los americanos?», le dice una joven compañera de la pensión, «Tanto jugo de naranja, Dios mío, yo, que no pruebo una desde hace dos años y medio, debería estar muerta. Con esos pantalones que les dibujan el melocotón de sus culitos, los GI's parecen salidos de una vidriera de la Quinta Avenida, ¿no te parece? Me quedo con los fundillos caídos de nuestros Tommies». Pero Tommies y Johnnies se cruzan en todas partes con trabajadores, mujeres y niños, soldados de licencia y voluntarios de muchas naciones. Churchill duerme varias noches a la semana al lado de la casa que reúne a muchos voluntarios argentinos, en Paddington. Es la residencia de un inglés que vivió en Argentina y da alojamiento y comidas criollas por cinco chelines. Las habitaciones están decoradas con dibujos de Molina Campos y los tangos suenan con la frecuencia y el volumen suficientes para que el Primer Ministro haya tenido que ir en persona a pedirles silencio. Son alrededor de cuatro mil los argentinos alistados en las tres armas y seiscientos los pilotos integrados a la RAF —nadie lo recordó, que yo sepa, durante la guerra de Malvinas, acaso porque la memoria es un resto barroco de la necesidad—. Nada comparable al modesto número de uruguayos. Por casualidad, Guy se encontró con uno de ellos en el edificio de la policía y quedó avergonzado. Conocía al chico, era de una distinguida familia montevideana y había conversado con él en una de las últimas recepciones que frecuentó antes de partir. De mandíbula cuadrada y cejas espesas, el muchacho le dijo que integraba un grupo que se alistaba en el ejército francés, y fuera de unos pocos idealistas y proxenetas, en su mayoría eran homosexuales como él. Le habló de otro muchacho que Guy conocía, «un típico *gigoló*» de ojos azules y pelo negro, lacio y charolado, que se acostaba con una pareja rica de Mayfair y se estaba pasando la gran vida. Otro le había robado el uniforme y el dinero a un oficial

norteamericano con el que tuvo una aventura amorosa, y traficaba en el mercado negro con el resto de sus compañeros. Para un tipo hipersensible al sexo como Guy, la confesión le resultó descorazonadora y se alivió cuando semanas más tarde se enteró de que el grupo había sido desarticulado.

Las cartas de Silvia han sido el consuelo que recibió de Uruguay. «Desde que no hemos tenido noticias de tu naufragio, te suponemos vivo. Es muy desconcertante no oírte, no leerte. Por favor, decí algo en el mismo momento de llegar». Venían con recortes de diarios montevideanos en los que Hugo Rocha lo despedía en las páginas de *El País*, y otras de Lorenzo y Deal en *El Día*. Michael Brady la había nombrado bibliotecaria en el Instituto Anglo y le había dado a Aníbal las audiciones de radio en las que Guy difundía noticias británicas, de modo que planeaban casarse en uno o dos años. La noticia lo alegró y una vez más se felicitó de haber recurrido a Millington Drake, el embajador inglés, para que impidiera que el chico se alistara en la oficina de enganche de los Franceses Libres en Montevideo. Drake conocía muy bien a los tres, y le hizo el favor de interceder ante los franceses. Su futuro cuñado, conocido en el registro civil por Asdrúbal Salsamendi, era un muchacho especialmente consustanciado con la causa británica, de la estirpe inflexible de Guy. No sólo había montado una campaña para desenmascarar a los nazis que operaban en Uruguay, también había organizado un Servicio de Enfermeras Voluntarias para atender a las víctimas de una presunta invasión nazi al país, que entonces parecía una fantasía, pero formaba parte de los delirantes planes que tejían los nazis reunidos por Julio Dalldorf en los sótanos de la confitería Oro del Rhin. Los conspiradores fueron detenidos por el gobierno, pero el Servicio de Enfermeras quedó en pie y hasta tuvo ocasión de prestar sus servicios cuando se derrumbó otro antro de fantasías: el Cine Parlante, que entonces operaba en el ala derecha del teatro Solís.

Cines y teatros atrapan la atención de Guy en Londres con la inercia de una trama de la que no consigue apartarse. Los cines están capturados por la propaganda de guerra y el público prefiere el teatro, le dicen los ingleses, porque no miente. Ve todo lo que está a su alcance, pero pasado el primer mes, en una recepción de la embajada argentina hace sus primeras averiguaciones sobre Balliol. Una muchacha que trabaja en la oficina de censura, después de reír y beberse unos tragos le dice que Balliol tiene una oficina aparte, según cree, ocupada en tareas de inteligencia. Se la ve a menudo en las embajadas sudamericanas y es considerada toda una personalidad en el mundo de los secretos londinenses. La chica duda en avanzar, pero dos

galanterías y un nuevo Chablis la inducen a contarle que es hija de un diplomático inglés, nació en Trinidad, de una madre española, y a menudo la escuchan maldecir detrás de las puertas, de muy malhumor, pero después sale con una sonrisa mejor sostenida que sus aires de gran señora, porque vive con una amiga y nadie conoce qué clase de relaciones mantienen entre ellas. Tiene más de cuarenta y cinco y los pies demasiado grandes, consigue medias de nylon que ya quisieran tener muchas, se cubre un sarpullido en la oreja izquierda con un mechón de cabello, sin duda teñido con una buena fórmula porque nunca le vieron una raíz de otro tono, y no usa aros, pero tiene un cutis envidiable. Con esos datos Guy no acierta a saber qué clase de persona es Balliol. Se decide a llamarla sin embargo, y a invitarla a cenar, alentado por la confirmación de lo que le dijo su amigo: tiene importantes contactos en la ciudad.

Ahora creo que Guy va a perpetrarme otra de sus meticulosas epifanías críticas, como ya hizo con la obra de Shaw, con *La importancia de llamarse Ernesto*, y varias películas. Entra a un cine a ver un estreno de Noël Coward que le han recomendado, en la función *vermouth*, porque luego va a cenar con la Balliol, y apenas cruza los cortinados se encuentra con una sala invadida por soldados y voluntarias que alborotan a lo largo de la platea mientras en la pantalla el noticiero pasa imágenes de una pista de esquí. Entonces llama Sabela. Y la atiendo.

Me dice que encontró una carta de María Esther, dentro de un libro, dirigida a un tal «petiso». Dice «Querido petiso», habla de un puterío que no entiende y se ve que no la envió, porque no tiene fecha, ni sobre ni nada. Le digo que Meg llamaba «petiso» a Homero Alsina Thevenet, y me avisa que me la va a leer, porque no es larga, y quiere que le aconseje si la junta a las demás cosas que va a mandar a la Biblioteca Nacional con el archivo —acaba de donarlo al Departamento de Investigaciones Literarias—, o la aparta. Adelante, le digo. «Querido petiso, después de la charla de la otra noche me quedé pensando que con esa cara de mosquita muerta podrías acostarte con la reina Isabel, pero ella está demasiado lejos y ocupada, y no sé cómo harías para treparte a la cama porque los reyes duermen cerca de Dios y más lejos del resto de los mortales. Así que deberías deducir que si te creo, no es por falta de confianza en el valor de tus testículos. Hacés mal en apartarte de un amigo al que le debés mucho y sabés que está chiflado, siempre lo estuvo, para vos no puede ser una novedad. Los celos te quitan dignidad y son una cosa terrible. Te lo digo yo, que estoy casada con el rey Darío, así que vos, que no te fuiste a la cama con su mujer, podés guardar la acusación en una de esas cajitas de pastillas Valda que

juntan mugre en los placares y seguir con tu vida de cerebro con patas y dedito temible. Si no tenés, con todo gusto te presto una. Ya se le va a pasar, y te aseguro que va a olvidarlo apenas se suba al avión. La gente está más loca que cuerda, y eso no la hace menos importante, porque si quisiéramos sólo a los cuerdos nos quedaríamos discutiendo pavadas con nuestros pies. Fue una grosería de mal gusto y vos tampoco estabas ahí para escucharlo. A lo sumo te perdiste la oportunidad de romperle la cara con tus impresionantes bíceps, así que alguno lo contará por ahí y después el asunto se olvidará antes de que picotee la gallina porque el gallo duerme la mona después de la noche de farra que se pasó con la culebra. No le escribas nada. Dejá que el tiempo pase. Te voy a mandar este consejo al diario, para no confundir a tu amada y santa esposa. Besitos, MEG».

Le digo que no tengo idea de qué habla. «¿Pero qué hago?». «Mandala con el resto, algún investigador, tarde o temprano, descubrirá de qué se trata». Le pregunto por sus hijos. Están bien, pero la extrañan. Claro, todos la extrañamos, le digo. Y cuando corto, el regreso de la voz de Meg me parte el silencio. Murió hace dos meses. Que no sea injusto —tenía más de ochenta años— no lo hace más fácil de sobrellevar. No sólo fue la gran reportera del Río de la Plata, fue para mí…, pero no viene a cuento. Nada en estos días viene a cuento, no contesta —ella prefería preguntar— y ahora mismo le agradecería a Guy que me hiciese una ficha completa de *In Which We Serve,* incluidos los ayudantes de cámara. Es más, le pediría que evaluara el trabajo de las maquilladoras. Me dice, sin embargo, que se trata del más reciente esfuerzo de propaganda, dirigido e interpretado por Noël Coward con muy bajo presupuesto. Y a poco de asistir al hundimiento del *HMS Kelly* cerca de la isla de Creta, a los *raccontos* sobre la construcción del barco y la vida de cada uno de los marinos aferrados a una balsa en medio del mar, se le cierra la garganta. El *Kelly* fue hundido en mayo del año pasado y el dolor de la noticia sube con el humo de los cigarrillos que cruza la luz del proyector, con la secuencia de los marinos en sus hogares, antes de embarcarse, y con los cadáveres que flotan en el agua mientras la metralla de los aviones enemigos va diezmando a los náufragos abrazados al bote sin nada que los proteja. La indefensión de esos marinos que mueren como perros levanta un estupor.

Esto no es Hollywood. Coward y sus muchachos flotan en un estanque con unas olitas de piscina de fin de semana que el público debe convertir en la inmensidad del océano, y sin embargo, a Guy se le llenan los ojos de lágrimas y comienza a hipar, asaltado por el recuerdo de los cientos de náufragos que se sumergieron con sus chalecos en el agua cuando se hundió el barco comodoro, sin que nadie los rescatase.

Presenció esas muertes como un espectáculo abstracto y sin sentido, y ahora llora a moco tendido delante de las imágenes en un piletón. Soy un monstruo, dice, un monstruo, y se levanta de la butaca en busca de los baños. No consigue creer en lo que le pasa. ¿Cómo va a entrar al mundo si la catástrofe real lo deja insensible y un pastiche en la pantalla lo destruye?

Cuando llega al baño le baja la presión, siente un desmayo frente a los azulejos blancos, las puertas de los gabinetes, los urinarios. Es el mundo, imbécil, pero el baño da vueltas como un remolino y suda a cántaros mientras el petrolero, los gritos de auxilio, los estallidos de los torpedos, lo empujan contra una pared. Todo lo que ha visto presiona sus sienes. Tiene un incendio en la cabeza y se deja caer frente a un *water* clavado en el piso, como las paredes, el cine, todo Londres. Por primera vez en mucho tiempo se escucha llorar, se ve a sí mismo mirarse llorar, y se alivia.

Ahora está delante del espejo, ojeroso y pálido, y se cachetea las mejillas a pocos pasos de un oficial norteamericano que mea en un urinario y lo observa de reojo. No sabe lo que ve el soldado, así que sale al *hall* y luego de dudar un instante elige la calle. Mira el reloj y decide caminar a Mayfair, donde se encontrará con la Balliol. Siente que las piernas se le doblan, pero al cabo de unas cuadras los autobuses, las calles y los letreros dispersan las últimas imágenes de la película, y afirma el paso. Es otro paso, más débil y liviano detrás de unos Tommies que bromean con las mujeres sin detenerse. Uno silba una marcha, otro lleva el brazo en cabestro y el más bajo arrastra el ruedo de su sobretodo apolillado.

A fuerza de voluntad, Guy arranca una amapola de un cantero, se la coloca en la solapa y consigue rehacerse.

LA NOCHE DE HYDE PARK

Una mujer sin sonrisa, con una mano floja, de dedos cortos y duros, hace pasar a Guy a la casa de Balliol y lo abandona en una sala pintada de azul Wedgwood, elegante y sombría, decorada con muebles regencia, alfombras, pantallas de damasco rojo y floreros de cristal de Bohemia. Guy se toma un tiempo para acercarse a un Constable y a un Corot, y un pequeño espejo en la pared le permite comprobar que ha recuperado el color de las mejillas. Como sea que lo haya afectado el episodio en el cine, está resignado a decepcionarse. En el camino ha pensado que no está a la altura de sus ambiciones. Cualquier desengaño no pesará nada frente a esa conclusión. Pero cuando entra *Miss* Balliol recibe un golpe de aliento.

Tiene el pelo teñido de rubio oscuro y a medias recogido en un *chignon*. Es una mujer grande, bella, pulposa a la manera de Norah Stocker, acaso unos pocos años mayor, con una cara madrileña, de ojos líquidos y cutis blanquísimo. El vestido negro, con un cuello de encaje sujeto por un lazo de terciopelo, le da un aire elegante y mundano, y a poco de sentarse en los sillones le sirve un Martini, acompañado de unas aceitunas desabridas. Le pregunta por su viaje, pero cuando Guy alude al convoy, cambia rápidamente el tema y le pide que le cuente sus impresiones de Londres. Oye los elogios sin interés, hasta que escucha que le trae un saludo de Ernesto, y un halago: le ha dicho que de todos los amigos que hizo en la ciudad, ella fue la más generosa y la más encantadora. Balliol le responde con una suave y algo desconfiada dilatación de las pupilas, pero a poco de conversar y estudiarlo de un modo distraído y cauteloso, le anuncia que volverán a beber un *nightcap*, y que el restaurante queda a la vuelta.

Antes de salir, la desteñida amiga que lo recibió en la puerta aparece de la nada y le pregunta por Ernesto.

—Por pura casualidad, hace poco dimos una conferencia sobre *Gone with the Wind* el mismo día y a la misma hora. Él habló del libro y yo de la película, y en la última vez que nos vimos me dijo que su viaje fue estupendo, aunque el regreso tuvo sus complicaciones…

Esta vez Balliol lo interrumpe con un gesto de la mano.

—Ya debe saberlo: los comentarios ligeros cuestan muchas vidas en tiempos de guerra.

—¿Ahora está bien? —insiste la otra.
—Lo estaba, hará unos cuatro meses.
La amiga le agradece y vuelve a desaparecer mientras Guy ayuda con el abrigo a *Miss* Balliol y salen a la bruma de la calle. Deben dar vuelta la manzana pero ya no es fácil reconocer las fachadas donde una serie de afiches reiteran la misma frase: «Careless talk costs lives». Se promete recordarla.
Cuando ingresan al Hatchett's, el segundo *maître* los lleva a una mesa ubicada en el rincón de un amplio pasillo, pero el primer *maître* le protesta con la cabeza y los conduce a una mesa junto a la pista de baile, a uno de los lados de la orquesta.
—Ventajas de venir con una personalidad conocida —le comenta Guy al oído, mientras observa el estilo georgiano que da a las mesas, el palco y la pista un meditado equilibro de amplitud y de intimidad.
—Dirá, mejor, de venir con un desconocido. No me conocen mucho acá. Casi siempre vamos a Bagatelle para escuchar a Edmundo Ros, o al Embassy, o a Lansdowne.
—Entonces este sitio no es adecuado…
—Este sitio está perfectamente bien —le dice ella—. En los otros se reúnen los diplomáticos, políticos y personalidades de paso. Acá los matrimonios jóvenes, las parejas chic, y los GI's, claro, que están por todas partes. Hablando de GI's, ahí tiene usted a Robert Preston con tres compañeros y una cara de aburrimiento que no puede más, el pobre.
—Yo diría que es cara de cansancio.
—Acá se aburre como un ministro, se lo aseguro yo —insiste, mientras inclina la cabeza para saludarlo a distancia.
—¿Cómo se sentirá un americano en Londres…?
—Excepto estas escapadas, muy como en casa, créame. El ejército se encarga. Los mismos pavos para *Thanksgiving*, los mismos boniatos dulces y pasteles de calabaza. Hasta los mismos chistes de Bob Hope.
—Aprenderán poco.
—Bueno, no vinieron a aprender.
—Yo le veo cara de cansado —insiste Guy.
—Para apreciar eso tendría que ponerme los lentes. —Balliol saca de la cartera unas gruesas gafas de carey que le dan, curiosamente, un aspecto más sensual, quizá porque el resto de sus facciones de improviso parecen desnudas.
—Es posible que tenga razón. Yo le veo cara de decir: ¿Pero será posible que nadie me reconozca?
—¿Qué grado tiene?
—Sé poco de los americanos —se disculpa ella. Robert Preston fue

oficial de Inteligencia de la Air Force, pero es posible que a Balliol no le parezca prudente revelarlo a un desconocido—. Hollywood no suele garantizar grados elevados —continúa, tal vez solo como distracción—, por lo menos en Europa, ¿sabe?

—¿Otro Martini?

—Sí, por favor.

Entonces Guy le pide al *maître* dos Martinis y que le envíe al *sommelier*. Le sugiere a ella algún pescado o marisco.

—¿Cómo?, ¿ya sabe que lo único fresco en Londres es el pescado? Me encanta todo lo del mar, como buena caribeña.

—Entonces, vino blanco.

—Acá tiene que ser bueno. Ahora se lo falsifica incluso en Francia.

—Cuando lo añejan con químicos, siempre lo delata un vago olor a azufre, ¿no?

Guy elige de la lista un Chassagne-Montrachet, uno de los grandes *crus* secos. Le pide una botella del 35, y como el *maître* le dice que no sabe si queda, le desliza en la mano un billete de diez chelines.

—Si no queda un Chassagne, que sea un Pullgny-Montrachet, que es igual o mejor. —Los Martinis lo han animado, acaso ya no da todo por perdido, o sólo quiere mantener el estilo.

—*¡Mais vous étes un connaisseur!* —exagera ella con aire diplomático.

—*Le nom est un souvenir d'enfance. On buvait ce vin à la maison* —le contesta como si jugara una partida de tenis.

—*Tiens* —concluye Baillol—. Me va a tener que explicar lo que es Uruguay y quizá, Argentina. Sé muy poco del Plata.

Después de encargar dos *hors d'oeuvres* y dos *turbots pochés sauce mousseline*, Guy se inclina hacia adelante y ladea la cabeza, sin ninguna naturalidad.

—No sé mucho del Plata, viví dentro de su estómago. Pero voy a tratar de salir del apuro. Argentina es un emporio económico concebido por señoritos que estudiaron en las academias militares de Europa para sacarse de encima a los virreyes españoles, a los portugueses, o defenderse de Inglaterra. Pero cuando trataron de quedar libres, ¿qué se les ocurrió a estos señoritos con manía de grandeza? Ofrecerle el trono a doña Carlota de Portugal. Y por fortuna, la cosa no prosperó.

—¿Y el origen de Uruguay?

—La intransigencia. La intransigencia es el inicio y el fin de mi país.

—¿Cuál? ¿La intransigencia política?, ¿la religiosa?

—Yo diría que la de la reina Victoria, orientada a otros asuntos. Intransigentes por los cuatro costados y en todos los bandos. Una gran virtud, cuando se piensa en una epopeya, pero detestable cuando se trata de llevar la vida común.

—Va a tener que explicármelo.

—Se formó al aire libre, en un gran éxodo de terratenientes y almaceneros, payadores, indios, curas y negros del Brasil. Abandonaron el país antes que someterse a los extranjeros, y ahí no hubo ningún club de señoritos. Es la diferencia esencial.

—*My goodness*.

—Los dirigía un general que no pactó. Por un malentendido de la dignidad —dignidad llamaba Artigas al resentimiento porque no le pedían las cosas de rodillas—, se fue a vivir a la prisión de un tirano. Se sometió al déspota del Paraguay en vez de venir acá, como Rosas, o a Francia, como San Martín, donde lo habrían amparado y con honores. Pero prefirió ser una astilla de recriminación clavada en el pecho. Naturalmente, era un hombre de campo, muy anterior a la fiebre por la *France*.

—¿Francia?, ¿por qué Francia?

Ahora Guy se distrae con un asistente que acomoda los instrumentos de los músicos en el escenario, y de pronto recuerda a su abuela, al padre, a sus tíos, la larga fila de apretadas boquitas francesas que torturaron su adolescencia durante los años del liceo.

—Nadie sabe mucho allá, de Descartes y de Pascal, de los Rabelais o los Villon, como se imaginará. Es la resaca sentimental de los miles de inmigrantes franceses que escaparon a la invasión alemana del 70, y atraídos por la reputación liberal del Uruguay cayeron ahí, naturalmente, confundidos, y enseguida empezaron a idealizar lo que dejaron atrás, quizá por simple culpa.

—Eso es fácil de creer.

—Pero no deja de ser una conjetura. Yo creo que suspiraban por Lamartine para que no los confundieran con los primitivos del país.

—No he visto a un francés contento lejos de su tierra —añade ella, curiosa por el personaje que tiene enfrente.

—Puede deducirlo de mi apellido, conozco el paño. Su nacionalismo siempre les dirá que fueron expulsados del paraíso terrenal y el resto del mundo es una serie de agujeros inhabitables.

—Ha, no deja títere con cabeza.

—¿Pero hay títeres que la tengan?

Ahora Balliol ríe de un modo abierto.

—¡Usted es terrible!

—No es tema para una cena, pero me preguntó…

—¿Y cómo iba a adivinar lo que se venía…?

Los *hors d'oeuvres* que llegan a la mesa son cubitos de remolacha, zanahoria, pepino y papas con una sardina distraída. El arribo del vino le permite volver a presumir con indicaciones, reparos y consejos que el

camarero escucha con los ojos bien abiertos. Pero el interés de Guy va dirigido a su dama y podría tratarse de cualquier dama porque no es más que un espejo. Parece que hubiese bebido Montrachet con el príncipe Eugenio de Suecia en los restaurantes más caros de Europa, y llevado por esa ilusión le habla de las enfermedades del vino mientras huele el corcho, aprueba la botella y le pide al camarero que deje respirar las copas. Balliol está impresionada y Guy también, porque estaba decidido a abandonar sus pretensiones y las ve regresar con una inercia superior a sus fuerzas. Conoce la etiqueta del vino porque durante unos meses lo importó el padre con unos socios en Montevideo, y el resto lo aprendió en las revistas. Ahora que acaba de acordarse del padre, se asombra de haberlo recordado como si estuviese muerto, el padre y su pasado, todo lejos, inútil y muerto, y ya no sabe si ser fiel al horror que vivió en el cine o dejarse llevar por la debilidad de un nuevo juego.

—Siga hablándome de los argentinos y uruguayos —le pide Balliol.

Una partida más, se dice, y arranca de nuevo:

—Mire ese ganso largo y sin gracia que pasa contento por la pista, y aquel otro, con esa rubia tan bajita. —Desde hace unos minutos la orquesta ha comenzado a tocar unas rumbas de percusión melosa, sin vientos, ni café, ni maraca—. No le importa cómo baila, y se divierte. Allá la gente se sienta alrededor de la pista a criticar a los bailarines, y tanto, que ese hombre no saldría a bailar por el resto de su vida.

—Exagera… Me parece que se está burlando de mí.

—En absoluto. El orgullo latino comprimido en el estrecho saco de la juventud. En cierto modo, soy un ejemplo trágico de esa *bella combinazione*.

Ella vuelve a reír, y parece dispuesta a reír de cualquier cosa que diga.

—Hace un tiempo el conde de Keyserling levantó la indignación cuando dijo que encontraba triste a Buenos Aires. ¿Triste? ¿Con tantas luces, bares, movimiento? ¿Buenos Aires, triste? Pero entonces reinaba su majestad el Tango y la ciudad podía ser triste, torva, cejijunta, porque así baila el criollo: torva y cejijuntamente. «Esta mujer es mía» va diciendo con las cejas, «y no me la saca nadie».

La carcajada de Balliol le confirma que para hacer reír a la gente, nada mejor que hablar en serio.

—Ortega y Gasset dijo que los porteños no viven como lo que son, sino como lo que imaginan ser. Si lo hubiese declarado a la prensa, habría armado un escándalo.

—¿Y usted qué opina?

—Que el guarango rioplatense es el chulángano de Madrid. Adoro

Buenos Aires. Es una gran ciudad. Es cierto que todos allá se hacen esperar media hora para mentir que están ocupados. Pero eso no importa, puede sorprender a los ingleses, no a los españoles, que trajeron esos vicios.

El *turbot* está simplemente hervido, acompañado de una salsa aceptable. Mientras lo devoran con apetito, ella le pregunta:

—¿Siempre habla así?

—¿Así cómo?

—Tan categóricamente.

—Le dije que somos intransigentes. Decir lo que uno piensa es un delito, lo sé. ¿También en Inglaterra?

—No, no. Acá, la crítica de los extranjeros nos divierte.

—Pues entonces, *long live England* —dice y levanta la copa.

—Ya ve la fama que se ha hecho el señor Shaw por reírse tan bien de nosotros.

—No lo usaría de ejemplo allá, que lo toman por inglés. Ingleses e irlandeses, es todo lo mismo.

—Pero qué absurdo.

—Como argentinos y uruguayos para ustedes.

—*Touchée* —le concede con una sonrisa.

Cuando acaban el *turbot* Guy la invita a bailar una rumba sin nervio, pero Balliol se mueve con una gracia que supera a la orquesta y la picardía de su cuerpo se hace notar con garbo sobre el refinamiento de la caoba, los bronces y la docena de bailarines que parodian la blanda curvatura de los muebles.

Encuentran mediocre la *fruit compote* y apenas la terminan vuelven a la pista con el probado placer de entenderse. El vino ha sido lo mejor, y la confianza de la Balliol, ya despreocupada de los roces en el baile. Cuando finalmente salen, Guy inclina la cabeza para saludar a Robert Preston, que levanta una mano y le dice «¡Hi!» con una ancha sonrisa.

—Ah, ¿pero se conocían? —se asombra ella.

—No, no. Sólo quise ser piadoso.

Ella ríe bajo la bruma que se ha cerrado sobre las calles y los obliga a caminar junto a los muros para evitar un accidente. Cuando entran a la casa, le sirve un Armagnac añejo y lo deja solo. Mientras saborea el coñac en el sillón y mira las sombras aceitunadas del arroyo pintado por Corot, cree que tendrá oportunidad de mirarlo muchas veces en las próximas semanas. La noche ha sido inmejorable y si no le da nada es que Ernesto le mintió acerca de la Balliol. Le resulta un poco híbrida, no tanto por su sangre inglesa y española como por el raro encanto de las miradas y la prudencia de sus palabras. Tal vez puedan compartir una noche en el teatro o una nueva cena. ¿Debería invitarla antes de

despedirse, o dejar correr unos días?

Cuando ella regresa diez minutos después, trae una bata transparente bordada de encajes con un escote generoso del que parecen a punto de saltar dos grandes y cremosos senos. Toma asiento en el mismo sillón que Guy, cruza las piernas y le dice:

—Ahora cuénteme qué piensa hacer en Londres y de qué forma podría ayudarlo.

Por un instante la vista se le nubla, busca el auxilio de Corot y descubre, con horror, que sus labios se mueven sin emitir sonido. Recurre a la copa de coñac y toma un sorbo, pero lejos de relajarlo lo quema por dentro.

—¿Le pasa algo? —dice ella, y frente al gesto de Guy, que niega con la cabeza, le dedica una sonrisa—. ¿O le choca esta confianza de haberme puesto la bata? No se preocupe, lo hago siempre que vuelvo a casa.

Se cierra un poco el escote, pero los encajes son translúcidos y respiran, voluptuosos, a la espera de que diga algo.

—N, no, noo me, me moolestan, de niinguna m, m, manera.

Ella suelta una carcajada.

—¿No se desp, p, p, no se desperta, ta, rá su amiga?

La Balliol celebra el halago con otra carcajada, pero a Guy le arden las mejillas como si hubiese recibido una cachetada.

—Fanny siempre duerme con un sueño profundo, pase lo que pase —lo alienta.

—P, p, pues yo querría t, t, t, traaabajar cuanto antes.

—¿En qué? —le pregunta, asombrada de que insista con la broma, y Guy vuelve a tomar envión. Está a un paso de decidir su suerte, sólo tiene que conseguir que la garganta se relaje, la mandíbula se mueva y se deshaga el nudo que le entumece la lengua.

—En t, t, ttransmi, mi…, bueno, en p, p, proogramas de, de radio en español.

La risa de Balliol cobra proporciones de vendaval. No puede creer que esté delante de un hombre tan cómico. Y mientras ríe, Guy se hunde en el sillón y se reduce con un frío de muerte. Quiere desaparecer, ahí mismo, con tal de dejar de oír esa risa que le congela la sangre. ¿Por qué no para? ¿Por qué no se calla de una vez? Tres risotadas más y le saltará al cuello, le golpeará la cabeza con la botella.

—Perdóneme —le dice ella de pronto, sin dejar de quitarse una lágrima con el anular de la mano izquierda. Acaba de intuir que algo raro pasa y lo mira confundida—. Es que me ha hecho una gracia tremenda eso de buscar trabajo como locutor. ¿Lo dice en serio?

Guy trata de moverse bajo la montaña de piedras que le ha caído

encima, y de ganar coraje.

—Si usted supiera t, t, tanto de actores como de, de, como de, de embajadores, vería que a, acá en Londres abundan los, loos que sufren de este im, pedimento. P, p, primeras figuras, y no soolo en Londres. Jouvet es un t, t, ta, tarta de p, p, primer orden.

—¿De verdad? —Le extraña que le hable de actores y no mencione al rey. Y a mí también. ¿Es que no lo sabía? De cualquier modo Balliol acaba de entender que la cosa va en serio, y no encuentra cómo disculparse.

—Jouvet también…

—La o, obligada te, te, meridad, o co, como quiera llamaarlo —se esfuerza Guy—, de arrojarse nooche a noche al fo, fo, fondo del abismo.

—Lo siento mucho, de verdad, que me haya puesto así —le dice—, pero es que no me lo explico —y suelta un resto de risa, que acaba por revelarle a Guy su estúpida crueldad detrás de las robustas consonantes inglesas y el aire *nonchalance* que le había mostrado.

—Siempre que t, t, tengo que, que pe, pedir algo, me paaasa lo mismo —dice.

—¿Una reacción de orgullo?

—Es, es, p, p, posible.

—Mientras le traigo un café, apunte en esta libreta su dirección y su teléfono —le pide Balliol, ya de pie—. Un amigo conoce a la Directora del Servicio de Grabaciones en la BBC. Discúlpeme un momento.

Guy inclina la cabeza, pero es un derrumbe, y escribe sus datos en el papel mientras oye las risas que llegan detrás de la puerta. Vieja puta, se dice, y escribe. Estás convencida de que me trastornaron tus ubres de vaca. ¿Y qué? ¿Me viste cara de bestia? ¿Te pensás que basta ese escote para que me arrodille a gulusmearte las tetas, como si estuviéramos en un burdel? ¡Qué mula de mujer!

Pero por más que intenta rehacerse, debajo de la falsa confianza recuerda sus gemidos en el cine, el ahogo, las ilusiones hechas trizas entre las cortinas del cuarto, el Constable, el Corot.

Cuando Balliol regresa con el café en una bandeja de plata, Guy lo bebe en silencio de un trago y se levanta.

—Fue un p, placer co, coonocerla. Gracias p, por el o, ofreciiimiento. Buenas noches —le dice.

—¿Pero ya se va?, ¿tan de prisa?

—Sí, antes de que se le ro, roompa una vena del cuello.

—Perdóneme, Delatour. A veces no hay manera de controlarse —y suelta un último hipo—. Usted es un hombre brillante, le aseguro que pasé una deliciosa velada.

—Buenas noches. Hasta otra («¡Y ahí te pudras!») —le dice cuando recibe su abrigo. Si le hubiera dejado cerrar la puerta habría despertado a todo Mayfair.

Ahora camina en la niebla hacia su alojamiento en South Kensignton con el paso rápido y una pedrada de insultos en los labios. Cruza Mount Street Gardens, toma por Aldford y entra en los bosques del lado sur de Hyde Park. La luz de la linterna abre un túnel en la indolencia de una lluvia de opio que se hace más húmeda bajo las hayas. Todavía escucha las risas de la Balliol y detrás otras risas que por algún motivo le resultan paso a paso más extrañas, como si se asomaran a las ventanillas de un tren que diera vueltas fuera del foco de la linterna. El aire viscoso lo obliga a levantarse las solapas del abrigo y a poco de confundirlas con los graznidos de las garzas que se mueven en el lago descubre el brillo de un banco, se acerca, se deja caer sobre las tablas mojadas.

Algunas risas se bajan con él, y sus valijas. Traen caras conocidas, de sus primas, de los pasillos del liceo francés, de los compañeros en la petrolera. Son risas ahogadas, oprimidas en los labios, los carrillos, los ojos, que se liberan detrás de las puertas y las paredes. Una gran rueda de burlas que siempre oyó a distancia, del lado de afuera. Andan alrededor de la linterna con una ausencia penosa, como si ya no supieran dónde acomodarse y se acercaran a la luz por si hay otro viaje al que subirse. Hasta las risas de los niños se han hecho viejas y ya no lastiman, pero lo siguen como una sombra, y apaga el foco. Ahora está bajo el rocío de la salvaje oscuridad. Por un rato la oye caer sobre el césped, su respiración, la senda muda de los árboles. Y mientras la humedad del banco avanza sobre sus huesos se quita la amapola de la solapa y la tira al suelo. Entonces enciende un cigarrillo y se recuesta en el banco, fuma y escucha el pulso de la sangre, se distrae con los sonidos que viajan amortiguados como los anillos en el agua de un estanque.

Alguna ardilla anda cerca, oye el timbre lejano de una bicicleta y cuando la última risa se calla retoma el camino. A poco de andar, un farol encendido esparce un sucio cono de nieve y le permite orientarse. Entonces lo miro llegar a la luz que lo toma por entero, espigado, con un raro tono marchito esparcido sobre el sombrero y los hombros del abrigo, y desaparece en las sombras. Es la última vez que lo veo.

Dos días después lo llaman de la BBC —Ernesto no le ha mentido—, y Guy entra en Londres.

KING KING

Desde la caída de una bomba en el patio de la Bush House, el Servicio Latinoamericano de la BBC funcionaba en un suburbio al norte de la ciudad, la Aldenham House, que compartía las oficinas con las transmisiones al mundo árabe. Dirigía el servicio el colombiano Jorge Camacho, y varios españoles y latinoamericanos se sumaban a una programación que extendía las horas para contrarrestar la propaganda nazi. Ignoro cómo fue el trato en la radio. Digo lo que pude averiguar después del desasosiego en que me dejaron las últimas páginas de la Remington, cuando perdí de vista a Guy y, expulsado también del manuscrito, debí ocuparme de mis asuntos: la abolladura del auto, las deudas de Rolando Pasero, la biblioteca de Marga.

El amigo de la cuatro por cuatro había estampado su firma en todo el frente derecho con distraído esmero sobre la puerta delantera y me dijo Néstor que se había ido del garaje. Los demás asuntos fueron más conversables, acaso porque con o sin aire acondicionado, el verano montevideano junta los problemas en una bolsa y los separa en abril. Rolando había hecho una cancelación parcial de la deuda y detuvo la ejecución, pero ahora tenía que pagar varios estudios clínicos para su mujer, que la mutualista no cubría, y le ofrecí prestarle el dinero si me recibía un lote de la biblioteca del viejo Lugano. Abrió sus ojos de pájaro asustado, y también los brazos, para indicarme las grandes estanterías abarrotadas de libros, pero aceptó cuando le dije que me devolvería el préstamo con la venta de los ejemplares que le traería. Ninguna tarjeta de crédito iba a darle mejor financiación que el goteo con que esos libros saldrían de su negocio, una semana sí, un mes no, en caso de que algunos lectores dieran con ellos. «El almirante Benbow» sobrevive en Tristán Narvaja como un barco encallado con las bodegas repletas de tesoros viejos que Pasero vende a precios de baratijas, menos confiado en la suerte que en la lentitud del fracaso con que prefiere irse, y yo le daba un poco de oxígeno. No podía negarse. Ya le había prometido a Marga pasar por su casa y ayudarla con la biblioteca del padre, nada confiado en la naturaleza de ese pedido que como todas sus iniciativas siempre fueron un tanto peligrosas para mí. La última vez había salido esquilmado, repitiéndome que no volvería a sufrir por ella, pero nunca es fácil obedecerse, así que en cuanto pude encaminar

más o menos las cosas me dediqué a preguntarle a mis amigos lo que sabían, si había archivos y esperanzas de hundir la mano con algún resultado. «Hay, siempre hay —me dijo Brando, que paseaba con su nieta por la feria—. Mirá esta primera edición de Felisberto Hernández… Vivimos en la cinta de Moebius, Brauer. Si no lo sabés vos, no lo sabe nadie, ¿qué preguntás?». No me resignaba a encontrar hechos sueltos. Había perdido la intimidad de Guy, y Arturo era el reverso de esa historia menos cierta pero más honesta que cualquier dato que pudiese encontrar. El único que podía ayudarme era Hugo Rocha y volví a reunirme con él en su casa de Punta Gorda para que me hablara del hombre fuera del manuscrito.

Hugo me recibió en *short* de baño y con una toalla al hombro —acababa de darse un baño de mar en la playa— y me alcanzó una cerveza fría, dispuesto a recordar con su exquisita dicción de caballero antiguo la historia inconclusa de Arturo Despouey. Si me hubiera ofrecido el secreto con que desmentía los horrores de la longevidad, también se lo hubiese agradecido. Me dio unas cartas, sorprendido por el interés que le mostraba, y me ofreció las pistas que me dediqué a seguir en archivos, libros y notas de prensa, obligado a buscar las huellas de ese Quijote que se había empeñado en huir de la ficción a la monstruosa realidad.

En sus primeras transmisiones por los micrófonos de la BBC, Arturo comentó *In Which We Serve*, la película de Noël Coward que lo había expulsado de la butaca, y es posible que hiciera otras tareas porque renunció a la beca del British Council. Un viejo artículo de *Cine Radio Actualidad* dice que protagonizó una película titulada *Jaque mate*, comparada por la crítica londinense con *Alerta en el Rhin*, y que transcribía al inglés su obra de teatro *La cena está servida*. La obra había ganado un premio en los concursos del Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay, y pudo ser la que Guy llevaba en su valija al pisar Liverpool. La nota agrega que fue leída con gran interés por el actor Robert Donat y algunas personalidades del ambiente teatral de Londres, pero las dificultades de la guerra frenaban su estreno. Un *déjà vu* me induce a creer, sin embargo, que el cronista dio por cierta una de esas mentiras compulsivas que se inventaba para levantarse el ánimo. Hubo otras, años más tarde, como un supuesto Premio Peabody por un libreto para la radio norteamericana, junto al estreno de una obra de teatro en Broadway que Carlos María Gutiérrez anunció en las páginas de *Marcha*, porque entonces el mundo era más ajeno y por alguna razón a Guy ningún logro le resultaba suficiente. De la película dijo su cuñado, Asdrúbal Salsamendi, que estuvo un solo día en cartel, en el cine Ariel de Montevideo. Pudo tratarse de un cortometraje, y me resultó

inhallable.

Arturo había llegado a Londres en noviembre del 42, y cabe suponer que realizó trabajos para la BBC a lo largo del 43. Al año siguiente la National Broadcasting System lo nombró corresponsal de guerra y el ejército norteamericano le dio el grado de teniente. Tengo delante su foto con la gorra y el escudo de *War Correspondent U.S.*, un abrigo de piel y pañuelo al cuello, la mirada soñadora y dirigida al cielo, como la de un aviador. Es una foto de estudio como para competir por las chicas de Londres con el capitán Steer y los GI's en sus días de descanso. No muchos, porque el 6 de junio del 44 Arturo acompañó a los ciento sesenta mil soldados que desembarcaron en las playas de Normandía, unos milagrosamente enteros y otros sujetándose de la líquida sombra resbaladiza que agitaba el Mono en el *cinéma cochon* del *Talk of the Town*, pero ya fuera de cualquier ilusión, frente a los salivazos de la artillería alemana y la confusión general de la muerte. Iba integrado a la 52º Ala de Transporte de Tropas, al mando del General Harold Lyman Clark, y emitía sus informes por la NBC con la adrenalina de participar en la retaguardia de las acciones. Por primera vez los mandos permitían que los corresponsales viajaran con los soldados. La iniciativa se había puesto a prueba en la guerra civil de España y entonces eran muchos los periodistas y fotógrafos que cubrían el desquiciado mapa de Europa para las agencias y servicios informativos. A resguardo, porque Gerda Taro ya había muerto aplastada bajo las orugas de un tanque republicano, y cada cual se las arreglaba para respetar o desobedecer las órdenes.

Luego de las discusiones de los generales aliados sobre los pasos a seguir, las tropas francesas arrastraron a los norteamericanos a liberar París a fines de agosto, y Guy fue con ellos. El artículo de *Cine Radio Actualidad* del 22 de setiembre de ese año, recuerda que fue la primera voz castellana que transmitió para América desde París liberado: «Noches atrás, nos ofreció CX14 El Espectador una trasmisión que recibimos en la sintonización con una especial emoción. Porque era la primera voz castellana que trasmitía desde ese París que nuestro pueblo recordó con una de esas indescriptibles emociones colectivas el 23 de agosto. Y porque esa voz, la de un corresponsal de guerra de la National Broadcasting System, era la de un compatriota, de un amigo y compañero muy estimado: Arturo Despouey». El periodista recomendaba oír sus transmisiones por la NBC «todos los días, menos sábados y domingos, a las 23 horas, en las ondas de 31 metros 4», y nada que yo pueda decir remedia que no se hayan conservado. Habría oído con gusto la rara mezcla de rechazo y entusiasmo que debió sumarlo al pueblo de París, fuera del foco de los besos que recibieron

los soldados, cuando algunas unidades alemanas todavía resistían, no había gobierno y la gente ganaba las calles.

En el otoño Arturo viajó al frente que los aliados abrían con lentitud en el norte de Francia y estuvo entre los primeros corresponsales que entraron a los campos de concentración alemanes. Descubrieron el de *Struthof-Natzweiler* el 23 de noviembre, en la región de Alsacia anexada por el Tercer Reich. Además del crematorio, una cámara de gas, los barracones, encontraron dieciséis sobrevivientes (habían muerto en el campo veintidós mil personas), vieron los cadáveres, el diseño de la aniquilación y los extraños experimentos del doctor Hirt, el médico capitán de la SS que conservaba restos humanos en grandes frascos de formol. Tiempo después Arturo le dijo a Hugo, y lo repitió al que quisiera oírlo, que luego de entrar a los campos de exterminio abandonó definitivamente la crítica cinematográfica.

Cuando pienso en Arturo, entre las cosas que me pasan por la cabeza está el nudo del horror y el cine que no pudo soportar. Hace unos días Marga me recordó —los dos metidos en la cama con una copa de vino, como era previsible apenas nos pusiéramos a ordenar libros—, la controvertida frase de Adorno: «Escribir poesía después de Auschwitz es un acto de barbarie». Puede que lo más amado sea también lo más frágil y se queme primero, que el horror no se pueda decir en ningún lenguaje sin negarlo, y la utopía de la moral haya terminado en Struthof o en Auschwitz. Lo cierto es que Arturo ya no volvió a comentar cine y en el verano del 45 aceptó viajar a cubrir el frente del Pacífico para la NBC. La bomba de Hiroshima lo encontró en la ciudad de Los Ángeles con las valijas listas para partir. Entonces regresó a Londres, concursó por un puesto de traductor en Naciones Unidas y mientras eso se decidía volvió a integrarse al Servicio Latinoamericano de la BBC.

Por las oficinas rondaban muchos exiliados españoles en busca de trabajo, como Arturo Barea y su mujer, la austríaca Ilse Kulcsar, llegados de París en el 39, luego de escapar por milagro a los campos de internación de los republicanos en Francia. Para no comprometer a su familia, al alcance de Franco, Barea tenía un espacio en la radio bajo el seudónimo de Juan de Castilla, que por un error de la actriz China Zorrilla todavía adjudican a Arturo. Barea quería llegar con su voz a España, pero por ningún motivo la BBC deseaba irritar la neutralidad de la diplomacia franquista, y sus programas se difundieron en América. El nuevo director era el español Alberto Palaus, y muchos hispanos ocupaban los micrófonos para llegar a sus países por onda corta. En esa comunidad de exiliados Arturo conoció a Luz Escalona, una andaluza de Gibraltar que había logrado escapar de la guerra civil

gracias al casamiento con un amigo inglés, que de ese modo pudo llevarla a Londres. En los brazos de Arturo, Luz se convirtió en Luchi, y del amor que los llevó a casarse no sé nada. Lo dicho: la intimidad del amor es un asunto privado que sólo hace públicos sus desechos entre grandes espacios vacíos.

En cuatro años Arturo había cumplido con lo que Guy Delatour no podía imaginar. Tenía mujer, un empleo, dio unas conferencias sobre poesía española en la universidad de Cambridge, también en Oxford, y estaba a punto de ingresar en Naciones Unidas cuando en el verano del 47 Ángel Ara lo convocó a su oficina en la radio. Para la celebración del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, la BBC preparaba veintisiete episodios de radioteatro dedicados a contar *Don Quijote de la Mancha*, y le propuso ser su relator. El papel de Alonso Quijano lo interpretaba el actor español Jorge Juan Rodríguez, la voz de Sancho Panza corría por cuenta del chileno Roberto Parada, y el musicólogo español Manuel Lazareno se hizo cargo de componer la música. Dos días de ensayo y los capítulos se grababan de corrido en quince minutos. Lo recibió como un regalo porque Arturo había nacido, como Cervantes, un 29 de setiembre, en 1909, y se echó, literalmente, el texto a la lengua.

Relatar el *Quijote* para toda Hispanoamérica fue su mayor orgullo, algo que había empezado por el error, con los cabeceos impotentes de la niñez, las agujas del ridículo, y entonces alcanzaba la alegría de la lengua española y de la propia, enlazadas de la cintura como si bailaran una música de acentos graves y pausas blandas, la antigua cadencia de Castilla. Almidonada y sin hueso, como dijo Borges, pero con pulmones de cuatro vientos. Guy todavía tropezaba con las palabras por la calle, los *pubs*, las conversaciones cotidianas, y sin embargo encontró la dicha en los micrófonos de la BBC, grandes y abiertos como panales de acero. Venga y escuche, todas las semanas, a esta misma hora. Y ríase la gente.

El puesto de traductor en Naciones Unidas lo llevó a París y a Nueva York, también integrado a la edición hispana del *Correo de la Unesco*, donde trabajó muchos años. En Montevideo ya era la leyenda de un extravagante que había encontrado en Europa el espacio que Uruguay le negaba. «Quienes conocimos a Despouey en varios años de contacto personal (y de trabajo y de aprendizaje a su lado) —escribía Homero Alsina Thevenet en *Marcha*, el 4 de mayo de 1945— nunca haremos reproches a su innegable excentricidad (no siempre prescindible) sin antes puntualizar la admiración a que se hizo acreedor. Fue uno de los escasísimos talentos auténticos que Montevideo ha producido en este siglo». El talento se había manifestado, como recordó Hugo Alfaro en

otro artículo del semanario, con una erudición que había despertado el interés del público por el cine mundial: «En alguna ocasión de polémica menor, Despouey sostuvo que para escribir de cine habría que saber de fotografía, política, interpretación dramática, arqueología, ballet, historia, música, cine, sociología, pintura y jazz, sin contar los rasgos nacionales y la erudición incidental sobre problemas incidentales. Nadie supo nunca tanto de tantas cosas, y si alguien lo supo hizo bien en dedicarse a algo más importante que comentar cine para terceros». Pero lo elogiaban por una dedicación a la que Arturo había renunciado y el desencuentro no demoró en manifestarse.

A partir de los años cincuenta Arturo regresó varias veces a Montevideo acompañado de Luchi, se alojaba en el Hotel Victoria Plaza, cenaba con amigos en el restaurante Morini y arrojaba sus dardos sobre la medianía quejumbrosa del Uruguay, que encontraba cada vez peor. De «la inmensa declinación del país, esta navegación hacia la nada progresiva», hacía responsable al batllismo, igual que Quijano y los intelectuales reunidos alrededor de *Marcha*, pero se mostraba ajeno a las adhesiones políticas y cuando el semanario lo convocó a escribir sobre «veinte años de cine» aclaró su ruptura con el mundo cinematográfico. Envió el artículo desde Nueva York, donde entonces vivía, y fue publicado en el número del 20 de diciembre de 1959.

«Sea donde sea que se produzcan, los flacos e inevitables logros del cine no disimulan el hecho de que, pese a su pulida técnica, el número de talentos y hasta los genios que convoca y mantiene en sus elencos técnicos y artísticos, y la posibilidad alucinante que tiene de dar al hombre de nuestro tiempo una conciencia clara del mundo en que vive, esta arte *manquée* constituya por lo general el instrumento de una estafa a escala gigantesca —decía, a poco de promediar el artículo—. Ignoro cómo se la puede rescatar de ese destino. Lo único que sé es que si a los críticos nos fuera dado industrialmente manejar los recursos necesarios para producir un gran film, antes de rodarse la primera toma habríamos cedido en concesiones veinte veces más graves que las que habitualmente se registran entre los realizadores que acusamos de descarriados. Las películas se hacen para el público —y para el gran público, si es posible—; nunca para los críticos. Por la imaginación de los nuestros —que figuran entre los más honestos, severos e intelectualmente capaces del mundo— no parece pasar sin embargo, ni siquiera como un cabo suelto de idea, la noción de que las películas no se filman con intenciones artísticas, sino con dinero; y que aunque las primeras no estorban, el segundo no es fácil de conseguir si no se recurre a los bancos. Los bancos quieren garantías; la única manera

cierta de ofrecérselas es adular los gustos de la masa. De cómo hacerlo, los banqueros y los directores —aun los bien dispuestos a ello— tienen ideas distintas. Es un milagro que, en estas condiciones, el cine ofrezca de vez en cuando, la clase de obra inspirada y bien plantada que nos da.

»Ya dentro del estudio, y dispuesto todo el mundo a hacer las cosas de la mejor manera posible, el director no es casi nunca la figura dominante que se cree (y el caso Von Stroheim o el caso Renoir son ejemplos concluyentes al respecto). Más que la batuta de la orquesta, resulta muchas veces el instrumento principal, y el *producer* es directamente responsable por el resultado definitivo.

»A estas alturas me arranca una involuntaria sonrisa pensar en las imprecaciones que muchos críticos jóvenes o ya no tan jóvenes del Uruguay habrán empezado a soltar al pasear la mirada por estas notas. Por haberla pasado como un sarampión, me conozco de memoria su ortodoxia sobre la forma y el ritmo cinematográficos, especie de música secreta que para los apasionados del cine es más importante que la sustancia del hecho dramático en él registrado. Es más; para ellos (como para mí en otras épocas) cuanto más socorrida o ligera o cruda la sustancia, más puros *per se*, más perfectos parecen ese ritmo y esa forma, y así un tipo de obra maestra cinematográfica que se recuerda y cita con particular admiración (hasta que uno sale al mundo y crece) es el melodrama policial.

»Quizá esos jóvenes críticos no adviertan que junto al placer estético que ofrece una serie de imágenes en tenso movimiento, lo que los domina y enamora es la emoción desnuda, la emoción de la violencia. El espectador casi ciego al puro placer formal comparte con ellos esta emoción intensamente. Todo hombre tiene el gran simpático dispuesto a que se lo *rasquíen* con estos cepillos elementales; desde Shakespeare para acá no hemos mejorado un ápice en este sentido. Pero Shakespeare ofrecía, con todos sus zarpazos melodramáticos, una constante inquisición sobre el alma del hombre moderno, y el feliz manejo de la tensión nerviosa en el cine no debe cerrarnos los ojos, ya no ante la falta de sustancia, sino ante la deformación de la sustancia contemporánea (el haz de nuestras preocupaciones, de nuestros valores, de nuestra dirección como seres humanos) que se perpetra en el grueso de la producción industrial.

»Esto es lo que le reprocho al cine después de frecuentarlo por espacio de cuarenta y cinco años; el que fomente el estereotipo y la mentira no sólo entre las masas, sino entre esa elite particularmente avisada compuesta por los intelectuales y los críticos. Con todos sus refinamientos de forma, con todo el placer que proporciona en muchos

casos, con todos sus atisbos, voluntarios e involuntarios, de la verdad humana, podría decirse que este medio potencialmente tremendo de educar al mundo ha fracasado en su función primordial.

»¡Y cuánto podría haber hecho el cine! La *latinitá* —mediterránea o americana— ha entrado en el siglo XX como si no se enterara de ello, como si el hombre cuasi genial que aun produce no fuera capaz de poner la máquina a su servicio y rescatar así la tecnología del papel de monstruo frankensteiniano que asume al promediar este centenio… En Estados Unidos las maravillas de la tecnología han llevado a pensar que para el hombre moderno el estándar de vida es más importante que la vida misma. Pero los norteamericanos, que como todo hijo de vecino tienen su alma en su almario, sospechan —aunque no lo digan muy alto — que la vida es algo más; y de ahí una neurosis que tiene agarrada a la juventud por los cuernos.

»Si una cantidad avasalladora de radiación puede acabar con todas las formas de vida sobre la tierra pocas horas después de estallada una «blitzkrieg» atómica, ¿para qué preocuparse en seguir un código de moral —cristiano, mosaico o budista— cuya mayor validez consiste en la continuidad que lo ha animado en el curso de los siglos? ¿Cómo se puede reprochar a esos jóvenes, urgidos como están de apurar la copa de la vida, que imiten a sus mayores en aquellos vicios a los que la decadente civilización actual parece poner un precio más alto, y que incapaces como son afectivamente de una culminación de amor la sustituyan por el profundo espanto de la muerte?

»Con todo lo que el cine no enseña, acusarlo de enseñar delincuencia es una ingenuidad deplorable. A nadie se le enseña asesinar si el desequilibrio emocional del sujeto no lo hace previamente asesino en potencia. Lo peligroso está en que, perdida la orientación que le daba fe, el mundo —el tembloroso mundo racionalista— se encuentre lleno de asesinos en potencia.

»En todos estos órdenes el cine podría haber avisado, incitado, invitado a los pueblos o a sus dirigentes a sortear algunos de los escollos fundamentales de este tiempo de bárbaros virajes. Tenía y tiene para ello el lenguaje universal; el más directo; quizá el más elocuente. La ignorancia de las masas, irónicamente, le ha fijado sin embargo otro ministerio menor y bastardo.

»En Londres, en 1942, el ver falsificaciones de una cursilería tan inefable como *Rosa de abolengo* me alejó bastante tiempo del cine. Lo que ocurría en la calle era mucho más sensacional e intensamente poético que lo del cine, y tenía el mérito de ser verdad. Para un hombre este es un mérito superior a lo que pueden creer los que vivan, por inclinación o circunstancia, una vida a medias.

»Luego, la entrada a los campos de concentración alemanes en el momento en que se abrían al ejército invasor rasgó algo dentro de mi espíritu, algo que está recompuesto sólo superficialmente. Y las manifestaciones de arte que, como la música, tienen más de abstracto que las demás, me parecieron por mucho tiempo irreales y secundarias. En esta categoría cayó por bastante tiempo el cine. Reacción enfermiza, se dirá. De acuerdo; pero reacción de cauterio, también».

El artículo tenía alusiones incómodas a sus discípulos más queridos, los muchachos que lo habían despedido en el puerto de Montevideo aquel lejano año 42. Homero Alsina Thevenet dirigía entonces la página de Espectáculos del diario *El País*, donde Arturo había publicado sus panoramas de las temporadas teatrales en Broadway (dejó el cine, pero se quedó con el teatro), y Hugo Alfaro las páginas en *Marcha*. Ambos se habían convertido en referentes de la crítica cinematográfica de la que Arturo renegaba, y Alfaro se sintió obligado a defenderlo por encima de las diferencias, consciente de que en pleno auge de las taquillas montevideanas (dieciocho millones de entradas al año en una población que rozaba el millón de habitantes), sus palabras iban a chirriar como un anacronismo o a golpear como un insulto. «Para unos cuantos supersticiosos que acatan lo que dicen las minorías, Arturo Despouey es un antiguo dandy pasado por Europa —escribió en la misma página—, un escandaloso que se ha singularizado por arrojar agudezas y vestimentas nunca vistas al asombro de las gentes pacíficas. Esa misma leyenda insiste en que el medio no comprendió a Despouey, y este tuvo que emigrar a Londres. Para quienes realmente lo conocen, Despouey es algo muy distinto; en primer lugar, es un ejemplar irrepetido de la crítica más que un maestro, porque las formas de su talento han sido siempre demasiado singulares e irreverentes para hacer escuela».

Nunca hablé de eso con ellos —ahora me lo reprocho inútilmente—, pero creo que les dolió la impugnación de una actividad que no sólo habían abrazado con su vida, provenía del hombre que les había enseñado a amarla. Detrás de Arturo me parece ver también a Guy alzar la ceja, rechazar la melancolía y pasar por el trago amargo. Aquella despedida en el muelle había sido como un encuentro. Este encuentro era una despedida. También de las ilusiones que la generación fundadora se había hecho con más fe que certezas sobre la buena nueva de un arte industrial, y entonces prosperaba lejos de sus promesas con la dedicada atención de sus discípulos, reconocidos por la agudeza para separar la paja del trigo pero poco dispuestos a renunciar a la parva. Desde hacía años libraban una dura lucha contra el doblaje de las películas, con el apoyo de Arturo, que ya había ironizado sobre

la cultura del pueblo francés, obligado a ver la mayoría del cine internacional por el sistema del doblaje. Un cronista montevideano aseguraba que los actores de Hollywood gesticulaban de acuerdo al texto en español. Cuando Arturo lo contó durante una cena en casa de los Howard Smith, la ocurrencia le causó tanta gracia a Ingrid Bergman, que vaticinó su amplia repercusión en Hollywood. Con o sin doblaje, para Arturo toda la parva estaba mal hecha y otra vez se salía, solitario, con razones sencillas, de su propio fundo.

En Uruguay le daban el trato de una figura pública, los diarios anunciaban sus viajes y conferencias, y cuando volvió dos años más tarde, en julio del 61, conversó con Eduardo Galeano en las páginas de *Marcha*:

«A primera vista puede parecer un mosquetero o un *play boy*. Los sismógrafos vibran cuando se acerca, es catastrófico, pero detrás del viajero internacional de más de cincuenta años que proclama la fe en el amor cada cinco minutos, a viva voz, con la mano enorme sobre el corazón, se descubre algo así como un gigantesco caballero romántico, despojado de plumas, espada y zapatos de hebilla, bruscamente arrojado al siglo veinte: de los salones con espejos al vértigo de la civilización contemporánea. Personajes así, por estas costas, ya no quedan; quienes no emigraron, como lo hizo Despouey, han muerto».

Galeano lo describe por sus destrezas de escenario, Despouey ya era el actor que interpretaba a Despouey, y acaso nada justificaba mejor sus regresos. «Vuelve a Montevideo en viaje de vacaciones, y muchos se le acercan en busca de su sombra protectora: vine a romper mis cochinas amistades —dice— pero todo el mundo me escucha tan campante; nadie toma en serio ninguno de mis agravios. Durante el diálogo reniega de la paternidad de toda una generación de críticos uruguayos que invocan su nombre, aunque el estilo de Despouey, a la vista está, se reconoce en muchos de esos críticos, impregnados de su sentido de cáustica ironía. Así, por ejemplo, cuando define a las *stars* norteamericanas, frunce la boca y cierra los párpados. Deborah Kerr, Liz Taylor, unas cursis: la sirena canta y se peina en la otra orilla, pero no bien uno cruza el río descubre que peina una peluca».

Le dijo a Galeano que toda su vida había sido un combate contra el miedo y eso cambió al llegar a Londres. «Descubrí que lo que yo creía que era miedo a la muerte, y a la violencia física, no era más que el uruguayo miedo a la vida». Sin duda, se jactaba, pero la jactancia no lo hacía menos sincero. Y debió contárselo Arturo, porque Galeano no iba a sacarlo de otro lado. Dice que en el viaje de ida a Liverpool una tercera parte de los barcos del convoy fue hundida por la aviación alemana, cerca de las costas de África. La aviación. No los submarinos.

Notable asunto que yo crea en la letra y Guy, obligado a tomar su vida por cierta, haya intuido que la realidad se divide y junta por pedazos como las gotas de mercurio.

«A la entrada del ejército en la capital francesa, asistí al caos —le contó a Galeano—. Vi un París que parecía a punto de desintegrarse definitivamente, pero en el Uruguay los hombres somos inocentes y yo juzgaba aquello según el cartabón habitual. Para nosotros, París ha sido la cuna de todas las cosas, algo así como la madre patria; nada más equivocado: los franceses son duros, secos, sólo cuando uno los acepta como son, los menos latinos de todos los latinos, puede comunicarse con ellos».

La entrevista termina con alusiones a una discusión en torno al futuro de Uruguay y América Latina, previsible si se tiene en cuenta que Arturo había invitado a los uruguayos a cantar «God Save the King», muy lejos de la visión anticolonialista del semanario. Aunque fue acogido en las páginas de *Marcha* en los inicios, recordado durante sus años en Europa y en sus regresos, Arturo no tuvo hacia Carlos Quijano la reverencia que muchos convirtieron en fidelidad personal o ideológica, y menos aún cuando el semanario mostró alguna porosidad con la guerrilla tupamara. «El romanticismo asesino de los tupamaros no me ha parecido nunca una cosa seria —le escribió en una carta a Hugo Rocha— pese a la brutal eficacia con que ha logrado resucitar el espíritu de la Guerra grande».

Menos solidario se mostró después de la clausura de *Marcha* por la dictadura de Juan María Bordaberry. Le escribió a Rocha en enero del 76: «La muerte de *Marcha* no me hizo derramar ninguna lágrima. El resentimiento y el odio que sudaba —aparte la insufrible superioridad moral de Quijano, que ha cojeado demasiado en su vida privada y en sus normas profesionales como para permitirse ese papel de Catón *a outrance*— tienen mucho que ver con la historia de las élites intelectuales y académicas que desencadenó finalmente el desastre cívico de la reacción».

Su vida entre Nueva York y París transitaba por los compromisos con Naciones Unidas y la Unesco, y no tenía lazos de familia importantes en Uruguay. Muertos su abuela y su padre, Manón, la pesadilla de Guy en los bailes de carnaval, había sido internada en una casa de salud cuando Alma, la hermana menor, se fue a vivir a Estados Unidos con Asdrúbal Salsamendi. Alma murió joven, unos años después de tener una hija a la que le dio su nombre, y ellas eran las únicas que de verdad le importaban del clan Despouey Casamayou. A fines de los años sesenta, cuando Salsamendi se volvió a casar, la joven Alma viajó a París a estudiar en la Sorbona y vivió dos años con Arturo y Luchi.

Por entonces ya buscaba un camino digno para su retiro, harto de las ediciones de la Unesco. Le prometían un asistente para ayudarlo con la revista, pero el ingreso se demoraba por razones presupuestales, el exceso de trabajo lo abrumaba y buscaba la forma de sumarse al equipo de traductores de Nueva York.

Entonces Arturo tenía cincuenta y ocho años, vivía en un apartamento sobre la Rue de Rémusat, cerca del Bois de Boulogne, con su mujer y su sobrina, y al modo de un cónsul sin amigos, ávido de tener gente alrededor, organizaba cenas semanales para un nutrido grupo de comensales atraídos por sus extravagancias y la fama de buena cocinera que se había ganado Luchi. Escribía obras de teatro que versionaba en inglés, en francés y en español, con poca suerte, y se había embarcado en un proyecto más sostenido que le confió a Hugo Rocha en una carta enviada el 1º de enero de 1968 desde el hotel londinense The Dominions Hotel, donde pasaba las vacaciones de Navidad. Después de lamentar no haber podido visitarlo en Nueva York, durante un viaje relámpago en el que dejó la revista en manos de Julio Cortázar, le contaba: «Escribo una novela, *Quijote 44*, que se inicia en el momento en que nos despedimos y termina al salir de corresponsal con los americanos para Francia. En vista de las condiciones en que trabajo, es un *tour de force* tremendo, pero creo de resultados hasta ahora satisfactorios y a veces inquietantes».

Desde luego, para mí fueron turbadores. Me había quedado en las sombras de Hyde Park mientras Guy cruzaba un triste foco bajo la niebla, sin oportunidad de seguirlo y arrojado a la confusión de mi escritorio, la luz del sol, los ladridos del perro de la otra cuadra, con el único consuelo de Marga, después de años de juntarnos y separarnos por períodos de pareja distracción o soledad. Pero el manuscrito había quedado inconcluso y yo necesitaba saber por qué.

Por una combinación de azar y empeño, di con Alma Salsamendi durante una de sus estadías en Montevideo. Alma le decía a Arturo: King King. Para él era una prueba de la inteligencia de su sobrina porque no reconocía la inteligencia sin ironía, y porque a su modo reverenciaba la vida que se había construido alrededor del orgullo, el histrionismo y la excentricidad. Después de luchar cincuenta años por vencer sus debilidades, se había convertido en un hombre importante para sí mismo. Despouey era su obra, tal vez, su pasión. Pero esa pasión lo desbordaba. Comenzó a mostrarse cruel, agresivo, y en los momentos más inesperados, a dar pasos de loco que lo conducían de la comedia sofisticada a un patético desprecio por los demás. Más de una vez Alma lo vio caminar por las calles de París detrás de Luchi, insultándola a plena voz. La acusaba de llevar una vida sexual fuera del matrimonio.

«¡Puta!», «¡Pu!, ¡pu!, ¡taaa!». De pronto se acercaba a Alma y le decía que era fea, muy fea, y aguardaba su reacción con ojos curiosos.

Creo que se ahogaba en la soledad del reino que se había inventado. El mundo es una pieza de teatro, le decía a su cuñado Asdrúbal, y yo mi personaje. Físicamente, el personaje se parecía mucho a Vincent Price, la misma mandíbula, la nariz, el bigote, la astucia para alzar las cejas, como lo demuestra una foto con Mauricio Müller y Carlos Martínez Moreno durante una de sus visitas al país. Pudo haber sido en ese regreso cuando los amigos le organizaron un almuerzo de homenaje en El Águila, el distinguido restaurante del teatro Solís. Cuentan que Arturo entró tartamudo y a los gritos, con una larga puteada atravesada en la lengua sin que nadie entendiera de qué venía la cosa. Por algún motivo Luchi no asistía y Homero Alsina Thevenet debió irse del almuerzo antes de que terminara. Apenas cruzó la puerta, Arturo lo acusó en la mesa de que se había ido a acostar con Luz, y los demás bajaron la cabeza como los girasoles en la oscuridad.

Cuando me enteré del episodio, la carta de Meg se iluminó como por un rayo: Homero debe haberse mordido la mano para no enfrentarse con su viejo y desquiciado maestro.

Me dijo Hugo Rocha que Arturo también se comportó de un modo extraño el día en que amigos y funcionarios le hicieron un homenaje de despedida en un salón de Naciones Unidas. Le habían otorgado la jubilación que reclamaba hacía tiempo y nadie esperaba otra cosa que un discurso de agradecimiento a los viejos camaradas. «El público asistía, muy formal, todos sentados, muy bien…, estaban las flores, las mesas del lunch, y en medio de sus palabras, sin que viniera a cuento, Arturo dijo que era impotente sexual. Se hizo un silencio de muerte y todo el mundo bajó la cabeza. Él aguardó unos segundos, recorrió el salón con la vista y continuó con el protocolo hasta terminar».

«¿Así no más, sin relación de una cosa con otra…?», le pregunté. Hugo alzó las cejas y después la cabeza, molesto porque la honestidad lo hubiese obligado a vencer su pudor. «Arturo tenía reacciones inexplicables que acompañaban el brillo de su inteligencia. Yo le tuve una gran admiración y cariño, no sé si lo conocí bien. Durante años muchos creyeron que era homosexual. No, no, nada de eso. Quería mucho a Luchi, que estuvo a su lado hasta sus últimos días. Pero tenía eso. Le gustaba provocar, y observar lo que hacían los demás».

Si en algún momento imaginó un retiro en Ginebra, se vio forzado a vivir los últimos años en Jaén. «¿Te imaginas? Después de vivir en Nueva York, París, Londres?». Era el pueblo de Luchi, pero vivía rodeado de campesinos, y los detestaba. «Yo, que al tratar a tantos de los magníficos diplomáticos y artistas que la República Española nos

envió —le escribió a Hugo—, fui, de los muchachos de mi generación, el que más idealizó a España antes de la guerra civil (luego ya no fue cuestión de idealizar, sino de solidarizarse moralmente con la causa de la democracia), te digo que tú no aguantarías la ignorancia actual —y ancestral— del pueblo español, pertenezca al sector que pertenezca. Es algo inconcebible para los que como tú y como yo, hemos andado un poco por el mundo. La envidia sí podrías aguantarla, porque los años pasados en nuestro país han sido un suntuoso entrenamiento para cualquiera en ese sentido. En España es envidia entre hermanos, algo que yo encuentro sencillamente inexplicable».

Entonces pasaba los días encerrado en su casa, sobre la Calle de la Luna, Nº 6, con el proyecto de una obra monumental.

El 17 de enero de 1976 le envió a Hugo una carta en la que le contaba:

«Estoy trabajando para completar las mil páginas de dos volúmenes autobiográficos titulados *El siglo niño*, de la saga que abarcará ocho volúmenes (si vivo, naturalmente). Un tercero sobre el viaje a Inglaterra y primeras impresiones de Londres está ya concluido. El todo se titulará *Quijote 44*».

Durante mucho tiempo me pregunté por qué Arturo insistía en ese número si su viaje a Liverpool había sido en el 42. Una nueva lectura me hizo descubrir algo que pasé por alto. Una chica del *Talk of the Town* había estado jugando a la güija, y antes de desembarcar le anunció a Guy que entraría en acción en 1944. El origen es pueril, pero no la consecuencia: Arturo creyó que su fiebre quijotesca coincidía con el ingreso a la realidad de la guerra. Montevideo fue su calvario, Europa, el campo donde abandonó el cine y corrió su aventura.

«Como en *El siglo niño* —continuaba— se habla del auge de la democracia en el Uruguay y en los flashes relativos a la primera guerra mundial se ataca debidamente al militarismo prusiano, no creo que se salve de la pulcritud censora de nuestros actuales amos, no menos apasionada que la de Quijano, ya que según mis noticias, mientras la España franquista ha glorificado este año a Antonio Machado en el centenario de su nacimiento, el Uruguay tiene prohibida la venta de sus obras, así como las de García Lorca, por “comunistas” (!). El narrador de *El siglo niño* es Santiago, nuestro patrono en comandita con San Felipe, con lo que la obra, pese a lo amarga que fue mi infancia, tiene siempre una sátira a flor de labio por la forma pía y benévola en que el santo ve el feroz racionalismo de los montevideanos y sus consecuencias. Esta sátira, que alcanza puntualmente “la cuarta dimensión” que es el hábitat de Santiago, dando un tono inusitado al libro, no será comprendida por muchos, aunque desde el principio el

verdadero patrono del libro —y del siglo— es Freud.

»Te adelanto estos datos porque sé que te daré una alegría. De todos mis amigos del Uruguay, el más verdaderamente interesado en lo que escribía, el más comprensivo, el más alentador, has sido siempre tú».

El plan lo llevaba por el relato del nacimiento del cine, el tango, el jazz, recorría una parte de la vida política argentina y uruguaya, y terminaba en 1945 con «la miseria moral del París liberado y el apocalipsis de Alemania al final de la guerra», pero una vacilación al hablar, mayor de la acostumbrada y un entumecimiento de los músculos de la garganta, lo obligaron a consultar con varios médicos. Lo trataron como una consecuencia nerviosa y comenzaron a suministrarle drogas con la promesa de que los síntomas cederían en pocos meses. Le aconsejaban distracción y descanso, de modo que pasó una temporada en Inglaterra dedicado a trabajar en su obra. «El silencio es una de las grandes virtudes inglesas y una de las causas posibles de sus notables escritores» le dijo entonces a Hugo, pero nueve meses después el proyecto estaba empantanado en una novedad que finalmente aclaraba mi extravío y el de Guy en la noche de Hyde Park.

El 27 de setiembre estaba en Monkton, Kent, y le contaba a Hugo que por motivos de mecánica muscular los dedos de su mano derecha se negaban a funcionar pese a las feroces cantidades de medicamentos que venía tomando desde el mes de mayo. «El tratamiento de *speech therapy* ha servido para indicarme la extensión y la profundidad de la atrofia de músculos de lengua y garganta. Una terrible sensación de impotencia, de estar tullido e inservible por el resto de mis días, ha seguido a las clases dadas con inteligencia, tacto y profundidad psicológica por una maravillosa criatura joven, espigada y afectuosa llamada Seanne Emals, de la que nos despedimos ayer porque se va dos semanas de vacaciones a la India y nosotros regresamos a España alrededor del 20, fecha para la cual debo ver nuevamente a mi médico después de hacerme una nueva electromiografía (película de las reacciones musculares a corrientes eléctricas transmitidas por agujas que se clavan para ello en diversas regiones de los brazos y las piernas). Un simple golpe de alguien con los nudillos en una puerta me ha hecho saltar y derramar varias veces el contenido de una taza de té sobre mis ropas, sillón y alfombra. Hay días que me paso con la boca llena de saliva. Hay que aprender a tragarla, me dicen. Pero en el toma y daca de la vida cotidiana, en que la gente que no está tullida reacciona y habla con eléctrica brutalidad, tragarla automáticamente requiere una técnica que aún no poseo. La respuesta espontánea se transforma en el espectáculo que puede dar un idiota lleno de baba. Etc., etc., etc. Proceso largo, me repiten. ¿Cuán largo? ¿Dos, cinco años? A los sesenta

y siete, cumplidos el miércoles pasado, esos plazos parecen directamente emparentados con la muerte».

Una esclerosis múltiple iniciada en los músculos de la lengua le tomó el cuello y la garganta, luego los brazos, las manos, las piernas, y a lo largo de seis años lo desarmó por pedazos hasta dejarlo preso detrás de la vidriera de los ojos, como en aquella pesadilla de la infancia que le mostraba el mundo con el que no conseguía comunicarse. Otra vez la vida a un paso de la palabra. Otra vez la sílaba clausurada, el sonido y su tartaja.

Hugo y su esposa, Myriam, fueron a visitarlo a Jaén unos años antes de que muriera el 5 de setiembre de 1982. Lo encontraron en una silla de ruedas, vestido con un saco de fumar, bordado y rojo, del esplendor con que gustaba vestirse, pero casi incapaz de articular una palabra. La boca inundada de saliva.

Es más fácil ahora olvidar su historia, la extraordinaria malicia de la trampa, que la hidalguía de sus últimos días. «Hidalguía» es una antigua palabra castellana y, como otras noticias del pasado, puede que suene extraña. Pero contó Luchi que con el cuerpo completamente inmóvil —Arturo apenas lograba mover el dedo meñique de la mano derecha—, se comunicaba por las letras dibujadas en una pizarra que le acercaban a la cama. Las señalaba con el dedo y, letra por letra, formaba palabras y frases de largos períodos que abrían una oración detrás de otra, aunque sólo fuese a pedir un vaso de agua. Se tomaba su tiempo, no ahorraba elogios ni sarcasmos. Porque aun con la lengua rota nunca se resignó a decir lo que no decía.

¡Seguinos!